

SERGIO FERNÁNDEZ LARRAÍN

ALGO DEL DUQUE DE RIVAS A
TRAVES DE UN EPISTOLARIO.
EN EL PRIMER CENTENARIO
DE SU MUERTE: 1865 — 1965

En mi sentir, aunque me lo achaquen a cierto amor propio, si no individual, colectivo, ni el florecimiento literario se ha marchitado ni el nivel intelectual ha bajado en España desde 1850 hasta ahora, pero hombres del valer del duque de Rivas son rarísimos en el día, como lo fueron entonces, y es justo y conveniente celebrarlos y recordarlos y venerar la gloriosa memoria de ellos¹.

J. VALERA, Madrid, 1889.

CELEBRACIÓN y Memoria, tales son los pilares de esta meditación de don Juan Valera. Justísimas palabras dadas al recuerdo del Duque de *perenne juventud*², poeta y político de España, que, bajo el sol del 10 de marzo de 1791, nació cordobés de tierra y andaluz de corazón. Palabras de Valera que bien cabe ahora repetir, en homenaje a Angel de Saavedra, Duque de Rivas, de cuya muerte, acaecida en 22 de junio de 1865, en Madrid, se cumple, este año, el centenario.

Y es que de veras puede del Duque decirse que es hombre de *gloriosa memoria*, hombre que llega hasta nosotros cantando a Luciana, bailarina descalza del pueblo napolitano, que danza largo en la plazuela tendida frente a las ventanas del Palacio de España en

¹Juan Valera, *Obras Completas*, T. II, pág. 753. Ed. Aguilar, Madrid, nov., 1942.

²Id., pág. 752.

Nápoles y embelesa a una muchedumbre de nobles y tenderos bajo el balcón en que, envuelto en ropas magníficas, vibra el Embajador de España, *el más español y acaso el primero de nuestros poetas contemporáneos*³, como anota Julio Cejador y Frauca; *aquel a quien la posteridad saluda ya como gran poeta, y sobre todo, como poeta genuinamente español, siendo este españolismo la clave y la raíz de su grandeza*⁴, según apunta Menéndez Pelayo; Grande de España que desde el Reino de las Dos Sicilias escribe, en verso fácil, a Leopoldo Augusto de Cueto, su hermano político, líneas de gozador como las que dicen:

*Tengo una espaciosa cava,
Donde cuerpo nuevo toman
El Jerez, el Manzanilla,
El Burdeos, el Borgoña,
El Johannisberg, el Marsala,
El Chipre, el espeso Rota
Y el sabroso Siracusa,
No como lo usó la Borgia*⁵.

Versos en los que el nombre de los licores toma ritmo, uno a uno, y encuentra lugar preciso en la *espaciosa* arquitectura del noble.

Don Angel de Saavedra, Duque de Rivas, arroja al aire voces de romances y de historia, regalando el oído de sus múltiples amigos en la alegría de vivir sobre la tierra de las viñas y la fe, bajo los vientos azules del cielo de su España. Se insinúa a Dios, callando, desde alguna ribera del Guadalquivir, *do brilla el oro en cimbrias y follajes*, como él mismo expresa en hermoso verso.

Al Duque de Rivas le *causaba enojo... cuanto le hacía descender al pormenor prosaico o enmarañado de las cosas, cuanto encadenaba las alas de su fantasía*⁶, según afirma Leopoldo Augusto de Cueto ante la Real Academia Española. Era un hombre claro, de idea fácil y espontánea.

³Julio Cejador y Frauca, *Historia de la Lengua y Literatura Castellana*. T. VII, pág. 46, Tip. de la Rev. de Archivos y Museos, Madrid, 1917.

⁴Menéndez Pelayo, *Obras Completas*. T. VII, pág. 268. S. A. de Artes

Gráficas, Santander, Aldus, MCMXLII.

⁵*Memorias de la Real Academia Española*. T. II, pág. 583. Madrid, 1870.

⁶*Memorias*.... T. II, págs. 504-505.

Ve en Córdoba la primera luz del mundo

Angel de Saavedra y Ramírez de Baquedano ve en Córdoba la primera luz del mundo. En la Córdoba de los Califas y de los Emires, de aire soleado y aves, de olivares y techumbres luminosas, crece, canta, se regocija.

Allí, en la patria de Lucano y Avicena, donde se reúnen culturas de cuatro vientos y los manuscritos, apagados por los siglos, dan al Inca Garcilaso de la Vega los títulos amables de *varón insigne, digno de perpetua memoria, ilustre en sangre, perito en letras, valiente en armas*⁷; allí donde Séneca ha dejado huella, y noble estirpe el último emperador de las Indias, Huayna Capac, álzase el *poeta de Sevilla*⁸, como Azorín, en nueva forma, le bautiza.

Angel de Saavedra es, por sobre todo, poeta de cada pequeña provincia de España... de la España suya, que es toda y una sola.

Nace el hombre. Diríamos, en el favor de don Miguel de Unamuno, que le empieza a latir la España. Así es, desde ya, el hijo de dos Grandes. El, don Juan Marín de Saavedra y Ramírez, marqués, entonces, de Rivas de Saavedra; ella, doña María Dominga Ramírez de Baquedano y Quiñones, marquesa de Andía y de Villasinda. Alumbrados, por Córdoba el uno; la otra, por Madrid... Ambas ciudades hitos extremos en la biografía de don Angel de Saavedra. Y entre ambas, en él, vibrarán numerosas latitudes.

Narváez y el Duque de Rivas: un epistolario inédito

Aprestémonos, pues, a recorrer con él espacio y tiempo. Efectuaremos esta travesía en el espíritu y la letra de sus cartas, interesantes y vivos documentos que tengo la honrosa fortuna de poseer, como vasta e importante sección del archivo de don Ramón María Narváez, Duque de Valencia.

La amplitud del Epistolario, que con honda satisfacción doy a publicidad, está comprendida por las cartas datadas entre el 27 de agosto de 1844, fecha de la primera, y el 2 de febrero de 1865, fecha de la última. Abarca, pues, un dilatado período, en el cual tienen lugar y nacimiento sucesos revestidos de profunda trascendencia para la historia de España y de otras naciones europeas, tales como el Reino de las Dos Sicilias y el Imperio de Francia.

Son las cartas del Duque de Rivas al Duque de Valencia. Discípu-

⁷Pascual Madoz, *Diccionario Geográfico*. T. VI, pág. 630. Ed. La Ilustración. Madrid, 1847.

⁸Azorín, *Rivas y Larra*, pág. 15. Ed. Espasa Calpe. Argentina, 1947.

lo, el primero, del segundo. En ellas no aparece el literato, el poeta: es el hombre que escribe al Presidente del Consejo, al General, al jefe político de España. *La lengua... sin más que verbos y sustantivos, hecha a hachazos*⁹, que irrumpe con Unamuno, no golpea en sus líneas. Tampoco ese *perpetuo estado de gracia*¹⁰ que fluye en las cartas de Valera. No están lo hosco y desnudo de aquél ni lo sencillo, ágil y espontáneo de éste. Son las cartas del hombre mitad andaluz, mitad gobierno, sin la intimidad del amigo ni la rigidez de las comunicaciones oficiales. Un nivel intermedio: la fluidez, medida; la tiesura, dúctil. El Grande que es don Angel de Saavedra aflora en ellas con letra clara, abierta, fina; las letras y las palabras se fijan en trazos seguros, fuertes, agudos, y se unen unas con otras en la rapidez de sus ideas. La figura varia de don Angel de Saavedra, Duque de Rivas, aparece en sus envejecidas páginas, plena de vida y actividad, junto a otras de macizo e impresionante acento, como las de Serrano, Prim, O'Donnell, el Marqués de Pidal, Donoso Cortés, Nocedal y el propio General Narváez.

De tal modo, su personalidad va esbozándose, segura y amplia, en una época que, siendo la suya, es también la de Isabel II, Napoleón III, Fernando II de Nápoles, Leopoldo de Bélgica, Victoria de Inglaterra, a más de otros personajes, todos de reconocida relevancia en las páginas nutridas de la Historia.

Un centenar de cartas, apasionantes manuscritos ceñidos por la desbordante tradición de España, es la materia viva que conforma esta nueva y nunca acabada estampa de don Angel. Veinte y más años comprenden ellas, encarnando así tiempos de fuerza, tiempos de amor y lucha, de paz y exilio, edades que resumen la sangre misma de España y, junto a ésta, de Europa entera. Honrado, pues, entrego a *Atenea* para el mejor conocimiento de otros ojos el Epistolario que, hasta estos momentos, ha gastado y renovado los míos en continuo deleite e interés.

En el Dominio de Más Acá del Faro

Se ha erguido ya el adolescente. Ya no le enseña el canónigo Tostín las letras ni la Historia. Su padre ha muerto; aquel en que viera

⁹Carta de Unamuno a Mujica. Ctdo. Sergio Fernández Larraín, *Algo de Unamuno a través de un epistolario*, pág. 221. Ed. Universitaria,

Ed. de la Revista *Mapocho*, T. II, Nº 2, de 1964, Santiago de Chile.

¹⁰F. López Estrada, *Antología de Epístolas*, pág. 113, Ed. Labor. Barcelona, 1960.

la versificación de Gerardo Lobo ha quedado en tierra con los frutos de 1802. La edad en que su madre le protege y no consiente en darle a las lejanías de España bajo las órdenes del marqués de la Romana, se ha encendido en cuerpo más preciso. Y las *once heridas mortales*¹¹ que, bizarro, recibió de las lanzas en Ocaña, se han cerrado en tres palabras de un romance.

En don Angel ha crecido el tiempo. No llega ya a su oído el choque de las armas ni el galopar de las caballerías guerreras, ni enmudece ante los honores que le cubren y alzan en la conciencia de sus contemporáneos. Las ciudades de Tembleque, Baeza, Chiclana y Cádiz, descansan, alegres unas, otras necesarias, en la memoria del que, diputado entre 1820 y 1823, se distinguió en el Congreso junto a los patriotas más avanzados. Las imágenes oscuras que en octubre de 1823 tuvo de Gibraltar —cuando emigrante jurado a muerte por el soberano de sus aires, el rey Fernando VII—, son ahora ritmos flexibles en sus poemas *El desterrado* y *El sueño del proscrito*. Y *Florinda*, ese *sueño vago y sombrío, inspiración osiánica empapada en las nieblas húmedas del Támesis*¹², como la califica Ochoa, ha sido emulada por nuevas creaciones, más fáciles y gozosas.

Y así como el arte, también el amor ha madurado en don Angel. Desde 1825 le acompaña su bella esposa: doña María de la Encarnación de Cueto y Ortega.

Son otros días: las nubes del destierro se han esfumado, y el que fue Ministro de la Gobernación en el breve Gabinete de Istúriz, entre el 15 de marzo y el 13 de agosto de 1836, ya no alimenta en Orleans a su familia con el dinero que le valen sus pinturas. Tristes capítulos, como su fugaz Marsella, le brillan ahora sólo en la experiencia. Y la Historia ha empezado ya a nutrirse del académico de *Don Alvaro o La fuerza del sino*, del senador en 1837 elegido por Córdoba y otras provincias españolas, del gentilhombre de llave, del Duque de Rivas, del hombre *afabilísimo y bueno*¹³.

España y Nápoles

Y nuevamente, dos pies ya no pisan sobre el suelo de España. Don Angel es Agente de su tierra y se dirige a Nápoles. La imponente fragata

¹¹Duque de Rivas, *Obras Completas*, pág. 111, Ed. Aguilar. Madrid, 1956.

¹²Ochoa, ctdo. en *Enciclopedia Hispanoamericana*, T. XIX, pág. 13.,

Ed. Montaner y Simón, Barcelona, 1912.

¹³Juan Valera, *Obras...* T. II, pág. 752.

Clorinda, ha sido destinada por el Gobierno para dar realce a su aristocrático representante, pero graves conflictos que despiadadamente azotan Alicante fuerzan a la Autoridad a disponer de ella. El Duque se embarca obligado por las circunstancias, en un simple vapor inglés que le deja en Malta, tierra tan querida por él, en donde —bajo la amistad consejera de John Frére, estudioso inglés y su *iniciador*—, encaminó en 1829 sus versos de exilado hacia las voces del pueblo, de su pueblo, y concibió sus poemas *Al faro de Malta*, *La maledicencia* y, en una casa de campo alzada a orillas del mar, *El moro expósito*, verdadero “monumento erigido al renacimiento romántico”^{13 bis}, así como algunos de sus más bellos romances históricos. Malta, la tierra donde tan afectuosamente se había visto tratado en tiempos de persecución e infortunio¹⁴, según nos cuenta don Enrique de Saavedra, su hijo; tierra que ahora le acoge, más alegre y tranquila, en los constantes obsequios de sus antiguos y constantes amigos¹⁵. Sin embargo, corta es su permanencia en la isla inglesa: nuevamente el Duque navega; ahora, sí, a Nápoles.

Cordial recibimiento

Llegado en 2 de marzo de 1844, el diplomático se yergue sobre el suelo del Reino de las Dos Sicilias. Nápoles se abre al *honrado patricio, prócer ilustrado y poeta de alta ley*¹⁶, que es don Angel en las palabras de aquellos para quienes es *noble y cariñoso amigo*¹⁷.

A la ciudad en que reposa de su viaje ha llegado a saludarle, desde Caserta, el soberano de dicho reino, y el día 11, en que presenta sus cartas credenciales acompañando los papeles con un discurso —rompiendo así la sequedad que caracteriza tales situaciones—, recibe de Fernando II de Borbón, Rey de Nápoles, la más halagüeña de las respuestas. Y de seguro que bien ha valorado la amabilidad que entonces se le brinda, pues, como expresa Cueto, el *amor a la patria, alma de las obras del Duque de Rivas, era tan intenso, tan duradero, tan inseparable de su ser, que así le alienta cuando vive en las zozobras de la proscripción, como cuando goza en tierra extraña de los*

¹³Bis. E. Allison Peers: *Historia del movimiento romántico español*, Ed. Gredos. Madrid, 1954, Vol. 1, pág. 270.

¹⁴Enrique de Saavedra, *Reseña*

biográfica del Duque de Rivas, Obras Completas. T. II, pág. 95, Ed. 1894.

¹⁵Id.

¹⁶*Memorias...* T. II, pág. 502.

¹⁷Id., pág. 502.

*halagos de próspera y brillante fortuna*¹⁸. Ciertos estamos de ello. No otro que él ha vivido la alegría de ser cotidiano español, sentado a las mesas austeras del estudiante o alzando copa de suntuosos vinos sobre suelos de amistad.

Nápoles o una huella de España

Y Nápoles es suelo de amistad. Tierra meridional es aquélla, tierra que le gusta al Duque. Allí han pisado griegos y hérulos; ostrogodos, lombardos, sarracenos, han amado y muerto, dilatado los ojos ante sus noches y amanecido al canto; los suabios y los franceses se han unido en una misma huella y han luchado bajo su cielo, y antes de Francia, los españoles, y después de los franceses, nuevamente España, y Austria, y España, España... El Duque recuerda, y está hundido en tiempos que no ha vivido, ¿qué no ha vivido?: el español está en España y España está en esos siglos, España está en el corazón del español..., y éste es el que medita. ¡Cuánta historia hace eco en el cráneo vivo de don Angel!

Los nombres de don Pedro de Aragón y de Roger de Lauria renacen, desde 1282, y cruzan siglos hasta el sentir de don Angel, y en éste se azota el fragor de la batalla naval de Mesina, con el triunfo de la flota española sobre la francesa; Alfonso v le vibra, y el brazo de los Reyes Católicos le parece más fuerte al recordar la gloriosa campaña de don Gonzalo de Córdoba, el Gran Capitán desde entonces, que sucesivamente triunfó sobre las tropas de Francia en las batallas de Cerignola, Seminara y Garellano. Y Carlos i de España y v de Alemania, soberano de la Casa de los Austrias que gobernó esa doble corona por mano de virreyes. Y más todavía: la Casa de Borbón española.

Otra perspectiva

Pero ahora es él, don Angel, y un doble juego se aproxima: ha de conquistar Nápoles para sí, y para ello, a un mismo tiempo, ha de ser él mismo conquistado. El poeta, el político y el español, meditan, uno solo. Y don Angel se adelanta a los acontecimientos, erguido sobre una sólida base de saber histórico y humano. Un mosaico complejo de concesiones y demandas va a ser el campo que se apresta a explorar y comprender, un tablero de ajedrez en el que las piezas

¹⁸Id., pág. 575.

son soberanos verdaderos, gentes, hombres y mujeres, su pueblo de España, de dos mares, y el otro mediterráneo.

Fernando II, signo de contradicción

Y ante don Angel y su tierra, un soberano de dos cetros: Fernando II, hijo de la Casa de Borbón, sobre quien la Historia se ha volcado con los más opuestos adjetivos, arrastrándole a los grados más bajos y despreciables de la ética política, o enalteciéndole y conduciéndole a los más altos. Fernando II, de quien se ha dicho que prometió gobernar en bien de su pueblo y junto a éste, y que, contrariamente, empeoró el sistema despótico de su padre, Francisco I, rodeándose de consejeros ambiciosos, egoístas y crueles, como Delcarretto, hombre de baja extracción a quien nombró Ministro de Policía; gobernante de quien se ha afirmado que aumentó los impuestos hasta la asfixia de sus contribuyentes, cayendo en la vileza de hacer de sus súbditos objeto de las más agudas vejaciones; un soberano impopular, el *Rey Bomba*, como se le apodó tras el bombardeo del que hizo blanco a Mesina.

Pero también el Fernando II de quien se ha escrito que, *tan calumniado, tan vilipendiado por los hombres de ciertas ideas, fue un gran rey, y es probable que no se hallase la Europa en el estado de descomposición en que hoy se encuentra, que no hubiesen llegado a tanto poder los enemigos de lo que se ha dado en llamar derecho antiguo, a ser él rey de Francia o Emperador de Austria en vez de soberano de las Dos Sicilias. Las conmociones de 1848 no lograron arrancarle de su trono, y su pueblo veía en él al animoso guardador de su honra contra las pretensiones del extranjero, y al celoso defensor de su tranquilidad y reposo contra las utopías de los innovadores*¹⁹.

El soberano a quien —se ha enfatizado— las bellas artes napolitanas no olvidarán jamás, pues a él se deben las numerosas escuelas de música, de dibujo, de pintura, de escultura y de arquitectura que pueblan aquellas ciudades, la institución que enviaba a Roma a los jóvenes así del continente como de Sicilia para estudiar las obras maestras del genio italiano; a él las acertadas providencias para dar cima a la obra de descubrir las maravillas y preciosidades artísticas que yacían bajo las ruinas de Pompeya y Herculano; a él en fin el primer museo que admira la Europa; bajo su favor y protección crecían y

¹⁹Romualdo M. de Velázquez, *Historia de Francisco II de Nápoles*, págs.

7-8, Ed. Imp. Luis Tasso. Barcelona, 1861.

aumentaban los cultivadores de las artes y de las ciencias²⁰; el extraño tirano, tirano de género especial que varios días de la semana abría al público las puertas de su palacio, e invadían las salas diez o doce mil personas que iban unas a felicitarle y las más a solicitar de él gracias y favores²¹.

Aquél, político muerto y resucitado en el pensamiento de las más airadas voces de detractores y defensores, ante el Agente de España. Éste, dentro de salones que desconoce y que, sin embargo, le traen, le recuerdan, a cada paso, su patria.

Nacimiento de una Correspondencia

Y a poco de llegar, desde Nápoles escribe a don Ramón María Narváez, Duque de Valencia, una primera carta entre otras muchas; se vuelca ante quien admira como al primer político de la España de ese tiempo, como al primer General de esos aires tumultuosos, el pedestal vivo desde el que gobierna Isabel II, Reina de España.

Es en ese entonces, don Ramón María Narváez, Capitán General de los ejércitos, desde enero de 1844, y, en el mismo año, Presidente del Consejo de Ministros con la cartera de Guerra. Es, y será hasta su muerte, la más viva y cabal personificación del partido Moderado. Es el *estimadísimo amigo, pariente y Jefe*²² del Duque don Angel de Saavedra, quien en la carta señalada expresa a Narváez que *de ministro en (ese) hermoso país y en (esa) tranquila y agradable ciudad (está) muy contento*²³, pero que en esa posición tiene *las manos atadas*²⁴. Y bien entiende don Ramón María el sentimiento de don Angel; tiene las manos atadas, porque todavía no las ha podido sacar de su tierra porque en ella las tiene enterradas hondo y fuerte, porque allí, en España, las tiene esposadas por su sangre antigua. No otra es la atadura que siente el Duque, recién llegado a *otra* tierra, que no es suya y que lo fuera. Son las entrelíneas de la carta fechada en Nápoles a 27 de agosto de 1844, pocos meses después de haber don Angel dejado su suelo.

²⁰Id., pág. 34.

²¹Id., pág. 34.

²²Carta del Duque de Rivas a don Ramón María Narváez. Nápoles, 25-x-1847. Archivo Fernández Larraín, Colección Narváez.

²³Carta de id. a id., Nápoles, 27-vii-1844. A. F. L., C. N.

²⁴Id. El significado de esta expresión aparece bien preciso en la carta primera de este Epistolario. Muy otro, menos elevado y romántico, que el que en anteriores líneas me he permitido darle.

Nostalgia de España

El Duque ha reaparecido a las lejanías; vientos que ya le han tocado, pero que son siempre desconocidos para él, vuelven a curvarle el rostro. Es la noche, y pisa sobre piedras que no ha cortado la Tizona. Vaga, y la amplitud del cielo le lleva a otras calles... y entra en tascas donde lloran, cantando, los gitanos. ¿Dónde estallan los limonares... y Sevilla, dónde está con sus sevillanas —mujeres y cantares—, y Granada? *Atadas las manos*, atada el alma. Y el Duque calla en tal silencio. Nápoles entera enmudece para él en esa noche, abiertas sí las puertas de sus palacios y museos, cerradas las ventanas por que no se escapen los sueños. Y don Angel trata de echar de sí tanta nostalgia; nostalgia de polvo y poesía, de lengua y de mujer, de política y carbón, de nada, de nada que está allí... y exclama, casi grita:

*Ay, encantos! jamás habrá bastantes
Ni circes, ni sirenas
Que consuelen mis penas,
Donde no suena el habla de Cervantes²⁵.*

“Donde no suena el habla de Cervantes”

En Nápoles, *donde no suena el habla de Cervantes*, donde su oído se turba y su boca es tartamuda, donde algo que no está, está en él aguzándole los labios, remozándole la pena, ahuyentándole la risa.

Avanzada está la noche y *de nieve fría están cubiertos los vecinos montes²⁶*. Los pasos del caminante no hacen eco en las avenidas y callejas que va cubriendo. Todo en esos momentos le parece ajeno, lejano a su alma de español. Nada le trae el sabor de las noches tibias de su tierra, nada de lo suyo está con él, él mismo parece haberse ausentado de su cuerpo.

No obstante, camina, camina. De pronto, se confunde en una enorme sombra: la Iglesia de Santiago de los Españoles le cubre. Este monumento de bloques ásperos y recios le abre su ancha puerta, y don Angel entra por ella: ahí la tumba de don Pedro de Toledo; ahí el relieve que un cincel creó perpetuando uno entre otros hechos gloriosos de este guerrero y señor de España. La obra muestra la entrada del virrey a Nápoles, ciudad entonces de altas torres y muros

²⁵*Memorias* ... T. II, pág. 577.

²⁶*Id.*, pág. 580.

almenados; ciudad con las puertas abiertas al pie del nuevo vencedor, que, seguido por sus soldados, con sus armas y sus escudos de defensa ya en reposo, entra a ella. Y don Angel reacciona. Comprende que, avanzando, podrá abrazar con más fuerza a su España, rehacer la longitud de sus brazos en esa tierra ajena, amanecer con el día que ya revienta, para España. Y se reintegra a Nápoles, se retracta de sus anteriores tristezas y escribe *que es de sabios mudar las opiniones*²⁷.

Con la espada del canto

En don Angel el político ha triunfado sobre el poeta, pero éste, aunque vencido, permanece. Combate *con la espada del canto*, según la bella expresión de Aleardi, poeta de esas tierras.

Durante los seis años que ejerce su cargo diplomático, don Angel lleva a cabo una de las etapas más fructíferas y gozosas de su vida. Muchas obras gastarán su pluma entre 1844 y 1850, fechas extremas de su estancia en Nápoles; entre otras, surgirán *El sol poniente* (1844), *La aparición de la Mergelina* (1844), *Una noche de verano en el golfo de Nápoles* (1845), *Fantasia nocturna* (1846), *A Lucianela* (1847), *Sublevación de Nápoles capitaneada por Masanello* (1847) y *Epístola* (1848). Por otra parte, también su pincel está inquieto, naciendo de su actividad, entre numerosos lienzos, su obra *Judit*, de alto vuelo expresivo.

El lenguaje impersonal de los gobiernos

Reconciliado con el árido y frío lenguaje de los gobiernos, lenguaje impersonal que acerca o separa la vida de los pueblos, entra don Angel a luchar, en alegría a veces, otras a disgusto, en los campos políticos que extienden y relacionan esas dos tierras peninsulares que son España y Nápoles.

El Partido Moderado en el Poder

Es 1844, y en España domina en forma absoluta el partido Moderado, dirigido por don Ramón María Narváez, antagónico e inconciliable con el partido Progresista, cuyos elementos ordena Olózaga. A pesar de la férrea mano de don Ramón María, España se contrae,

²⁷*Memorias . . .*, pág. 588.

casi de continuo, en diversos motines y pronunciamientos que estallan en sitios diferentes, alterando el sosiego público. Acentúan aún más esta situación algunas tentativas de rebelión fraguadas por los anárquicos seguidores de don Carlos, pretendiente al trono.



Entretanto, don Angel, desde Nápoles también convulsionada por ondas de revolución, sigue los acontecimientos que van naciendo y muriendo en su tierra, por las cartas que recibe de don Ramón María. Así, ya en 1845, goza con la información que le proporciona su *querido amigo y pariente*.

España se multiplica gloriosa en incontables hechos que relajan el espíritu de don Angel. Aquí y allá van delineándose los cimientos que han de conformar la historia de su patria. España ha intervenido junto a las fuerzas de Francia e Inglaterra, contra el tiránico gobierno que ejerce Costa Cabral en Portugal. Don Manuel de la Concha, ha operado tan fructuosa y brillantemente en las provincias septentrionales de esa tierra marina, que le ha sido concedido el título de Marqués del Duero.

Don Ramón María, jefe de la política española, ha dado un nuevo triunfo a los moderados al lograr la reforma de la Constitución de 1837. Elevado, el 18 de noviembre, a la dignidad de Grande de España de primera clase, es honrado, además, con el título de Duque de Valencia y, poco después, con la Gran Cruz de Isabel la Católica y con el Gran Cordón de la Legión de Honor.

Con los triunfos de la Patria y del amigo don Angel va viviendo, y su extranjería mediterránea ya no le es dura; ni la siente casi, pues le tonifican y compensan, además de las noticias de su suelo, el sentirse *contento y estimado, muy bueno y cada día más contento y estimado en este delicioso país*²⁸.

Nápoles se liberaliza

En Nápoles, el Rey Fernando II, obligado por las circunstancias, ha aceptado la Constitución proclamada en Palermo en 1838 y ha hecho concesiones en sentido liberal para apaciguar a los napolitanos y sicilianos, vueltos a la obediencia después de su promesa, garantida

²⁸Carta del Duque de Rivas a id. Nápoles, 8-xii-1845. A. F. L., C. N.

por Inglaterra y Francia, de gobernar constitucionalmente. Y don Angel no pierde, entonces, el analizar con cuidado todas las circunstancias a que alcanza su vista. Alerta, el político que late en el Duque de Rivas, luego de felicitar con sincero afecto a don Ramón María por el *éxito de sus tareas*²⁹ y de expresarle asimismo que en un encuentro habido con S. S. el Papa Pío ix ha sido recibido *con la mayor cordialidad*³⁰, le participa su inquietud ante los pasos del Pretendiente, que a tantos de su tierra tiene en sobresalto. *Parece que don Carlos va a Palermo*, escribe a don Ramón, y le adelanta que desde ya está preparado a seguir sus movimientos.

Senador del Reino

Vigilante, don Angel no descansa. Su actividad no cesa. Pero no está solo. España le observa, le cuenta los pasos, y así recibe, en justa recompensa, el Real Decreto que le consagra senador del Reino. Esto, en octubre de 1845; el día 8 de dicho mes escribe y agradece a don Ramón María la satisfacción que le ha traído tal reconocimiento. Y el 8 de diciembre de ese mismo año, renueva con más brío su interés por lo que en su patria ocurre, quiere sumergirse en España, adentrarse en ella, saber de la apertura de Cortes, vivir, aun lejos, su tierra, cantar su paz. Fundado en reales esperanzas, manifiesta a Narváez que abriga plena confianza que *él y sus compañeros sabrán muy bien ahogar la revolución para que no vuelva a asomar la cabeza*³¹. Así se redondea don Angel, poeta amable, político fino y siempre español.

Narváez sigue con las riendas del Poder.

Llegamos a 1846. España sigue activa. Se abalanza más allá de sus límites para castigar a los piratas de las islas Balanguingui (Filipinas) y lo hace duramente, y bajo su propio cielo los acontecimientos van brotando contradictorios: el General Narváez, tras sofocar con maestría la formidable insurrección que se levantó en Galicia, deja el ejercicio del poder en 10 de febrero. Treinta y dos días más tarde, el 16 de marzo, vuelve a formar Gabinete. La Reina Isabel II contrae fastuoso matrimonio, en 10 de octubre, con don Francisco de Asís...

²⁹Carta de id. a id. Nápoles, 28-iv-1845. A. F. L., C. N.

³⁰Id.

³¹Carta de id. a id. Nápoles, 8-xii-1845. A. F. L., C. N.

Don Angel, atento a todos estos acontecimientos, en carta de 5 de marzo comunica a Narváez su *desconcierto al saber que ha abandonado el alto puesto que ocupaba tan dignamente*³², aconsejándole *no se aleje de la Reyna, no de los hombres monárquicos conservadores*³³ e instándole *se conserve siempre en disponibilidad para salvar acaso de nuevo a la Reyna y al país de futuros apuros y calamidades*³⁴. El Duque de Valencia le responde en tranquilizadoras palabras, expresándole que, ante hechos *que bastaron para poner el trono y la nación al borde del precipicio, (S. M.) me honrró (sic) nuevamente con su confianza*³⁵. Así don Angel se mantiene al tanto de las situaciones que gobiernan su tierra, dejando mostrar sus inquietudes en todo momento ante quien —no otro mejor— mantiene en España sus ojos bien abiertos y presta sus manos a la resolución de eventuales problemas.

Un enlace real y otro imaginario

Pero no le basta a don Angel con la España que recibe sólo de las cartas y de los vagos periódicos que a veces, a más, le alcanzan tergiversadas noticias, y por ello está pronto a usar, y a abusar si es necesario, de cualquier oportunidad que se le brinde para pisar otra vez su tierra. En conocimiento del próximo enlace de Isabel II con don Francisco, no tarda en solicitar licencia para viajar a España y asistir, como Grande, a dicha boda. La autorización se le concede en 24 de abril. Sin embargo, curioso hecho no aclarado todavía por biógrafo alguno, el Duque de Rivas no emprende viaje sino en 19 de noviembre, en circunstancias que, como ya hemos anotado, la boda se había celebrado en 10 de octubre; y todavía más, antes de zarpar para España, se detiene durante un mes en Roma, en donde es afectuosamente recibido por S. S. Pío IX. Diremos, en la intención de borrar esta laguna en el conocimiento de la vida de don Angel de Saavedra, que su propósito no era precisamente el de asistir al enlace mencionado, sino, más bien, el de protagonizar el suyo propio con su España.

Es así que don Angel, español enamorado, cae en 1847 como de golpe, y renovado tras tan grato encuentro con su tierra y con la familia y los amigos que adora. Actividad, vida y muerte, irán construyendo este nuevo año. Los sucesos estallarán todavía algo sordos,

³²Carta de id. a id. Nápoles, 5-III-1846. A. F. L., C. N.

³³Id.

³⁴Id.

³⁵Nota marginal de Narváez a carta del Duque de Rivas, Nápoles, 5-III-1846. A. F. L., C. N.

preparándose para descender, ya maduros, sobre 1848, año que estremecerá a Europa entera, dando luces y sombras, sobre todo sombras, aun por sobre sus confines.



En 1847 nuevamente ha perdido el General Narváez la dirección del Gobierno. Sin embargo, después de permanecer ausente en el ejercicio de diferentes Gabinetes, todos ellos de breve existencia, es otra vez llamado al Poder, en los mismos días que se desempeñaba como Embajador de España en el vecino país galo. Retorna a su tierra, al igual que la Reina Madre, y determina la inmediata convocatoria de Cortes.

El Duque de Rivas escribe a Narváez manifestándole su alegría de saberle reintegrado al *puesto para que nació*³⁶, y lisonjeándose que *por segunda vez se han cumplido mis profecías*³⁷. A un mismo tiempo, en esa carta de 18 de octubre, le manifiesta su opinión sobre *lo que tendrá... que hacer y (sobre lo) que padecerá para contener la revolución a que se le ha quitado todo estorbo*³⁸. Si tiene resolución, le agrega, *y medios para todo y si logra afianzarse... , dará con su prodigiosa autoridad pronto y duro remedio (pues duro se necesita) a todos los males que nos arrastraban al precipicio*³⁹. Don Angel participa una vez más en las luchas y los triunfos políticos que remecen su tierra, incansable en su atención y pensamiento, no obstante que no tiene *más noticias que las llegadas a Bayona por telégrafo*⁴⁰.

Don Angel y Juan Valera.
Damas y salones.

Pero está también en Nápoles. También en esa tierra *donde no suena el habla de Cervantes*, fija, aguza, alerta ojos y oídos. Ya en 1847, otro español, don Juan Valera, le acompaña. Istúriz, íntimo amigo de don Angel, ha firmado en 24 de enero una credencial de agregado honorario, y *por lo mismo sin honorarios*⁴¹, como señala Carmen Bravo Villasante, en favor del todavía joven escritor que

³⁶Carta del Duque de Rivas a Narváez. Nápoles, 18-x-1847. A. F. L., C. N.

³⁷Id.

³⁸Id.

³⁹Id.

⁴⁰Id.

⁴¹Carmen Bravo Villasante, *Biografía de don Juan Valera*, pág. 37, Ed. AEDOS. Barcelona, 1959.

llega a Nápoles en 16 de marzo, según él mismo asegura en carta fechada en abril de ese mismo año. Ya en esta ciudad, profundamente impresionado, manifiesta: *No es posible describir ni pintar el hermoso aspecto de esta ciudad cuando se ve desde el mar. Es el paisaje más hermoso del mundo. Sus palacios, sus jardines, sus castillos, se extienden por la orilla del mar, formando un ancho semicírculo*⁴².

Sobre el nuevo Adicto, que así abre su sensibilidad a las bellezas de la ciudad mediterránea, don Angel informa al Marqués de la Paniega, en carta fechada a 28 de agosto: *Cada día estoy más contento con haber hecho la adquisición de su hijo de usted, que es joven de excelentes prendas, y sus buenos modales, su extensa instrucción y su excelente conducta lo hacen digno del aprecio de cuantos lo tratan. Trabaja con asiduidad, estudia, pasea conmigo y observa la mejor conducta. Este invierno lo presentaré en la sociedad diplomática, y no perderé ocasión de hacerlo brillar y de que sepan los extranjeros que también en España se sabe dar buena y completa educación a los jóvenes que son capaces de ella*⁴³.

Es que don Angel se rejuvenece al oír de su tierra el golpe de buenas voces como la de Valera. Vuelve a asomar la cabeza por su balcón para vibrar con el baile de Lucianela, a lo que Valera, ya suelto de cuerpo y fresco ante su amable jefe, le pregunta: *¿Pero es posible, señor Duque, que le guste a usted esa vaca sin cencerro?*⁴⁴, respondiéndole el señor Duque, nuevo ahora en humor y más orgulloso de Valera por su lengua que por su tino diplomático: *Ya verá usted cuando publiquen mis mujeres ilustradas, como han publicado las de Byron, Goethe, Shakespeare y la Biblia; ya verá usted qué Lucianela perfectísima y divina saca a relucir el grabador*⁴⁵.

He aquí a don Angel y su agregado, el que nos dice: *El duque era afabilísimo y bueno. Ya era viejo cuando estuve yo con él en la Embajada de Nápoles, pero se diría que estaba dotado de perenne juventud; tan constante era su buen humor y tan festivo su carácter. El mismo se jactaba de ser más mozo que todos los secretarios y agregados, y se jactaba, además, y yo doy fe de que no sin razón, de que*

*Ni amistad santa me faltó tampoco
de hermosísimas damas: sin peluca,*

⁴²C. Bravo Villasante, op. cit., pág. 37. (Carta de don Juan Valera).

⁴³Carta del Duque de Rivas al Marqués de la Paniega, ctda, en C. Bravo Villasante, op. cit., pág. 38.

⁴⁴C. Bravo Villasante, op. cit., pág. 41.

⁴⁵Id.

ni tos, ni panza, ni tabaco y moco,
 puede un anciano verde alzar la nuca,
 y logré que dijeran muchas bellas:
 Cuanto e simpaticone questo Duca!⁴⁶

En lo que Valera insiste, y precisa: *No cabe duda; las damas solían hallarle simpaticone. En lo de la amistad más o menos santa, no me entremeto...*⁴⁷ Agregando: *y era tan galante, tan discreto y tan entretenido cuando hablaba, que en Nápoles hacía el encanto de todos los personajes más ilustres y de los individuos del Cuerpo diplomático, entre los que figuraba entonces el príncipe Félix de Schwarzenberg, quien después se hizo tan famoso gobernando el Imperio Austriaco y salvándole de inminente ruina. Este príncipe, mientras vivió en Nápoles, fue el más íntimo amigo del duque de Rivas...*⁴⁸. Pero dejemos los salones, respetemos el secreto de las amistades dudosamente santas del que, al decir de don Leopoldo A. de Cueto, podía morir, pero no envejecer. Otras horas que de las noches, las damas y los salones, le llaman a este esbozo.

El historiador

Inclinado sobre su mesa de trabajo, vacilando para así poder afirmar después con mayor certeza, don Angel de Saavedra escribe *La Sublevación de Nápoles capitaneada por Masanello*. Su pluma va corriendo sobre los hechos, junto a ellos, y adentrándose en la historia con tal suerte y justeza, que hará decir a Hartzenbusch que el Duque de Rivas *ha escrito una historia como pocas hay en castellano ni en ningún otro idioma, con verdad en los acontecimientos, con tino en la investigación de sus causas, con recto juicio de los hombres y de sus acciones, de los impulsos y fin de aquéllos, de las circunstancias de éstos y su resultado*⁴⁹, y que está redactada en estilo fácil, claro, familiar, pero a veces elevado, enérgico y pintoresco según conviene, sin empeño en remedar a Tácito ni a Salustio, a Mendoza ni a Thiers, ni a ningún otro autor español ni extranjero⁵⁰.

⁴⁶Juan Valera, *Obras...* T. II, pág. 752.

⁴⁷Id., págs. 752-753.

⁴⁸Juan Valera, *Obras...* T. II, pág. 753.

⁴⁹Hartzenbusch, ctdo. en *Enciclopedia Hispanoamericana*, T. XIX, pág. 14.

⁵⁰Id.

El Rey Bomba

Pero no sólo los muros de su biblioteca le rodean. En febrero de 1847, el Rey de las Dos Sicilias, Fernando II, ha promulgado una nueva Constitución; con posterioridad ha confiado al General Pepe el mando de las tropas destinadas a operar contra los austríacos, y las fuerzas que mantiene en el interior de su reino han hecho fracasar la insurrección surgida en Reggio y bombardeado Mesina. El Rey de las Dos Sicilias es desde ya el *Rey Bomba*.

España en la mente

En España don Ramón María ocupa la presidencia del Consejo y el Ministerio de Estado en el gabinete conservador del 4 de octubre, del que también forman parte los Condes de San Luis y Córdoba. Más tarde desempeña la Cartera de Guerra, donde se distingue por el restablecimiento y la mantención del orden en una época en la que toda Europa se encontraba temerosa, si no agobiada.



Don Angel deja, entonces, su cuarto. Se posesiona de los hechos de su patria e informa de cuanto junto a él ocurre. Así, en carta de 28 de octubre de 1847, escribe a Narváez, alegrándose *cordialmente de los últimos felices acontecimientos, que con tanta felicidad ha llevado a cabo*⁵¹, y expresándole que *este nuevo triunfo es acaso mucho más importante que el que con tanta gloria ganó... en Ardoz*⁵². Cada día, le agrega, *estoy más orgulloso de mis profecías pues todas se han cumplido*⁵³. El Duque, que no sobresale precisamente por su modestia, se complace en sus profecías, regocijado porque significan alegría para España.

Pero, simultáneamente, manifiéstase apesadumbrado por la poca exactitud y cautela que observa *La Gaceta*, el diario oficial que recibe en su Legación, *para no dar cabida a noticiones sin fundamento*⁵⁴. Se refiere a las insurrecciones habidas en Reggio y Mesina. Y subraya que en Nápoles, en el Reino de las Dos Sicilias, *no ha habi-*

⁵¹Carta del Duque de Rivas a Narváez. Nápoles, 28-x-1847. A. F. L., C. N.

⁵²Id.

⁵³Id.

⁵⁴Id.

*do más que lo que tengo comunicado en mis despachos... reinando ya en ambas Sicilias la más completa tranquilidad*⁵⁵.



Aquí el Duque, afirmando una vez más la verdad de los hechos. Se interna en sus oficinas y recorre la ciudad. Va lanzando sus miradas a todo lugar que insinúa alguna luz, alguna sombra. Y se penetra a sí mismo en esa tierra. Caminando por sobre adoquines viejos, entre una multitud de transeúntes que los pulen y le rozan, cruza la Puerta Capuana y sus ojos chocan, de golpe, con las Torres Aragonesas. Macizas y gruesas, oscuras, que parecen toneles de compacta y pétrea arquitectura. Y vuelve a España. Se reintegra a los brazos fuertes de los obreros de su suelo. Aragón y España corren con la sangre andaluza del cordobés. Y luego de viajar a su tierra por segunda vez y recibir el nombramiento de Senador vitalicio, nuevamente escucha saludos napolitanos.

La paz ha sido incierta. Ya entra a rugir la voz de 1848.

1848, año de turbulencias

Graves conflictos anublan los ojos de Europa. La revolución de febrero, nacida en Francia, hace sentir sus efectos más allá de sus confines. La idea vuela por sobre Alpes y Pirineos, y su aspereza es tal que pule aun los roqueríos. Barcelona, Madrid y Sevilla ven sus calles y avenidas quebradas en los gritos y las armas. Los mapas nacionales se contraen. Luchan hermanos contra hermanos. La desorganización, el trastorno, alcanzan un apogeo insoportable. En Cataluña, los sectarios de don Carlos levantan bandera y desenfundan sus puñales. Fusiles y cañones enronquecen, rojos sus metales. En el Reino de las Dos Sicilias álzase Sicilia en sus hombres sombríos. El Ministro de Policía napolitano, Delcarretto, es destituido, y su reemplazante, Poe-rio, es a poco condenado a presidio por Fernando II. Veinte mil sentencias se cursan contra los rebeldes de Nápoles. No hay razón en los acontecimientos. O, si la hay, es razón última, guerra, destrucción.



⁵⁵Id.

En este mar convulso los españoles se hacen más españoles, los europeos más europeos. Cuando los hechos pierden el aire y las voces no tienen tono ni volumen, cobran acento, confundidos en un solo cauce, lo íntimo y lo universal. Es como enfrentarse a la Muerte. El hombre —ahora las naciones— hace recuento de sus fuerzas y clarifica su inteligencia. Pero no todos están preparados. En Europa sólo un país mantiene esperanzas en la superación de sí mismo. Este país es España . . . , con Narváez. *Logró el Duque de Valencia*, afirma Opisso, *sofocar la revolución, mientras todo era trastornos y violencias en otros países: en Austria, donde Metternich tenía que huir a Viena; en Hungría, en Bohemia, en Lombardía, en el Véneto, en Prusia, en el Schleswig-Holstein, en Baden, en Toscana, en los Estados Pontificios, lo cual hizo que en toda Europa se reconociera al Duque de Valencia por gobernante de extraordinaria fibra*⁵⁶.



Y en Nápoles, otro español: don Angel de Saavedra. El autor de *La fuerza del sino* no cesará ahora en la persecución de la paz, no dará respiro a ese destino turbio que se avecina y revienta en más de mil muertes. Previsor, en carta de 29 de enero, subraya a su querido amigo y pariente:

Son imponderables los esfuerzos que han hecho las representaciones de Rusia, Austria y Prusia para impedir a este soberano el hacer esta concesión (de Fernando II a Nápoles), y para provocar un doloroso conflicto, lo que los ha colocado en una posición difícil y odiosa. Y no se han creado tampoco una muy favorable los Encargados de Negocios de Inglaterra y Francia: aquél porque ha hecho demasiado y ha inspirado temores; éste porque con su indiferencia y poco tacto se ha enajenado los ánimos de todos. El único diplomático pues, que en estos críticos momentos tiene la confianza del actual gobierno, buena reputación en palacio, y las simpatías de todo Nápoles, soy yo, como no podía menos de suceder, tanto porque desde mi llegada aquí he procurado hacerme por todos los medios posibles grato a estas gentes de todas categorías y opiniones, cuanto por la conducta que he observado en estos azarosos días, sin acolazar a unos, ni desanimar a otros, como han hecho mis colegas, ni mezclarme activamente en los negocios, o esparciendo bajo cuerda, ideas de orden y de moderación

⁵⁶Alfredo Opisso y Viñas.

y de respeto al trono, por una parte; y por otra, especies de conciliación, de lenidad y de acomodamiento. Todo sin descubrir ni comprometer en nada mi carácter público, y siguiendo estrictamente (pero con habilidad, permitame esta jactancia) mis instrucciones⁵⁷.

Sucinto, aunque jactancioso, sí, no cabe duda, tratado de diplomacia.

*Y el rey no desconfía de mí, y los nuevos ministros, añade, con quienes estoy en estrechas relaciones, y los jefes del movimiento que trato frecuentemente, me tienen por amigo, me preguntan muchas cosas que ignoran de las prácticas y formas del género de gobierno que van a plantear. Y me lisonjeo de que la Constitución napolitana se parezca mucho a la nuestra*⁵⁸.

Todo lo cual le da base para terminar:

*En estos momentos, pues, mi querido General, podrá ser muy oportuno el darme el nombramiento de Embajador, que aumentaría mi prestigio aquí y en toda Italia; que me daría una saludable influencia en un país que se pasa completamente a nuestro lado, y donde sería grata esta demostración, que aumentara su importancia en los críticos momentos de constituirse. Y también, sería cosa que no desagradaría a los liberales españoles, como homenaje a un país que se hace constitucional*⁵⁹.

Así se expresa el político. Por decreto de 11 de febrero de ese año, es elevado al rango de Embajador, título que recibe acompañado de una suculenta suma, 300.000 reales, que habrá de distribuir en el curso de un año. Con posterioridad, don Ramón María, en nota fechada a 21 de febrero, le agrega que *ha obrado muy acertadamente y una prueba de que el Gobierno está muy satisfecho de su comportamiento es el nombramiento de Embajador que le ha enviado*⁶⁰, instándole a que continúe protegiendo el país, haciéndolo para que la libertad y el orden sean compatibles⁶¹. Y bien se adelantan a los hechos estas palabras...

El Diplomático

En día 15 del quinto mes de ese año, la ciudad de Nápoles se ve estremecida por terribles acontecimientos. Los ciudadanos de las Dos

⁵⁷Carta del Duque de Rivas a Narváez. Nápoles, 29-I-1848. A. F. L., C. N.

⁵⁸Id.

⁵⁹Id.

⁶⁰Carta de Narváez al Duque de Rivas. Madrid, 21-II-1848. A. F. L., C. N.

⁶¹Id.

Sicilias se vuelcan en las calles. El pueblo y las tropas riñen encarnizados. La lucha se prolonga y las heridas rajan los cuerpos de los combatientes. Fuertes y débiles se confunden en un torbellino de aceros y garrotes. Débiles y fuertes van cayendo. Nadie duerme. Una pesadilla mayor que las peores hace carne y llanto en toda la ciudad. Y así se prolonga la *tormenta del 48* hasta prima noche.

A las nueve de la mañana siguiente, el Duque de Rivas se presenta ante Fernando II como Decano del Cuerpo diplomático y ya con el carácter de Embajador, felicitando a dicho rey por haber afirmado su trono. Todos los hombres del Gobierno están allí reunidos, sus espíritus alterados todavía, agotados sus sentidos. Por entre esa concurrencia avanza el Embajador de España, firmes sus pasos, seguro, y ya frente al soberano, le dirige estas palabras, *que resonaron con aplausos por todas partes*: “Señor, que la clemencia de vuestra majestad sea más grande que el triunfo alcanzado”⁶².

24 de mayo. Don Angel informa al General Narváez de las ocurrencias. Toma pie del triunfo alcanzado por el Duque de Valencia en la madrugada del día 7, sobre la revolución en España, y exclama: *Ojalá tuvieran este buen rey (Fernando II) y este pobre país un hombre que valiera la mitad de lo que Ud. vale para que los salvara de los peligros que por todas partes los rodean!*⁶³. Pues el Gobierno nacido del conflicto del día 15, nefasto para Nápoles, *no tiene ni tanta resolución ni tanta habilidad como son necesarias para asegurar la situación y me temo que más pronto o más tarde, pues esto aún no se puede calcular, vengan nuevos compromisos y nuevos trastornos*⁶⁴. Y, en carta de 17 de julio, observa con gusto —atento a los hechos de España— *que en ese país de un modo o de otro, se va adelante gracias a su energía de Ud. y creo que si logramos vencer la crisis monetaria y escarmentar a los carlistas en las intentonas que sin duda van a acometer, saldremos del apuro y lograremos una situación desembarazada y muy duradera*⁶⁵. Entretanto, añade, *su nombre de Ud. suena con aplauso en toda Europa que ve sola a España permanecer tranquila en medio de este trastorno universal*⁶⁶.

Los relojes no se detienen

Así va corriendo el tiempo por España y Europa. Así para don

⁶²Enrique de Saavedra, *Reseñas...*, págs. 101 y ss.

⁶³Carta del Duque de Rivas a Narváez. Nápoles, 24-v-1848. A. F. L., C. N.

⁶⁴Id.

⁶⁵Carta de id. a id. Nápoles, 17-vii-1848. A. F. L., C. N.

⁶⁶Id.

Angel en las Dos Sicilias. La Historia no descansa, en ella las naciones y los hombres se van haciendo y deshaciendo, a la par que la verdad y las intrigas. Don Ramón María está listo a responder a las circunstancias con presteza y acierto. En Nápoles don Angel se alarma ante *las infamias que ingleses y franceses están haciendo con este pobre rey para quitarle todos los medios de triunfar de la revolución*⁶⁷, temiendo que *al cabo ésta destruirá cuanto existe y hundirá este país en un piélago de desastres, porque aunque tiene elementos de orden le falta un hombre que los sepa organizar y dirigir*⁶⁸. Pero don Ramón María Narváez está solo en España.



Los relojes no se detienen, y la mala hierba tarda en desaparecer. En 1849 numerosas partidas carlistas renuevan la guerra civil en Cataluña, y aunque los generales Concha y Pavía hacen rugir sus armas y activan el cuerpo de sus tropas, los movimientos rebeldes toman incremento, dirigidos por Cabrera y otros jefes carlistas que se han presentado en España. Finalmente, el General Concha consigue someter a los insurrectos, obligando al Conde de Montemolín, hijo del Infante don Carlos en quien éste ha abdicado sus pretendidos derechos, a cruzar la frontera española. Por su parte, el General Narváez ha dado cara a todos los levantamientos carlistas y, mediante la adopción de un conjunto de hábiles medidas, ha asegurado la pacificación de las provincias.

En las Dos Sicilias ha triunfado Fernando II sobre Sicilia y Palermo. *La revolución, pues, está completamente ahogada en este reino, y todo se debe al sistema de resistencia, a la lealtad del ejército y al claro entendimiento del Rey. Las descaradas e inmorales intrigas inglesas de nada han servido, como tampoco la absurda política francesa: no se ha roto la unidad del reino de las Dos Sicilias, y el interés español no ha sido en lo más mínimo lastimado*⁶⁹.

Y en Roma S. S. Pío IX, expulsado por los italianos, ha sido re-
puesto por Luis Napoleón.

La paz, al fin, vuelve a Europa.

Una amnistía general tiene lugar en la España de 1850. La autoridad de don Ramón María es generosa con carlistas y revolucionarios.

⁶⁷Carta de id. a id. Nápoles, 14-ix-1848. A. F. L., C. N.

⁶⁸Id.

⁶⁹Carta del Duque de Rivas a Narváez. Nápoles, 24-iv-1849. A. F. L., C. N.

rios. Y todos quieren descansar. No más muertes. No más llanto. Se abren las campiñas a los ojos de los combatientes y los soldados curan sus heridas junto a sus familias.

Una "mala jugarreta"

Pero aunque la paz de las armas es cierta, en secreto se preparan golpes bajos y vergonzantes. En Nápoles Fernando II maquina solapadamente el matrimonio de la princesa Carolina con el Conde de Montemolín. Don Angel participa al General Narváez: *Aquí vienen los chubascos y no es flojo el que me ha caído encima... La Duquesa de Berry, la Reina y el confesor han calentado la cabeza de este rey y le han obligado a acoger la idea del matrimonio de Montemolín con la Princesa Carolina. La trama se urde con gran secreto en conciliábulos de familia y sin el menor conocimiento de los ministros. Una palabra imprudente del Conde de Siracusa, que hace aquí la oposición y que forma su sociedad íntima de los descontentos de todos los partidos, descubrió el enredo*⁷⁰. Así, después de descubrir tan mala jugarreta⁷¹ y haber conversado con Fernando II, agrega: *El Rey ha hecho una bellaquería, pues dar acogida a tal proposición hecha por la Duquesa de Berry, en el momento en que los legitimistas franceses creen segura una restauración, da margen a pensar que se conciben esperanzas de mala ley*⁷². Sin embargo, tiene confianza de que *la cosa no pase adelante*⁷³: *El Rey es tímido cuando se le descubre un mal juego y, aunque el poder de la Duquesa de Berry es grande y grande el de los medios de que se vale, me parece que no superarán la indecisión y falta de carácter con que tienen que luchar. Como me manifestó el Rey que todo dependía de la decisión de la interesada he empezado a trabajar para que le desagrade. Pero tiene 30 años, no es bonita, y Ud. sabe lo que son las mujeres*⁷⁴.

Recibe don Ramón María el caviloso mensaje. Su significado contrae su rostro y a sus manos lleva la indignación de la respuesta. En carta de 25 de junio de ese año, desde Madrid, responde a don Angel:

Mi querido amigo y pariente: hace mucho tiempo que yo creo y digo que las desgracias en este siglo se aglomeran sobre los pueblos, que los inminentes peligros que los reyes en todas partes corren conti-

⁷⁰Carta de id. a id. Nápoles, 12-vi-1850. A. F. L., C. N.

⁷¹Id.

⁷²Id.

⁷³Id.

⁷⁴Id.

nuamente y que la inmoralidad se ha encarnado en la sociedad, todo ello es la consecuencia necesaria de la mala fe de los monarcas y la conducta ratera y falaz que en todas las cosas siguen.

Los monarcas buenos han hecho buenos a sus pueblos y los pueblos buenos a su vez hacen felices a los reyes. Y ¿cómo pueden creer éstos que saben más que todos cuando el verdadero talento está en desconfiar en las propias fuerzas y en creer, porque así es la realidad, que el talento y la suspicacia no tienen límites y que así mientras más alta es la posición social, mientras más intereses hay que comprometer, mayor debe ser la buena fe del hombre y la lisura de su proceder, único medio de no naufragar en este golfo de pasiones y de ambiciosas miras? Si el rey de Nápoles cree que le es permitido todo, si cree que en este mundo no debe guardar miramientos, si se cree más astuto y sabio que sus súbditos y que los que no lo somos, que siga su marcha, que arrieritos somos y en el camino nos encontraremos. Si las lecciones que S. M. ha tenido no le han aprovechado porque los sucesos que se han dado las atribuye a la inmoralidad, no se empeñe Ud. en advertirle de su horror (sic) que ya el mundo y la inflexible ley de las cosas le dirán que ha seguido un mal camino.

No se concibe, mi querido Duque, un proceder semejante y quien así se conduce no es acreedor a que se lo considere amigo ni a que se le guarden miramientos de ninguna clase. Si yo me viese en el caso de ocupar un trono y para conseguirlo estuviera obligado a cometer una deslealtad como la que quiere consumir el rey de Nápoles haría mil pedazos la corona antes de ceder a tan malignas sugerencias.

El casamiento del Sr. Montemolín con la princesa de Nápoles nos importa bien poca cosa y nos causa bien poco cuidado y nos causa bien poco miedo, lo primero porque sólo el rey de Nápoles lejos de poder dar apoyo ni moral ni físico a ninguna causa se daría S. M. por muy contento de que se lo prestase el que ha de menester en su delicada y crítica situación en que se haya (sic) y en los difíciles trances por que todavía tiene que pasar; lo 2º, porque Montemolín es ya un cadáver político que todos los esfuerzos humanos no son capaces de galvanizar y mientras más con ostilidad (sic) la presente y mientras más jugarretas haga más se aleja indudablemente del camino por el que sólo podría encontrar remedio a sus desgracias y además Doña Isabel 2ª está tan segura en su trono como lo estuvo Carlos tercero y a mí me causan risa y compasión sus enemigos y los que creen posible desterrarla. Y ¿sabe Ud., mi querido pariente, cuál es la más grande garantía que tiene nuestra reina?, pues se lo diré a Ud. para

que se lo haga presente a ese monarca por si pudiera serle de alguna utilidad saberlo. La mayor fuerza de nuestra reina está en su carácter bueno, en su franco comportamiento y en su generoso proceder, en su liberalidad sin límites, en que es idólatra de su palabra y en que sigue una política limpia, exenta de impertinencias y en que no burla nunca la lealtad de sus ministros. Nada nos importa el proyectado enlace que Ud. ha descubierto, pero nos es sensible que así se falte a la buena fe que se debe a una reina amiga y a este gobierno que ha mirado con la más grande solicitud los acontecimientos que han perturbado el camino del rey de las Dos Sicilias. Este Gbno. que ha estado siempre dispuesto a ayudar al rey de Nápoles con todo su poder e influjo era acreedor a que se le guardasen más miramientos. El rey de Nápoles que se libertó de la invasión de Garibaldi y de sus dolorosas consecuencias por la cooperación de las tropas de la reina Isabel no debió nunca hacer cosa que pudiera desagradarla. Pero puesto que S. M. siciliana piensa de otra manera ya lo sabemos y lo tendremos presente para lo subcesibo (sic).

Muchos y graves acontecimientos han de sobrevenir todavía. El rey de Nápoles se halla en situación delicada y en España viviremos apercebidos para pagar con la misma moneda con que nos aprecian a nosotros.

Si hay proyectos contra la reina Isabel ya se nos ocurrirá a nosotros algo y la Sra. Duquesa de Berry, cuyo ánimo inquieto no se ha moderado después de tantas cosas como le han sucedido, debería pensar que no es tan fácil el logro de sus deseos como S. A. lo supone. Según parece su conducta de Ud. ha sido acertadísima y muy digna. Haga Ud. las gestiones que le inspire su celo y si nada puede Ud. conseguir para que se desista por ese soberano de un enlace tan extraño, pida Ud. sus pasaportes, dejando encargado en la Legación al secretario y véngase Ud. a Madrid que quien procede tan mal no merece que se le tenga a su lado un embajador de familia y allá veremos quién a quién se causa mayor daño⁷⁵.

Así se da el espadón de Loja cuando intereses contrarios agitan su mirada y hieren su sangre de auténtico y leal súbdito español.

Nápoles vuelve la espalda a España

Vanos son, no obstante, los esfuerzos que realiza don Angel para impedir dicho enlace, que representa un rudo golpe para España en

⁷⁵Carta de Narváez al Duque de Rivas. Madrid, 25-vi-1850. A. F. L. C. N.

la balanza de la diplomacia y política europeas. Recordemos que, como dijera Zweig, *más que por las guerras, por las bodas se han creado los grandes reinos*⁷⁶.

Apenas llegado el Conde de Montemolín a Nápoles, don Angel y todo el personal a sus órdenes, en gesto digno y altivo, se embarcan para España. En 10 de julio dejan el puerto a bordo del buque de guerra *Castilla*, que para ese preciso objeto había enviado el Gobierno de Madrid.

Sin embargo, el Duque de Rivas no va directamente a España. Ya seguro de darse con largueza a su tierra, coquetea. Se detiene en Roma, en donde su amigo Martínez de la Rosa le presta alojamiento en su residencia oficial y le regala en atenciones; visita a S. S. Pío IX, quien le recibe, como siempre, cordial, condecorándole con la Cruz de Primera Clase de su Orden. Y sólo entonces, tras dejar la Ciudad Eterna y cruzar Civitavecchia, se lanza a España... Así ambos, nuevamente.

II

SU PERMANENCIA EN ESPAÑA

Don Angel de Saavedra está en su tierra. Aunque abiertos los ojos, tarda en captar la luminosidad de su alrededor; impreciso todavía el contorno en los objetos. Su relación con éstos se inicia suavemente, diríase en penumbra. Tiempos de desarrollo, de actividad, trae en sí, y, no obstante, le pesan aún los párpados. La península. Seis años de lejanía no han bastado para hacerle olvidar los aromas que ahora le entrega el aire; un contratiempo le ha devuelto a su cuna.

Así, tras *un viaje largo y penoso con malos tiempos y arribadas y luego con dos días de observación en Barcelona*⁷⁷, el Duque entra en España. Abiertos ya los baúles de la travesía, le corresponde entregar el saber que de su patria tiene adquirido en el extranjero, y el que de lo extranjero tiene como español. *Mucho deseo ver a Ud. y hablarle largo de los negocios de Italia*⁷⁸, escribe a don Ramón María a pocos días de su llegada, desde Madrid, a 11 de agosto de 1850.

Todo lo que trae está dispuesto a los oídos de los interesados. Las arrugas que le han dado aún más humanidad, vienen con raíz profunda de angustias y alegrías. Y aunque dispuesto a trabajar con todas

⁷⁶Stefan Zweig, *María Estuardo*, Narváez. Madrid, 11-VIII-1850. A. F. pág. 75. Ed. Ultra, Emp. Letras, L., C. N. Santiago, 1935.

⁷⁸Id.

⁷⁷Carta del Duque de Rivas a

sus fuerzas, rechaza, de momento, los cargos públicos que se le ofrecen, limitándose a cumplir con sus obligaciones senatoriales.

Tertulias y leyendas

Su otra sombra, sin embargo, no le deja. Los secos aires de Castilla, las humedades del rocío, encuentran voz y puntuación en su pluma.

Es la tarde, y don Angel, sienes de cal y ojos de arena, se sumerge en el descanso de la luz, en la destreza del ocaso. Venga en pasos livianos el canto, acérquese la leyenda, surja la trilogía de *La azucena milagrosa: Maldonado y El aniversario*.

Y aunque encerrado, posiblemente, por la dura dimensión de los muros de su cuarto, salta don Angel a la vida que asienta soberanía en los labios y los cipreses... Compañía de damas finas y elegantes es patrimonio de su memoria; horas sin relojes.

El palacio ducal de la Concepción Jerónima abre sus puertas. Amplios son los vanos. Cruzan por ellos, entonces, las ideas. Pintores entran envueltos por su silencio y atan sus ojos a las luces y las sombras, descifran la incertidumbre de los rostros en la preparación de nuevas telas. Poetas, prosistas y estudiosos, cogen la huella sutil del tiempo y el grosor del vino en las copas que el Duque les presenta. Políticos, hombres de gobierno, entran sin escuchar el eco de sus pasos, sus manos dibujando filigranas involuntarias, órdenes y leyes, sus cabezas inclinándose al análisis del presente, en la conciencia de sus misiones duras. Voz, color e idea, confluyen en los salones de don Angel.

¡Cuán dulces y ligeras se deslizaban las horas en aquellas sabrosas tertulias! Ya alguno de nuestros famosos escritores embargaban la atención del escogido concurso con su elegante y erudita prosa; ya era un poeta, de los muy esclarecidos que allí se juntaban, el que tenía suspensos los ánimos, recitando gallardamente inspirados versos. Allí escuchamos chistosísimas composiciones de Bretón, y muy originales y graciosos cantos de Tassara, y delicadísimas doloras de Campoamor, y... Mas ¿para qué cansarnos? Baste decir que, si no todos, la mayor parte de nuestros renombrados literatos contribuían al auge y esplendor de aquellas reuniones⁷⁹. Démosle oído a estas palabras de don Enrique, hijo de don Angel, que no nos cansan... Pero espoliemos asimismo nuestra conciencia ante los hechos que entonces conforman la política española.

⁷⁹Enrique de Saavedra, *Reseña...*, T. II, págs. 119-120.

Alzas y bajas de Narváez

Una vez más ha presentado don Ramón María su dimisión a la reina a comienzos de 1851. La actitud de sus propios amigos y favorecidos le ha empujado y decidido. Ingratos, han respondido mal a su confianza: sus ataques han colmado su cansancio. En tan turbia situación, animoso y resuelto, exclama: *Yo he nacido para pelear frente a frente con mis enemigos y no para recibir balazos por la espalda*⁸⁰.

En su lugar, Juan Bravo Murillo preside el ministerio de la reina. La dimisión de Narváez ha significado un duro golpe para la aristocracia directora. Con todo, el General mantiene su altura en el pensamiento de España. Ha ido a Francia, pisado Inglaterra. Luis Napoleón le saluda, invitándole a revistas y reuniones, manifestándole su aprecio en cada ocasión que dé noticia. Y en España no son capaces de menguar su porte las voces de sus contrarios. Aun ausente, es el español de mayor prestigio político.



Entretanto, mientras en Francia Luis Napoleón asume la presidencia vitalicia y Narváez espera volver al Poder, don Angel sigue, inquieto, el correr de los sucesos políticos madrileños. *Esto se va poniendo cada día peor* —comunica a don Ramón María en carta de 22 de mayo de 1851— *y no hay persona de juicio que no esté con disgusto y con gran temor del porvenir que se presenta harto sombrío*⁸¹.

Elecciones, apertura de Cortes, van determinando la forma y el fondo de las maniobras de los políticos españoles. Y tales hechos aparecen a don Angel como aguas turbias, impenetrables. No intenta ya pronosticar. Empero, no es razón ni causa que le impida informarse, meditar, y así prepararse *a combatir vigorosamente en el Senado*⁸², en donde espera no faltarán quienes le sigan.

El atentado de Martín Merino

Pasan los días y los meses. El intenso trabajo va limando los obstáculos. Sin embargo, líneas ambiguas, idiomas distintos al suyo, le

⁸⁰Modesto Lafuente, *Historia de España*, T. XXIII, pág. 139, Ed. Montaner y Simón, Barcelona, 1890.

Narváez. Madrid, 22-v-1851. A. F. L., C. N.

⁸²Id.

⁸¹Carta del Duque de Rivas a

estorban el paso. La tarea es difícil y el problema extenso; abarca lo tradicional y lo nuevo, se define en crisis.

Un acontecimiento torpe y execrable aflora. Martín Merino atenta contra la reina. El puñal del sacerdote sin Dios ha buscado la muerte en el pecho de Isabel II. Afortunadamente, las gruesas flores de su bordado han desviado el brillo del acero y apagado la fuerza del loco sexagenario, de quien se procurara historia asesinando a la reina que, en ese 2 de febrero de 1852, cargaba a su hija recién nacida. Asesino y víctima han caído sobre el pavimento. Sólo ésta va a levantarse. La ayudarán quienes como don Angel y don Ramón María quieren la gloria de España.

España incierta

Ambiciones y egoísmos subsisten todavía. Los que detentan el Poder tropiezan con sus propias pretensiones, y en bajos gestos, nacidos de la demagogia, arrecian contra quienes gozan de una jerarquía que no logran alcanzar. Y, entre los más altos, el General Narváez.

Vemos, pues, atropellarse las frases de indignación en las cartas que don Angel dedica al Duque de Valencia:

*No hay en Madrid quien no gradúe de una escandalosa tropelia lo que con Ud. hace este Gobierno*⁸³.

*Sus enemigos de Ud. están ciegos y no ven que con semejantes tiros no ofenden su alta reputación de Ud., sino que por el contrario la acrecientan y la popularizan. Oponga Ud. a su furia insensata la calma y la cordura y cada día será más alta su envidiable posición de Ud.*⁸⁴.

*Es desconsolador, mi amigo querido, es desconsolador el que después de 40 años de lucha aún sea la pobre España presa infeliz de infames especuladores que no quieren más gobierno que el que los sacie de oro, ni más hombres que los que se avienen con la deshonra y con el envilecimiento*⁸⁵.



La situación persiste. En las Cortes, en el Senado, se estiran los ánimos hasta sus límites más extremos. Muchos son los enemigos de

⁸³Carta de id. a id. Madrid, 4-1-1853. A. F. L., C. N.

⁸⁴Carta de id. a id. Madrid, 13-1-1853, A. F. L., C. N.

⁸⁵Carta del Duque de Rivas a Narváez. Madrid, 13-1-1853. A. F. L., C. N.

don Ramón María, pero grandes son sus amigos. Martínez de la Rosa, Pidal, San Luis, Concha y O'Donnell, son nombres de voz fuerte y reconocida experiencia política. Y todos, en esos momentos, están con el Duque de Valencia. Y la propia reina Cristina.

Apoyado así, renace su fuerza. Contra el Ministerio de Bravo Murillo se alzan los votos de las elecciones parlamentarias con que don Francisco Martínez de la Rosa derrota a Tejada, favorito de los círculos gubernamentales.

El Gabinete no respeta, sin embargo, la voluntad del pueblo. Convoa a nuevas elecciones y disuelve el Congreso. Se inicia otra carrera de arreglos. Intermitencias dejan ver sus pesados acentos en los cambios de posiciones y situaciones que aquejan la política española. Vienen, en seguida, los Ministerios presididos, primero por Roncali, por Lersundi después, más allá por el Conde de San Luis.

El Duque de Rivas y la política española

Don Angel no permanece ausente. En carta fechada en Madrid a 9 de mayo de 1853, escribe al Duque de Valencia: *Esto sigue mal. Ud. conoce a las personas que componen el Ministerio Lersundi y podrá hacerse cargo de lo que pueden hacer y de las influencias a que ciegamente tienen que obedecer. Es verdad que han dado algún ensanche a la prensa; que han hecho y tratan de hacer..., pero las cuestiones graves, las verdaderamente políticas, las que tienen alarmado al país, quedan en pie y o no quieren o no pueden o no saben tocarlas*⁸⁶. Y añade: *Le aseguro a Ud., mi querido pariente, que no me llega la camisa al cuerpo cuando contemplo el estado en que estamos y cuando considero lo fácil que hubiera sido con un poco de prudencia y de buena intención asegurar la calma y el reposo de este pobre país que ha llegado a una situación muy semejante a la que tuvo el imperio de Oriente cuando su disolución y ruina*⁸⁷.

Sufre don Angel el desorden que se ensaña y asienta en su patria. Los pequeños conflictos, los pasos ineficaces de torpes camarillas, no encuentran lugar en la firme lógica del Duque. ¿Qué le queda por hacer en esos momentos, aunque esté en posesión de ideas y planes justos y limpios, si carece de los instrumentos necesarios a las realizaciones? Dáse, pues, al diálogo, o enciérrase, por momentos, vuelto a la recoleta y ágil sencillez de su espíritu. Pero basta que se asome

⁸⁶Carta de id. a id. Madrid, 9-v
1853. A. F. L., C. N.

⁸⁷Id.

a la hondura de los acontecimientos para que irrumpa otra vez en impaciencia y desazón:

La influencia asquerosa que hoy lo domina todo y cuyo apoyo ¡oh vergüenza! acatan y buscan todos los ambiciosos del momento, inspira y sostiene la absurda y descabellada idea del golpe de Estado. El pensamiento sólo de lo que pueda decirse en las Cortes, si se abrieran, horroriza y aterra a cuantos han gobernado y esplotado (sic) esta tierra de desventura desde el advenimiento al poder de Bravo Murillo⁸⁸. Más adelante, en esta misma carta de 2 de agosto, añade, sombrío y curvado, más que por los años, por intranquilizadores presagios: Estoy de muy mal humor, preveo muchas desgracias para nuestro país y si no se le pone pronto una barrera serán inevitables⁸⁹.

España, tierra de desventura

Es que no cejan los malos tiempos. La cabeza, todo el cuerpo, la vida misma, pesan insoportables cuando las condiciones circundantes son pobres y malignas. Y España es entonces, para don Angel, *tierra de desventura*. No son para él claros los acontecimientos; su mirada se entristece cuando capta la pequeñez de los logros que cobran quienes entonces ocupan el Poder.

Más adelante, se mantienen todavía líneas que califica de extravagadas. Como explosiones súbitas, inesperadas, se le dan a conocer los nuevos sucesos. Se retira a recorrer otras tierras de España; por reconocer los caminos que la cruzan, se aleja de la maraña política que la inmoviliza y dispersa. Luego regresa. El desorden permanece asentado en Madrid. Nuevamente don Angel vacila... A 24 de septiembre, desde dicha ciudad, escribe a don Ramón María: *Antes de ayer llegué a esta Corte finalizada mi excursión a Andalucía que ha durado dos meses y al dejar la diligencia en Aranjuez para tomar el ferrocarril supe, no sin sorpresa, la mudanza de Ministerio, suceso que llamaba la atención de todos sin contentar a nadie⁹⁰.*

Efectivamente, el nuevo Gabinete, que preside el Conde de San Luis, ha quedado constituido en 18 de septiembre, y *lejos de conjurar la tormenta, que ya se venía encima⁹¹, parece predestinado y nacido a hacerla llegar más pronto y con mayor ímpetu y violencia⁹². Y*

⁸⁸Carta del Duque de Rivas a Narváez. Madrid, 2-VIII-1853. A. F. L., C. N.

⁸⁹Id.

⁹⁰Carta de id. a id. Madrid, 24-IX-1853. A. F. L., C. N.

⁹¹M. Lafuente, *Historia de...*, T. XXIII, pág. 175.

⁹²M. Lafuente, op. cit., pág. 176.

he aquí que la coalición se vuelca en contra del Conde de San Luis. Revisa y suma argumentos que le precipiten, quejas y acusaciones contra las cuales no tiene defensas. De nada le sirven *llamar de su destierro a Narváez, ni retirar la reforma constitucional, ni reunir las Cortes, ni someter a su decisión las concesiones de ferrocarriles. El lema de las oposiciones es la moralidad. Todos los partidos se aperciben para la lucha. Los senadores progresistas se reúnen en casa de Collado; los conservadores, en casa del General Concha; y aun la grandeza, que por lo común no se mezcla apasionadamente en estas contiendas, se congrega en casa del ilustre Duque de Rivas, declarando: "que no transigiría nunca con ningún acto inmoral, porque se halla persuadida de que la falta de rectitud y pureza en la administración del Estado socava y destruye los cimientos del orden social, desencadenando las malas pasiones"*⁹³.

Los acontecimientos se suceden en rápido ritmo. Penalidades y desazones agotan muchos ánimos y quiebran la actividad de muchas personalidades. Pero don Angel cobra de su inquietud renovadas fuerzas.

Atraviesa España por tiempos de turbulencia, y no sólo los grandes hacen frente a ellos: en cada esquina hay hombres hablando, disparando sus ideas, manifestando sus cansancios y malestares, y hasta los campos de cultivo llega el alerta.

*Porque en España la pasión política es vehementísima*⁹⁴, se extiende como el fuego sobre los pastos secos del verano y su calor quiebra hasta las piedras.



Incontables sucesos han despertado a la lucha a todos los españoles. *Ocurrencias deplorables que no necesitan de comentario*⁹⁵, escribe don Angel en carta de 12 de diciembre, llevan el espíritu de los patriotas a definir y asumir responsabilidades; les alejan de todo descanso.

Es la estructura y fortaleza del Estado la que está en juego. Cualquier paso en falso es percibido, y sufrido, en dimensión multitudinaria. No hay quien quede sin medir sus fuerzas. Dividido el país en

⁹³M. Lafuente, op. cit., pág. 176.

⁹⁴Id.

⁹⁵Carta del Duque de Rivas a

Narváez. Madrid, 12-XII-1853, A. F. L., C. N.

testarudas corrientes políticas, se acentúan la crítica y la autocrítica, se pulen las ideas y las acciones, se destierra toda natural, pero peligrosa, espontaneidad. Compleja política bulle en España.

Descanso en la lucha. Ingreso en la Academia de la Historia

No todo ha sido política, no todo ha sido tormenta, sobresalto. Otros hechos merecen también la atención de nuestro espíritu.

En 24 de abril de 1853, don Angel ha sido recibido como miembro de la Academia de la Historia, sucediendo, con la medalla número 23, a don Bernardino Fernández de Velasco, Duque de Frías, el poeta *de memoria portentosa a la par que de clarísimo talento*⁹⁶. Su recepción le ha significado la alegría que dan los justos reconocimientos... Mas, dejémosle hablar a él mismo, en carta de 23 de junio de 1853, dirigida a don Ramón María: *Recibí su última de Ud. con el gusto que recibo siempre sus noticias lisonjeándome mucho el que aplauda mi discurso de entrada en la Academia de la Historia. La circunstancia de haber sido mi recepción el mismo día que se adjudicaron los premios dio gran solemnidad al acto. Y el haber sido las obras premiadas una memoria sobre nuestra dominación en América, y otra sobre la batalla de Lepanto, me dieron ocasión de hablar de ambas cosas con el calor con que recuerdo siempre las glorias y hazañas de nuestra miserable y abatida patria que tan grande podía aún volver a ser si en lugar de verse presa de agiotistas y logreros se viera regida por varones de honra, de verdadero valor y de capacidad*⁹⁷. Leemos estas líneas con optimismo, no obstante que persiste en ellas la amargura de quien quiere para su patria lo mejor y observa, en cambio, lo peor. Consoladoras han de haberle resultado, pues, las frases que pronunció don Francisco Martínez de la Rosa con motivo de su recepción: *...El que, en medio del rumor de las armas, y del estruendo, aún más terrible, de nuestras discordias civiles, ha consagrado su vida al cultivo de las letras, así en la cumbre del poder como en las largas horas de la expatriación y del infortunio; el que en todas sus obras se ha propuesto como principal objeto ensalzar la*

⁹⁶Francisco Martínez de la Rosa, *Discurso de recepción al Duque de Rivas*, "Discursos leídos en las Sesiones Públicas que para dar posesiones de plazas de número ha celebrado

desde 1852 la Real Academia de la Historia, pág. 267, Madrid, 1858.

⁹⁷Carta del Duque de Rivas a Narváez. Madrid, 23-vi-1853. A. F. L., C. N.

*independencia, la libertad, la gloria de su patria, digno es de recibir el debido galardón y recompensa*⁹⁸.



Más tarde, a comienzos de 1854, encontramos otra vez motivos de quietud y de alegría. En carta de 3 de febrero de ese año, dirige don Angel a su *querido amigo y pariente*, la siguiente comunicación: *como sé la parte que Ud. toma en cuanto pertenece a la familia, me apresuro a participarle privadamente, interin lo verifico de oficio y según etiqueta, que tengo el gusto de casar ventajosisimamente a mi hija Leonor (la más chica)... Ayer tarde, prosigue, me la ha pedido el Marqués de Heredia, Grande de España, joven de 22 años, de linda figura y de excelente educación y yo inmediatamente se lo comunico a Ud. por haber quedado el negocio arreglado y fijada la boda para mayo próximo... Estamos, agrega, en ésta su casa llenos de satisfacción como Ud. se puede figurar, templándonos ésta otras penas y disgustos*⁹⁹.

Errores, fracasos y disturbios

Pero las penas y los disgustos no tardan en volver, en repetirse. Se alzan las figuras de nuevos conflictos, revientan las voces en otras contradicciones. Errores, fracasos, disturbios y desinteligencias, llegan, reiterados, a confundir la mente del Duque de Rivas.

Con fuerza avanzan y se perpetúan hechos tales como el Manifiesto de Manzanares (7 de julio de 1854) en el que se embiste contra las intrigas de la camarilla de Isabel II y se condena acremente la política de los moderados. Al Ministerio de Córdoba, llamado de las 40 horas, por la fugacidad de su duración, siguen los penosos desórdenes de Madrid. Y el propio Duque se encuentra, de pronto, enredado en el torbellino, presidiendo el efímero *Ministerio metralla*.

Llegan y pasan la sublevación del Campo de Guardias, la sangrienta vicalvarada. *Estamos atravesando una penosísima situación de la que Dios sabe cómo saldremos y es general el mal humor y no es pequeño el desaliento. Jamás este desventurado país ha estado tan amenazado por un cataclismo*¹⁰⁰. Don Angel se retira a sus estudios, corrige sus obras, se prepara a su publicación, pero *en el día ni hay impresores más que de diarios ni lectores más que de paparruchas*¹⁰¹.

⁹⁸Discursos leídos en..., pág. 260. Narváez. Madrid, 12-I-1855. A. F.

⁹⁹Carta de id. a id., Madrid, 3-II-1854. A. F. L., C. N. L., C. N.

¹⁰¹Id.

¹⁰⁰Carta del Duque de Rivas a

Y recordando los sucesos del año anterior: *La situación creada en julio se arrastra rápidamente a su fin, y sin que evitarlo puedan los que tanto interés tienen en sostenerla. Un Gobierno que ni sabe ni quiere ni puede gobernar, pero a quien la Corona no está en posibilidad de despedir y una asamblea que ni sabe ni quiere ni puede constituir y a quien no hay medio legal de disolver, han colocado, es verdad, al país en un callejón sin salida. Pero los desaciertos del Gobierno inamovible y la violencia, la ignorancia y la imbecilidad de los constituyentes indisolubles están agitando ya el terremoto que muy pronto desplomará el callejón sin salida, dejando de nuevo al país en posición de mirar por sí y de seguir nuevo rumbo. La opinión general en toda España está ya pronunciada contra el Ministerio y contra la Asamblea. La falta de recursos es espantosa, completa la desorganización administrativa, más grandes que nunca el favoritismo y la inmoralidad, pero afortunadamente, en tanto desconcierto el ejército se conserva intacto, unido y disciplinado*¹⁰². En esta misma carta de 20 de marzo de 1855, leemos: *De todos los hombres políticos cuyos nombres suenan como capaces de levantar el país y de acabarlo de sacar de las manos de la revolución es el primero el de Ud. y casi estoy seguro de que será Ud. quien lo haga, pues confío en mis predicciones continuas*¹⁰³. Y recomienda a don Ramón María: *Esté Ud., pues, alerta porque la ocasión está inminente y llegando el momento, esté Ud. seguro de que tiene de su parte la opinión general y a su lado lo más granado y lucido del país*¹⁰⁴.

No se cumplieron tan pronto, sin embargo, las predicciones de don Angel en relación a la toma del Poder por el General Narváez. El Estío ha de venir con más calor que nunca; el cólera implacable asolará poblaciones enteras con su mancha de muerte, y continuas asonadas y desórdenes impedirán el asentamiento de la tranquilidad pública.

Contra la reina Isabel II, popular aún y querida por sus súbditos, se lanzarán acres artículos y folletos, tales como los titulados *Espartero y la Revolución* y *El Pueblo y el Trono*, que, aunque no triunfen sobre el espíritu monárquico y dinástico de la muchedumbre, oscurecerán los ánimos políticos.

Se romperán, todavía, las relaciones diplomáticas con Roma, y durante tres meses permanecerán las Cortes suspendidas (17 de julio-19 de octubre, 1855). Y en Zaragoza, y en el gran centro industrial

¹⁰²Carta del Duque de Rivas a Narváez. Madrid, 20-III-1855. A. F. L., C. N.

¹⁰³Id.

¹⁰⁴Id.

de Barcelona, provocarán las ideas socialistas un grave motín, afirmado en el pretexto de la carestía de víveres, que, paradójicamente, prenderá fuego a las barcas que conducen cereales por el Ebro, y apedreará a sus tripulaciones.

Entretanto, el literato...

Entretanto, el literato traducirá su vena en obras. Sumido en ocasionales retiros irá perfilando su *Breve Reseña de la Historia del Reino de las Dos Sicilias*, la huella de *aquel país predilecto de la Naturaleza*¹⁰⁵, como le califica en dicho escrito; y recordando, posiblemente, los sucesos que dieron fin a su estancia en ese reino, concluirá con nobleza, *que no nos es dado referirlos ni calificarlos, pues acaso ofenderíamos con nuestros juicios a personas respetables que viven y que han tenido parte principal*¹⁰⁶ en ellos.

La inestabilidad pública resurge

Empero, con posterioridad resurgirá la manifestación de la inestabilidad pública e ideológica española, tomando carne en las escaramuzas D'Donnel y Espartero. Escuchemos a don Angel, en carta al Duque de Valencia de 5 de mayo de 1856: *Este país, dice, ha perdido mucho desde que Ud. le dejó. El trono y el nombre de la Reina producen poco entusiasmo, las gentes se han acostumbrado a que no funcione. El prestigio de la religión anda muy escaso, la rápida y elevada renta de los bienes del clero últimamente vendidos, lo prueba. Las ideas socialistas cunden hasta en las últimas aldeas. El principio de autoridad es completamente desconocido. Se necesita un brazo de gigante para levantar el país y sacarlo del fango en que está hundido y creo que no es tiempo de hacer alarde de liberalismo ni de tolerancia ni de querer reponer las cosas a 1845*¹⁰⁷.

Impresionante cuadro configuran estas palabras. La desintegración aparece en ellas incorporada a todos los planos. Política, Religión y Economía, pilar y médula del cuerpo español, tambalean.

Don Angel de Saavedra es, por esos días, blanco de ataques y recriminaciones sin otro fondo que el de un gobierno que busca la legitimación de sus actos y se retuerce en la esperanza de sostener su desmoronada posición. Su presencia en Madrid le significa constantes

¹⁰⁵Duque de Rivas, *Obras Completas*, pág. 1577, Ed. Aguilar, Madrid, 1956.

¹⁰⁶Duque de Rivas, op. cit., pág. 1624.

¹⁰⁷Carta del Duque de Rivas a Narváez. Madrid, 5-v-1856. A. F. L., C. N.

contratiempos y ya carece de la necesaria juventud para arrostrarlos. Busca entonces lugar donde ampararse de la furia de la inconsciente muchedumbre, y encuentra, finalmente, asilo en la Embajada de Francia, donde su amigo, el Marqués de Turgot, lo recibió con los brazos abiertos¹⁰⁸. Pasa allí algunas veladas, tras las cuales, ya en sosiego, deja la ciudad sin que nadie le molestase, ni expresión alguna desagradable viniese a herir sus oídos¹⁰⁹.

Académico de San Fernando. Embajador en Francia

No tarda, sin embargo, su retorno. Y es feliz. En 24 de agosto es elegido presidente de la Academia de San Fernando. Anciano ya, cruza las salas de la institución, y allí, donde dominan Cultura e Inteligencia, donde la verdad y el respeto a la verdad se consolidan, encuentra rostros amables y recibe saludos y homenaje. Pronuncia un discurso que, por su insólito vigor y delicadeza, causa profunda emoción en los académicos.

Y también, al fin, la política le es propicia. El dominio de los progresistas termina. O'Donnell, que se hiciera cargo del poder en 14 de julio de 1856, cae el 12 de octubre, en el desfavor de Isabel II luego de haber restablecido la Constitución de 1845, suavemente liberalizada por el *Acta adicional*.

El Duque de Valencia vuelve al Poder y con él entra el Duque de Rivas en más tranquilos aires. Es nombrado Embajador en Francia.

III

TRAS LOS PIRINEOS

Cruzados los altos montes que configuran a España en la geografía como un ojo de la Europa hacia otros continentes, encontramos a don Angel de Saavedra en tierras de Francia, constituida otra vez en Imperio, bajo la autoridad de Napoleón III y la altivez y belleza españolas de Eugenia de Montijo, emperatriz.

El Duque de Rivas. Su nombre nos abre las puertas a otro mundo que el hasta ahora recorrido. Cuanto nos ha hecho sujetos de pesar y partícipes de dramáticas horas, se diluye, fundido, extraviado en líneas de paz y gozo: un trozo de su destino.

¹⁰⁸Enrique Ruiz de la Serna. Prólogo *Obras Completas del Duque de Rivas*, pág. 43, Ed. Aguilar, Madrid, 1956.

¹⁰⁹Enrique Ruiz de la Serna, op. cit., pág. 43.

París

Esta nueva ciudad, y vieja. Sus inmóviles edificios. El paso de los caminantes. La vertiginosidad de las artes y la historia, la matriz de pensamientos. París: imperio de tierras y de inteligencias, aldea y urbe.

Hasta esta ciudad llega don Angel, y su persona multifacética encuentra allí como un espejo. La diplomacia le es instrumento fácil como eslabón entre su patria y Francia; ante Napoleón III y su esposa, que, aunque francesa por ley, es siempre española, el Embajador españolísimo.

A poco de llegar ha recibido carta de don Ramón María, quien le recuerda asuntos propios de los intereses que en Francia tiene España, *como disponer favorablemente el ánimo del Emperador y la Emperatriz respecto al Gobierno Español*¹¹⁰ y el *hacer conocer ahí de un modo claro y evidente los muchos elementos demagógicos y socialistas que existen en España; la organización de estos revolucionarios y sus alianzas en Francia; en fin, la urgente necesidad que hay de que se pongan de acuerdo los dos gobiernos y de que se ayuden más y lealmente para extirpar radicalmente esta mala semilla*¹¹¹.

El Duque responde a don Ramón María en esperanzadas líneas: *Muy contento estoy aquí y me parece que he entrado con buen pie, ayer fue mi primera entrevista con Walewski, el Ministro de Negocios Extranjeros, y estuvo conmigo lo más atento y expresivo posible, me dijo que el Emperador había acogido mi nombre con gran satisfacción y que miraba mi elección como una prueba de la deferencia de la reyna y del Gobierno y me añadió estas mismas palabras: "soyez en sure, mon cher duc, nous sommes très bien disposées pour vous et pour le Gouvernement presidée par Mr. le Marechal Narvaez". Yo le di las gracias asegurándole de la fiel amistad de la reyna por el emperador y de las consideraciones que le profesa a Ud. Pasó la conversación a su familia y, hasta cordial, me llevó al cuarto de su mujer. Allí hablamos de Nápoles (donde fuimos colegas), allí me repitió que el emperador estaba muy contento, "enchanté", con mi nombramiento y me dijo que era necesario que fuera yo aquí tan amable como en Nápoles y que les diese este invierno tan bonitos bailes como daba allí...*¹¹².

¹¹⁰Carta de Narváez al Duque de Rivas. Madrid, 27-VII-1857. A. F. L., C. N.

¹¹¹Id.

¹¹²Carta del Duque de Rivas a Narváez. París, 19-VIII-1857. A. F. L., C. N.

De la pocilga al palacio

Pero, ¿cómo programar bailes y recepciones si vive en una oscura pocilga? *Me es imposible, escribe, seguir viviendo en esta pocilga chica, fea y carísima. Estoy buscando donde establecerme a lo menos con decencia, pero es todo tan caro, tan caro...*¹¹³. Y hombre de mundo insinúa, mejor dicho, afirma claramente: *Si el Gobierno me ayudara un poquito podría tener un hotel regular y como conviene al decoro de un embajador español y de un Grande de España*¹¹⁴. Tiene sus títulos don Angel, ¿por qué, entonces, ocultarlos ahora? Desde que sabe él hacer buen uso del decoro y el fasto, bien le pertenecen, por premio y por derecho.

Y en carta de 6 de agosto, fechada en París, insiste sobre ambos puntos: *Por lo demás estoy cada día más lisonjeado. Sé que le gusté mucho al Emperador y que me elogió mucho el día que me presenté. Walewski me ha visitado dos veces y una de ellas que lo recibí, se redujo a elogios de Ud. y de la habilidad con que lleva la situación*¹¹⁵. Sin embargo, volviendo al tema de su pocilga, repite: *Estoy tratando de mudar la Embajada a un hotel a lo menos decente. La miseria de esta casuca no está en la armonía con la importancia que han dado aquí a mi persona*¹¹⁶.

Con posterioridad comunica a don Ramón María, en carta de París a 9 de agosto: *Ya tengo casa y buena en el Quai d'Orsay donde me estableceré convenientemente*¹¹⁷.

Don Angel y Eugenia de Montijo, Emperatriz

La Emperatriz Eugenia, que ha tardado en recibirle, lo hace ahora en un ambiente de confianza y simpatía encantadoras. *Estaban como Ud. sabe en St. Cloud —escribe al Duque de Valencia—. El Emperador dispuso venir con la Emperatriz a París y a la hora de marchar ésta no estaba vestida. Se enfadó mucho el Emperador, y ella se incomodó y hubo una escena conyugal. La Emperatriz en fin dijo que tenía conmigo mucha confianza, que éramos antiguos amigos y que no me ofendería de que no viniera, y que a la vuelta del viaje me recibiría privadamente y me haría tantos obsequios que me dejaría completamente satisfecho. En fin, parece que esto es una de las cosas de Eu-*

¹¹³Id.¹¹⁴Id.¹¹⁵Carta de id. a id. París, 6-VIII-

1857. A. F. L., C. N.

¹¹⁶Id.¹¹⁷Carta de id. a id. París, 9-VIII-

1857. A. F. L., C. N.

genia. Pues me consta que después en conversación particular ha hecho muchos elogios de mí¹¹⁸.

Amables horas envuelven al Duque de Rivas. Los altos círculos de la política y la nobleza francesas le hacen parte suya. El Príncipe Gerónimo personifica la cordialidad y el valimiento; la Princesa Matilde le acoge en su casa de campo, y todos los periódicos¹¹⁹ le retratan en halagüeñas frases... Pero oigámosle el relato de su entrevista con la Emperatriz:

París, 14 de agosto de 1857.

Mi querido pariente y amigo: ayer me recibió la Emperatriz en Saint Cloud de una manera tan franca, tan cordial y tan afectuosa que ha completamente enmendado y borrado el retardo que me tenía alarmado como avisé a Ud. Fui a la una, en frac, me recibió el Emperador dándome la mano muy apretada y hablándome con la mayor deferencia y me dejó en el gabinete de la Emperatriz solo con ella y donde permanecí "tête a tête" hasta las tres menos cuarto. Recibíame como podía haberlo hecho en Madrid, me sentó a su lado y me sacó (después de preguntarme por la Reyna y por el progreso de su embarazo), la cuestión de México, preguntándome si creía yo que se arreglaría. Contesté que, admitida la mediación de Francia y de Inglaterra, era de esperar que se arreglase, pero del modo conveniente a la honra española. Que estábamos dispuestos y preparados a todo evento y que si deseábamos un arreglo era por evitar el derramamiento de sangre. La asustó un poco la firmeza con que dije esto y me añadió que no dudara de que México estaba de acuerdo con los Estados Unidos y resueltos éstos a atacar la isla de Cuba; que en Osborne había hablado largamente con Clarendon de este negocio y que lo había encontrado muy alarmado y muy temeroso de un rompimiento. Yo repetí que nosotros, si bien estábamos dispuestos a todo, no rechazábamos un arreglo que dejase a salvo nuestra honrra (sic) nacional y satisfecha nuestra justicia y que la sinceridad de nuestro deseo se demostraba con la moderación de nuestras exigencias. Entonces la Emperatriz me dijo que contáramos con la simpatía y buenos oficios de la Francia. Yo le manifesté lo urgente que era una pronta resolución. Entonces con un aire muy gracioso y amable me dijo: si hubieran Uds. accedido a dejar reclutar, como se les propuso, una legión para Oriente se les hubiera a Uds. garantizado la isla de Cuba y tendrían Uds. parte en todos los negocios importantes del día. Respondile

¹¹⁸Carta del Duque de Rivas a Narváez. París, 9-VIII-1857. A. F. L., C. N.

¹¹⁹Id.

que el gobierno de entonces era un gobierno revolucionario y me atajó diciéndome: sí, el gobierno del animal de Espartero. Yo le dije entonces que el actual gabinete de acuerdo completamente con S. M. la reyna y con la verdadera opinión nacional no tenía más interés que el de estrechar más y más los vínculos de sincera y leal amistad con la Francia... se sonrió y yo continué diciendo que acaso no se apreciaría debidamente este sentimiento por noticias poco exactas, como dejaba sospechar la rigidez y agrima con que se solían llevar las relaciones con Madrid. Conoció Eugenia con gran prontitud lo que yo quería decir y me interrumpió: cosas de Turgot... ese es su carácter, que es muy inconveniente, y para cortar la idea me preguntó por el embarazo de la reyna otra vez, y por el rey y en seguida y sin dejarme apenas contestar por la reyna madre, y si es cierto que iba a España. Contestéle que no creía que S. M. tuviera tal pensamiento, que acaso encontraría, por otra parte, algunas dificultades. Me preguntó por Ud. y si disfrutaba Ud. la completa confianza de S. M., le dije que como nunca la había tenido ningún otro ministro, y me dijo que se alegraba mucho y que deseaba que S. M. perseverara siempre en ello.

Me habló de la senaduría hereditaria y de los mayorazgos, como de un gran paso, y sobre lo último me pidió detalles que di en globo, como de una ley que aún no estaba formulada.

Cayó en seguida la conversación en noticias de su familia y de la mía, en literatura francesa y española, en la chismografía de Madrid, en toros y en cosas indiferentes. Me quiso llevar a ver al Príncipe, pero le dijo la dama que fue a ver si me podía recibir, que S. A. estaba durmiendo y me dijo que otro día lo vería. Me hizo mil excusas de no haberme recibido antes y cariñosas ofertas y me despidió afectuosísimamente y encargándome que a su vuelta de Biarritz la visitara a menudo y que le llevara las chicas¹²⁰.

Dejamos inconclusa aquí esta carta, que el Duque ha de finalizar tras apretada letra derramada en tres pliegos, que contienen, además de las líneas transcritas, detallada exposición de sus negocios particulares¹²¹, vale decir, del nuevo alojamiento que se apresta a ocupar, en el Quai d'Orsay, y de su correspondiente mueblaje..., en fin, de lo que permitirá a la Emperatriz decir a sus damas, con el orgullo de quien no olvida su origen español, que ahora estará representada la buena sociedad española¹²².

¹²⁰Carta del Duque de Rivas a Narváez. París, 14-viii-1857. A. F. L., C. N.

¹²¹Id.

¹²²Id.

Ecos de su actividad diplomática

La íntima naturaleza del Duque, festiva y elegante, inicia otra vez su marcha. Su brillo, acorde al de la Ciudad Luz que le acoge, equilibra los elogios que de continuo recibe y agradece. Su entrevista con la Emperatriz le ha colmado de orgullo y nueva juventud. París —su gobierno y sus habitantes— es para don Angel símbolo de armonía. Y su querida España es recordada paso a paso, en el nombre de sus amigos... Resuenan en su oído, en blando eco, las palabras que Walewski, hijo natural de Napoleón I y Ministro de Negocios Extranjeros de Napoleón III, le transmitiera por encargo de éste: el Gobierno de España, *présidé par le marechal Narvaez. Comprenez vous, Mr. le duc, par le marechal Narvaez qui est le seul capable de donner ordre et tranquillité a votre pays...*¹²³.



El Imperio de Francia, el General Narváez, el Gobierno de España, se entrelazan en la actividad diplomática del Duque. Camina entre abrazos e invitaciones.

La ausencia de dificultades se caracteriza sin embargo por su corta vida. Meses después, pasado el tiempo del recibimiento, en el que todas las puertas se abrían para conocer al recién llegado, empieza don Angel a sufrir los primeros tropiezos, los que son, cabría decir, de naturaleza *climática*.

Con fecha 2 de septiembre, desde París, escribe a don Ramón María: *Me tiene desesperado esta gente. Son invisibles e inabordables. El Emperador con sus idas y venidas rápidas y de improviso, no ve a nadie. Y Walewski hace tres viernes que no recibe al Cuerpo diplomático, y los demás días los pasa en el campo. La estación es funesta para hacer nada porque todo el mundo está fuera de París*¹²⁴.

España sorda. España quijotesca

Por esa misma época los asuntos españoles comienzan a atascarse nuevamente. Y don Angel se manifiesta conocedor de los problemas, los que no solamente por él son pesados, sino también por todos los

¹²³Id.

Narváez. París, 2-IX-1857. A. F. L.,

¹²⁴Carta del Duque de Rivas a C. N.

círculos parisinos a que concurre o de que tiene noticia. *La situación de ese país* (España) *y sobre todo la de ese PALACIO* —escribe a don Ramón María en otra carta de esa misma fecha— *son el pasto común de esta sociedad*¹²⁵.

En una comunicación del propio don Ramón María a la Reina Madre, nos informamos que *la situación es difícilísima: jamás ha habido en España una época más preñada de dificultades y peligros, y bien se necesita toda la ayuda de Dios para consolidar un gobierno que aleje los fundadísimos temores y sobresaltos que... nos inquietan y entristecen*¹²⁶.

Otra vez se alzan en España gruesas voces de ataque y de protesta. Los argumentos maduran rápidos en la oposición. Se hace memoria de los sucesos de 1854. El Congreso mismo emerge, se enardece y exalta en las discusiones. O'Donnell esgrime intencionadas preguntas retrospectivas en relación a pasadas actuaciones políticas del Duque de Valencia, y, por su parte, el Conde de Lucena lanza un discurso rudo y agrio, también basado en las ocurrencias del año 54. Acosado por acusaciones que proliferan como las lluvias en invierno, el Duque de Valencia va dando paso a la fatiga.

*

* *

Es el verano, pero no el descanso. Es la estación del sol, pero en España son las sombras. Andalucía se debate, gime, estalla y se desintegra en gravísimos desórdenes. Se levantan partidas republicanas, y se aparejan los mendigos, los maleantes, y una carrera de tropelías va dejando huella de destrucción y llanto. El Arahal, pueblo de paz, se ensucia en hechos deplorables, y otras poblaciones sufren también la brutalidad de la inconciencia. Archivos públicos y privados son entregados a las llamas, que se alzan como espantosas catedrales de fuego, y el saqueo de la turba azota las pertenencias y los ahorros de afortunados y de humildes. Aquí otra vez España, su sentido y su contrasentido.

La respuesta, pues, ha de ser dura. Y tanto, que la rebelión es pronto sofocada. Pero España no desmiente su espíritu, y, *aunque se conocía que los condenados habían delinquido... se levantó piadoso clamor para contener el derramamiento de sangre...*¹²⁷. El Gobierno cede, y da puesto a la benevolencia.

¹²⁵Otra carta, de id. a id., de París, 2-ix-1857. A. F. L., C. N.

¹²⁶Carta de Narváez a la Reina

Madre. Madrid, 9-ix-1857. A. F. L., C. N.

¹²⁷M. Lafuente, *Historia...*, T. XXIII, pág. 237.

Dimisión de Narváez

Pobres aparecen los esfuerzos de don Ramón María para aquellos que constituyen e informan su oposición. Isabel II empieza a vacilar con respecto a quien más alto la ha sostenido y defendido. Quizás el supuesto descontento de S. M. arranca entonces de la fuerza que pone el Duque de Valencia en sus expresiones de gobierno, fuerza que, equivocadamente, atribuye a prepotencia y altanería. Pero no hay tal. El genio dominante de don Ramón María aparece y reaparece para fortalecer y afirmar el asentamiento monárquico de la Reina, totalmente ajeno a afán egoísta o de brillo personal. Si Narváez se enardece y lucha y se agiganta, es por la preservación del trono y el engrandecimiento de España. La grandeza llama a la grandeza como el canto a la alegría...



No obstante, hay labios que se adelgazan en el Palacio de Gobierno, destilando ácidas intrigas y maledicencias. Se habla de un apuesto joven llamado Puig Moltó, que concurre en asidua privanza a derramar sus intereses en los oídos de la Reina. Su desdorosa posición de parásito del trono se achica aún más ante la figura del *espadón de Loja*, y, vibrátil, deja escurrir sus mezquinas palabras. Se prepara así, al amparo de los rincones estrechos y la penumbra, la caída del Primer Ministro, caída que es, más bien, el golpe final de su cansancio.

En fin, dados ya los pasos, extraviadas las voluntades, presenta don Ramón María su dimisión, que es aceptada por Isabel II en 15 de octubre de ese año.

Ha dejado así su lugar de gobernante, agobiado por las insidias, el mismo que con anterioridad había expresado a S. M. la Reina Madre: *Cumplir honradamente con mi deber es todo lo que ambiciono*¹²⁸.

"Nací español y caballero"

Sólo un día antes de ser aceptada la dimisión del Duque de Valencia, ha escrito don Angel estas palabras: *Afortunadamente hasta*

¹²⁸Carta de Narváez a la Reina Madre. Madrid, 9-IX-1857. A. F. L., C. N.

*ahora nada he oído que pueda herir la susceptibilidad de un buen español, y la prensa misma no se ha desmandado hasta ahora. Hay sin embargo ansiedad, esperando el resultado de crisis tan larga y laboriosa. Estando de acuerdo las personas graves y bien intencionadas en que es una desgracia para la reina y para el país el que salga el poder de sus manos de Ud. que tan altas dotes de gobierno posee*¹²⁹.

Su esperanza se ha visto frustrada. En cuanto conoce el desgraciado suceso, en carta de día 26 de ese mes, le comunica su sentimiento:

*Ud. sabe lo mucho que lo quiero como amigo y pariente y lo mucho que lo aprecio y estimo como hombre de Gobierno y de empuje y de acendrada lealtad. Si Ud. necesita para algo de mí, dígamelo francamente. Estoy dispuesto a ir si es necesario a defenderle al Senado y en todas partes, y si a Ud. le acomoda por cualquier motivo, venir aquí, dejaré este puesto inmediatamente y sin esfuerzo, a disposición de Ud. Creo —le agrega con acento— que me conoce Ud. bastante para creer que estas líneas están escritas con el corazón*¹³⁰.

Emocionan la reciedumbre de estas líneas y su lealtad. *Nací español y caballero*¹³¹, exclama el Duque, y bien podría haberlo dicho con sólo una de esas palabras, pues ambas se implican y contienen mutuamente.

Nace un príncipe: en la historia Alfonso XII

Pero pasa el tiempo, y en su transcurso se gastan las penas y se nivelan los hombres a distintas y siempre nuevas circunstancias. En España la política ha cambiado y otro ministerio ocupa el Poder: el del General Armero, que sustenta una línea de gobierno, por breve espacio, cercana e inmediata a la que más tarde desarrollará la Unión Liberal. Por otra parte, Isabel II se prepara para un acontecimiento de trascendental importancia. En la noche del 28 de noviembre de 1857 da a luz a un robusto príncipe, heredero de la Corona, que recibe en bautismo el nombre de Alfonso, glorioso de reyes españoles. El hecho, *bien hecho* como se dice en España, lleva alegría a todos sus habitantes y su celebración se reparte generosamente por todo el territorio. Resuenan las campanas, y junto a la música, la luz se expande y choca contra los monumentos de la historia española, como invitándoles a celebrar también el histórico suceso.

¹²⁹Carta del Duque de Rivas a Narváez. París, 14-x-1857. A. F. L., C. N.

¹³⁰Carta del Duque de Rivas a Narváez. París, 26-x-1857. A. F. L., C. N.

¹³¹Id.

Desde París, don Angel destaca su vivo regocijo: *Me figuro lo contento que estará Ud. —manifiesta a don Ramón María en carta de 8 de diciembre— con el feliz parto de la Reina y con la venida de un Príncipe, que bien aprovechada puede por lo pronto dar muy buenos resultados, y para el porvenir incalculables ventajas y completas seguridades*¹³². Y agrega, participándole las reacciones que allí ha provocado la noticia: *Aquí ha sido recibido tan notable acontecimiento con interés y satisfacción y tanto el ministro como S. M. el Emperador me han felicitado con entusiasmo. Walewski vino a verme en cuanto le comuniqué el despacho telegráfico, y el Emperador (con quien comí en familia al día siguiente) me felicitó con gran cordialidad y amables demostraciones: por cierto que me preguntó por Ud. lo mismo que la Emperatriz, y ayer la Princesa Matilde con quien comí*¹³³.

*Una nochebuena “a caballo de la imaginación”*¹³⁴

Toca ya a su fin el año 1857, y su término lleva ánimos festivos a todo el mundo de Occidente. Las celebraciones van surgiendo aquí y allá, continuadas. Muchos países se unen en un canto simultáneo. Es la nochebuena y su alegría. En París vuelan los regalos y las invitaciones. Una de éstas, entre muchas, llega a manos de don Angel: es el Marqués de Molíns, quien le invita a compartir su cena en su palacio, con otras personas ilustres. Y la invitación renueva en el Duque su vena poética. Nace un romance que enriquece todavía su obra literaria, en el que, alternando la nostalgia y el fino humor, expresa cuánto le *placería hallarse en Madrid y entre sus buenos amigos*¹³⁵:

*¡Vive Dios que estoy mohino
porque no me encuentro allí
a disfrutar con mi gente
del obsequio de Molíns!*

¹³²Carta de id. a id. París, 8-XII-1857. A. F. L., C. N.

¹³³Carta del Duque de Rivas a Narváez. París, 8-XII-1857. A. F. L., C. N.

¹³⁴Duque de Rivas, *Obras...*, pág. 227.

¹³⁵E. Ruiz de la Serna, *Prólogo Obras...*, pág. 43.

*Esta noche yo trocara
los encantos de París
por la sociedad querida
y el succulento festín*¹³⁶.

Es el romance titulado *La Nochebuena en París y en Madrid en 1857*. En él se da a ambas ciudades; se lo permite el lento vino que le ha exigido a Santos, su criado gallego:

*De aquel jugo de la vid
que el Guadalete transforma
en rica esencia de Ofir*¹³⁷.

Pero este idioma Santos no lo entiende:

*"trae dos botellas". "El diablo
lléveme consigo, si
entiendo lu que me pide".
"Santos, eres un mastín"*¹³⁸.

Y don Angel le debe explicar, anudando la exaltación de su lenguaje:

*"Vino de Jerez te pido".
"Ahora, señor, lu entendí".
"¡Qué gallego tan idiota!"
"Las butellas traigu aquí"*¹³⁹.

Santos le ha traído las *butellas*, pero ha olvidado el *toruzón*, es decir, el tirabuzón, y la dilatación de la partida del viaje que don Angel se apresta a realizar le enerva:

*"Dame, dame. ¡Qué fragancia!
Puede a un muerto revivir.
¡Eh, Santos, déjame solo:
vete, que voy a Madrid!"*¹⁴⁰.

¹³⁶Duque de Rivas, *Obras . . .*, pág. 225.

¹³⁷Id., pág. 226.

¹³⁸Id., pág. 226.

¹³⁹Id., pág. 226.

¹⁴⁰Id., pág. 226.

Y así, en el aroma y el grosor del vino, se va don Angel a Madrid, allá donde están el *buen Bretón*¹⁴¹, *Venturita de la Vega*¹⁴², Ochoa, Campoamor, Alcalá Galiano *con cara de quinta angustia*¹⁴³, Hartzenbusch y Tamayo, don Leopoldo de Cueto y *Valerita, Valerita, el de la inmensa lectura y la vena tan graciosa, tan fácil, tan andaluza*¹⁴⁴, y su hijo predilecto: Enrique. ¿Y Francisco Martínez de la Rosa?, *se me olvidaba; es ministro; esto es, persona difunta*¹⁴⁵. De tal modo hace el poeta su fiesta, solo pero con todos sus amigos.

Y llega el Año Nuevo, y con él nuevas esperanzas, nuevas fiestas y más abrazos. Y no olvida en esa fecha a don Ramón, a quien le desea *colmado de satisfacciones*¹⁴⁶. Por su parte, él sigue *bueno y contento y no poco lisonjeado*¹⁴⁷. *Han empezado las Sociedades, escribe, y todos me festejan y me buscan. Y en Tullerías, donde siempre me preguntan por Ud., me distinguen muy particularmente*¹⁴⁸.

El atentado de Orsini

Sin embargo, no llega a todas partes la sana euforia de los festejos. En Francia es el apogeo del Segundo Imperio y hay quienes conspiran en su contra. Un grupo de italianos refugiados en Londres, entre los cuales se cuenta Orsini, antiguo miembro de la Convención Republicana de Roma del año 48, preparan un atentado contra el Emperador Napoleón III. Le acusan de haber traicionado su causa con el restablecimiento de la autoridad papal en 1849; de haber frenado la liberación de Italia.

Viaja la pareja imperial en su carroza para asistir a una función de gala en el Teatro de la Opera. En la llamada Rue Le Peletier, un racimo de bombas estalla. Balance: ocho muertos y ciento cincuenta heridos. El Emperador y la Emperatriz salen, empero, indemnes, si bien considerablemente abatidos y alterados.

Ese día, el 14 de enero, el Embajador de Isabel II en París, envía al Ministro de Estado un telegrama marcado a las veintidós y treinta, cuyo texto lee Istúriz en el Senado: *Esta noche —dice el parte—, a las nueve, al llegar al Teatro de la Opera el emperador y la emperatriz, antes de apearse del carruaje, reventaron debajo de él*

¹⁴¹Id., pág. 227.

¹⁴²Id., pág. 227.

¹⁴³Id., pág. 227.

¹⁴⁴Id., pág. 228.

¹⁴⁵Id., pág. 228.

¹⁴⁶Carta del Duque de Rivas a Narváez. París, 19-I-1858. A. F. L., C. N.

¹⁴⁷Id.

¹⁴⁸Id.

tres bombas que lo rompieron, mataron caballos y criados e hirieron a gran número de personas. ss. MM. salieron ilesos y se presentaron en su palco en medio del mayor entusiasmo. Hallándome en el teatro tuve ocasión de ser de los primeros en felicitar a ss. MM., que me honraron con la más afectuosa acogida¹⁴⁹.

Más adelante, en carta del día 23 de ese mes, encontramos información aledaña sobre este hecho: *Recibí a su tiempo la última amable de Ud. —escribe don Angel al Duque de Valencia— encargándome felicitar a los Emperadores por haberlos salvado la Providencia del horrible atentado. Y precisamente la noche misma del día en que recibí su carta de Ud. hubo bayle (sic) en palacio y tuve ocasión oportunísima de cumplir con su comisión. Manifesté, pues, a ss. MM. II. el encargo que tenía de Ud., lo recibieron con benevolencia y aprecio, me encargaron ambos que le diese a Ud. de su parte las más expresivas gracias y me preguntaron si era verdad que había Ud. estado indispuerto y se hallaba ya restablecido. Estuvieron, le aseguro a Ud., no sólo amables sino hasta cariñosos*¹⁵⁰.

Hacia España, por siempre

Con posterioridad a estos acontecimientos, en los que siempre vemos a don Angel rodeado de consideración y de afecto, corre nuevamente el tiempo. No mucho ha de perdurar ya el cargo diplomático del Duque, pero los días que adelantan su despedida se ven cubiertos de madura apacibilidad. El aprecio que le profesan Napoleón III y Eugenia de Montijo se traduce en inusitadas invitaciones. Viaja a Fontainebleau con su hija Corina, en donde supera una semana en compañía de la amable pareja imperial, gozando de esos aires franceses en la más completa tranquilidad, en un ambiente casi familiar.

Pero en España cambian los rumbos de la política. En junio, días después de haber don Angel dejado el albergue que le brindó el Emperador, Isabel II decide el llamamiento de O'Donnell al Poder. El Duque presenta su dimisión. Es el 19 de julio de 1858. Sin embargo, permanece en su cargo hasta el día 26, fecha en que, luego de despedirse de sus recientes anfitriones y de cuantos le han hecho amable su permanencia en esa tierra vecina, entrega sus funciones al Primer Secretario de la Embajada, regresando definitivamente a

¹⁴⁹Diario de Sesiones del Senado de España, de fecha 15-III-1858. Narváez. París, 23-I-1858. A. F. L., C. N.

¹⁵⁰Carta del Duque de Rivas a

España... Isabel II recibe carta de Napoleón III. En ella el Emperador expresa el sentimiento que le embarga por la partida de tan grande y noble Embajador.

IV

LOS ÚLTIMOS HORIZONTES

Llegamos al término de esta vida extensa y excepcional. Los años han pasado con trabajos y cansancios; fugaces se ven desde el extremo de las horas. El Duque está ya en Madrid, pero los tiempos que corren apenas permiten su sosiego.



Todo va muy de prisa. Los pasos, sin embargo, suenan apagados. No hay ya alegría o brillo en los ojos; están cansados, hundidos, parecen derrotados. Y en don Angel se manifiesta la fatiga: son débiles sus piernas, y su espíritu, más fuerte ahora que nunca, más profundo y sabio, con el acento grueso de su interminable experiencia, se estremece ante esa realidad, y por primera vez, curvadamente despierto, precisa la longitud de su edad.

Son los últimos meses de 1859. Comienza su descenso. Una enfermedad se derrama sobre sus miembros y le llega al corazón. *Su salud empezó a alterarse, y aquella robusta constitución, en la cual parecía que no habían hecho mella ni las gloriosas heridas de su juventud, ni las penalidades, ni los años, al fin se vio avasallada y rendida por la terrible enfermedad que, tras largos padecimientos, lo llevó al sepulcro*¹⁵¹.

Helo, pues, postrado. Un sillón constituye su más permanente circunstancia. Un mundo estrecho, cercado de muros monótonos e inmóviles, los de su cuarto, le aprisiona. Y no le alcanzan sólo sus fuerzas para dejarlo; necesita de otras manos, de otros brazos que le levanten... Vejez. Vejez. La palabra le suena con insistencia insoportable, se repite con rítmica frecuencia, y toma cuerpo en su propia carne, en sus ojos, sus oídos, en su aliento.

"El papel se acaba, pero no mi deseo de escribir..."

El Duque no disfruta de otra alegría o distracción que la de sus recuerdos. En su memoria vibran los acontecimientos que ha

¹⁵¹ Enrique de Saavedra, *Reseña...*, pág. 134.

vivido, pletóricos, innumerables. En cada uno de los sucesos, en sus mil sucesos, desfilan, interminables, nombres de amistad, salones de contento, ciudades, vida. Entran y se escapan mares, llanuras, vientos... la materia y sustancia de su biografía.

*El papel se acaba, pero no mi deseo de escribir...*¹⁵², expresa en carta a don Ramón María. Digamos nosotros que la sangre, la sangre le falta, pero no su deseo de hacerla correr aun más todavía. El Duque anhela persistir, y por ello, *si bien apoyado en su báculo y cogido al brazo de uno de sus hijos o de algún amigo, se le veía en el Senado, en las academias y hasta en teatros y paseos*¹⁵³.

Pero aunque su ánimo está dispuesto, no le dejan sus nervios, ya endurecidos, el vuelo. Una y otra vez la enfermedad le ronda, y si hay momentos de reposo, éstos son breves. Periódicamente, mes a mes, día a día, se suceden las expresiones de malestar y sufrimiento: *Yo que estaba bastante aliviado de mis dolencias, he vuelto atrás y estoy otra vez baldado y dolorido*¹⁵⁴, escribe al Duque de Valencia. Y esa misma letra, torcida por la angustia que le aqueja ante la pérdida de uno de sus seres más queridos: *he recibido con la mayor gratitud su sentido pésame por la dolorosa pérdida que nos aflige. Yo estoy como loco, pues aunque esperaba este horrible golpe, no es lo mismo decir "se está muriendo que se ha muerto"*¹⁵⁵.

La desgracia golpea desde ángulos diversos, obstinada, terca. Entre sus amigos, don Francisco Martínez de la Rosa ha muerto en 7 de febrero de ese año, 1862. Y otros le siguen: el Marqués de Pidal, Ventura de la Vega, Pacheco y Alcalá Galiano; este último le ha precedido con corta anticipación, el 11 de abril de 1865. *Año fue éste cruel para las letras españolas...*, dejando en la Real Academia de la Lengua cinco sillones vacíos¹⁵⁶.

Honores y agonía

Don Angel de Saavedra se acerca a sus postrimerías. La tierra le es oscura, ya le alumbra la sombra. *Yo no sigo bien*, escribe a don

¹⁵²Carta del Duque de Rivas a Narváez. Madrid, 22-xii-1858. A. F. L., C. N.

¹⁵³Enrique de Saavedra, *Reseña...*, pág. 134.

¹⁵⁴Carta del Duque de Rivas a

Narváez. Madrid, 29-x-1862. A. F. L., C. N.

¹⁵⁵Id.

¹⁵⁶Juan Valera, *Obras Completas*, T. II, pág. 753.

Ramón María, *el invierno me ha hecho perder todas las ventajas que proporcionó el verano...*¹⁵⁷.

Pero a los ataques de la enfermedad se contraponen los de la admiración y el premio. Sus contemporáneos, reconocidos, le van cubriendo de justos halagos. A don Francisco Martínez de la Rosa ha sucedido don Angel como Director de la Real Academia. Napoleón III le ha conferido la Legión de Honor. Y a éstos, otros homenajes se siguen: el nombramiento de vocal de la Suprema Asamblea de la Real Orden de Carlos III; su Gran Cruz (27 de septiembre de 1862); la Presidencia del Consejo de Estado; el Collar del Toisón de Oro. En relación a este último galardón, don Enrique de Saavedra y Cueto, su hijo, nos relata: *Terminada en la regia cámara la solemne ceremonia de la investidura, se acercó la reina al Duque, felicitándolo con suma benevolencia. Señora —contestó el venerable anciano, sin fuerzas para levantarse de su asiento—, esto es como la cena que, deba dársele o no, se concede a los antojos del enfermo desahuciado, del hombre ya moribundo*¹⁵⁸. Y medita don Enrique: *¡Cuánta melancolía y cuánta amargura en esa festiva respuesta!*¹⁵⁹.

Melancolía y amargura hay en esa respuesta, que es también premonitoria: esta vez, don Angel, es profeta de su propia muerte. Laureado con los más altos honores, caerá ya definitivamente al lecho, y en éste no dará su mal ocasión al alivio. Todo su cuerpo, su ser entero, sufre las embestidas, cada vez mayores, del flagelo. *El dolor —afirma don Enrique de Saavedra— trastornaba las articulaciones de sus enflaquecidas manos*¹⁶⁰. *Aquellas manos que con tanto brío y maestría manejaran*

ora la espada, ora la pluma

*apenas podían ya sustentar su propio y levísimo peso!*¹⁶¹.

Muerte y posteridad

Ha terminado el tiempo. El espacio se reduce. El hombre que los hubo exprimido a ambos se interna en la vasta y desconocida

¹⁵⁷Carta de id. a id. Madrid, 3-I-1863. A. F. L., C. N.

¹⁵⁸Enrique de Saavedra, *Reseña...*, pág. 138.

¹⁵⁹Enrique de Saavedra, *Reseña...*, pág. 138.

¹⁶⁰Id., pág. 138.

¹⁶¹E. Ruiz de la Serna, *Prólogo. Obras...*, pág. 47.

soledad. Atrás quedan los triunfos y las heridas. Copas, relojes y salones, caen quebrados a la eternidad.

Otro campo, más amplio que las llanuras de Castilla, más extremo que Gibraltar y el sol, e inexplicable, más que el alma humana, se abre a los ojos cerrados de don Angel.

En 22 de junio de 1865, don Angel de Saavedra y Ramírez de Baquedano, Duque de Rivas y Grande de España, *por la línea paterna, por la materna y por la divina del genio*¹⁶², entrega a Dios su espíritu y a la España su cuerpo, y ambos a la hispanidad.



Más adelante, otros hombres llegan a continuar la Historia, pero no le olvidan. A su figura múltiple de prócer y poeta siguen los comentarios.

Benito Pérez Galdós, joven entonces, escribe:

*El Duque de Rivas ha bajado al sepulcro con la solemne modestia de los grandes hombres, de los que dejan bastante recuerdo en los corazones amigos, bastante vacío en las letras españolas para no necesitar la gloria trasnochada que se engalana con el oropel de exequias escandalosas*¹⁶³.

Y en efecto, los funerales del Duque fueron modestísimos, en respetuosa obediencia a las instrucciones que para los mismos él dictara.

Años más tarde, Menéndez Pelayo afirmará:

El Duque de Rivas, a quien la posteridad saluda ya como gran poeta, y sobre todo, como poeta genuinamente español, siendo este españolismo la clave y la raíz de su grandeza. Si otros le vencen como poeta estrictamente lírico, lo que es como narrador no tiene rival en nuestro Parnaso moderno. El ha reanudado la cadena de nuestro Romancero, y puede decirse que es el último poeta nacional sin mezcla ni levadura extraña. Facilísimo y abundante hasta la prodigalidad y el despilfarro, rico en colores más que en ideas, hábil como ningún otro para poner a los ojos del lector armas, vestiduras y jaeces de remotos siglos, pintor extraordinario de cuanto hiere y afecta los sentidos, pomposo y lozano como legítimo hijo de escuela cordobesa, triunfa en la descripción de todo lo exterior, y sin llegar

¹⁶²Id., pág. 47.

¹⁶³Benito Pérez Galdós, *Crónica de Madrid*, pág. 63. Ed. Madrid. S. A.

nunca muy adentro del alma, puesto que no había nacido para sondear sus profundidades, triunfa y se regala en la descripción con un brío y desenfado que enamoran, y transportan a quien lee a una España encantada, llena de prestigios y maravillas, de escenas galantes y caballerescas, de lances de amor y fortuna¹⁶⁴.

Y don Leopoldo Augusto de Cueto, explicando su vacilación por la contemporaneidad que le cupo junto a don Angel:

*Con él hemos vivido y pensado, con él hemos estudiado y discutido; hemos asistido, por decirlo así, a la formación y desarrollo y manifestación artística de sus ideas, y seguido paso a paso los vuelos de su creadora mente en sus concepciones y hasta en los antojos de su fantasía; ¿quién, pues, con luz más clara y más segura ha de aquilatar su inspiración, y descubrir y analizar los impulsos psicológicos e ideológicos del poeta, sin cuyo cabal conocimiento no es dable medir exactamente el alcance de su índole y de su fuerza?... ¿Quién? La posteridad*¹⁶⁵.

Precisas son estas palabras: don Angel de Saavedra ha ganado la posteridad. Su cuerpo queda en el Patio de Santa María de la Cabeza, en el Cementerio de San Isidro, pero la altura de quien como militar, como hombre político, como orador parlamentario, como historiador, como artista, recogió copiosos laureles¹⁶⁶, se esboza extensa, y vive y renace y canta donde suena el habla de Cervantes, y más allá de sus confines.

SERGIO FERNÁNDEZ LARRAÍN
Miembro del Instituto de Chile,
Academia de la Historia
Santiago, 1965

¹⁶⁴Menéndez Pelayo, *Obras Completas*, T. VII, págs. 268-269.

¹⁶⁵Leopoldo Augusto de Cueto, *Discurso necrológico literario en elo-*

gio del Duque de Rivas, en *Memorias de la Real Academia Española*, vol. II, Madrid, 1870.

¹⁶⁶L. A. de Cueto, op. cit.,

Paris 23 de Enero a 1858.

Los testados y el ^{testi-}monio
para esta parte de la Historia

Mi querido y querido y amigo: Recibi
bi en tiempo la última amable carta, en la
que me habías informado de los negocios, por la
cual salvado la Providencia de los malos con-
tos. Y próximamente la noche misma del día
en que recibí la carta del Sr. D. Cayetano en
Madrid y una ocasión oportuna me de
cursé en un correo. Manifesté
por el Sr. M. M. 77. De modo que tú
del Sr. D. Cayetano en una buena reunión,
y gracias, me aseguraron ambos que
deseaban de parte de una expresión que
era; y me preguntaron si era verdad que había
el estado indigno, y si se hallaba ya res-
tallado. Entiendo, le aseguro al Sr. D. Cayetano
que me ha escrito con amor.

También recibí la carta de introducción
para la Historia, por la cual se me

bueno cada en la escitara, que me ha estado
en saliendo de, cuando en ido ha
entregado, y e habi marchado a Narváez
hasta la primavera.

El día del atentado. La vi en la gran
opera, y me pareció un hombre que me sorprendió.
me he visto jamás representado con tanta in-
teligencia, y con tan sublime expresión.

Salud. que lo quisiera muy de cerca
de amigo y gran amigo

Rivas

Comandante S. Duque de Valenciana

Carta del Duque de Rivas a Narváez
de 23 de enero de 1858
relativa al atentado de Orsini contra Napoleón III
y la Emperatriz Eugenia

EPISTOLARIO

Reservada.

1. Nápoles 27-VIII-1844.

Excmo. Señor
Don Ramón María Narváez
Madrid.

Mi queridísimo amigo y venerado General: después de saludar a Ud. con el mayor cariño y de felicitarle muy cordialmente por la firmeza y tino con que va saliendo adelante de apuros y de compromisos, asegurando cada día más la situación y echando los cimientos de una época de seguridad y de orden, paso a hablarle de los negocios de aquí y del estado en que están nuestras relaciones en este país. Y me lisonjeo que no creerá, conociéndome, que ciertas insinuaciones que le voy a hacer nacen de mezquina ambición y de miras personales mías, sino del deseo del mejor servicio de la reina y los intereses del país.

Este rey es muy cazurro y desconfiado, no le falta talento para gobernar a su modo y lo hace todo, todo por sí y ante sí, de modo que los ministros no son aquí nada y solo sirven para entorpecer y dilatar los asuntos que no pueden resolver de motu propio y que tienen que someter siempre a la deliberación del Soberano. Lo que hace que todo negocio que se trata con ellos no ve nunca el fin. Y sólo se saca partido y se consiguen las cosas pronto y generalmente bien cuando se va directamente al rey y se le habla con franqueza y sencillez, pues aborrece todo medio tortuoso y todo aparato, creyendo siempre, como desconfiado, ver en uno y otro intenciones de engañarlo. Pero tratar directamente con el rey lo pueden hacer sólo los embajadores, como Ud. no ignora, pues los ministros sólo tenemos acceso con el ministro de Relaciones Extranjeras. En este caso me encuentro yo y me encuentro con las manos atadas y sin poder adquirir la preponderancia de que yo gozaría aquí, ayudado del embajador de Francia, si fuera más elevada mi posición.

Este rey es tan celoso de no dejarse abordar por los Ministros plenipotenciarios, ni aún ocultamente y en el campo como hacen otros soberanos, que la carta que Ud. me envió últimamente por la Embajada francesa y que *él deseaba ver con la mayor curiosidad y con el más vivo interés* no ha permitido que le sea presentada por mí, haciéndome, es cierto, las más lisonjeras excusas de su retraimiento y asegurándome que a mí como Duque de Rivas tendría sumo gusto en verme a todas horas y en tratar conmigo directamente los asuntos, pero que como Ministro no quería hacer un ejemplo ni dar margen a que representantes de otras naciones *cuyo yugo ha sacudido* se presentasen con exigencias importunas fundados en tal ejemplo. En vista de esta repulsa y después de maduro examen, convinimos el Embajador de Francia y yo, en que él se la leyera y así se ha hecho. Pero ciertamente no ha surtido el mismo efecto que si yo se la hubiera (sic) leído y comentado.

La oyó leer, pues, con gran atención, la repasó él mismo y dijo que conocía y apreciaba la lealtad y buena fe que resaltaba en su carta de Ud., que sabía que Ud. era el más leal caballero de España y el más denodado campeón de la monarquía de su sobrina y que le hacían mucha fuerza las razones y reflexiones de Ud., pero que no se atrevía a sacar a su hermano del colegio a hacerle vestir el uniforme militar y a hacerle hacer una campaña en Africa (como le aconsejaba el Embajador de Francia) porque si luego no se hacía el matrimonio no sabría él qué hacerse con un príncipe emancipado y acostumbrado al mundo. Y que estaba muy escarmentado de dar demasiada suelta a sus hermanos. Añadiendo que si después de todo no se conseguía el objeto quedaría en ridículo su nombre y en desaire los pasos que diera de pretendiente.

Luego a (sic) ocurrido el que con el pretexto de estar mala la Reina y de vivir en una casa de campo (en Castellamare), donde no hay recepción de ninguna especie, no me han concedido el que le entregue personalmente las insignias del Orden de María Luisa y he tenido que hacerlo por medio del ministro de Negocios Extranjeros. Y creo, aunque nada me han dicho, que el que no haya venido al mismo tiempo el Toisón, siendo las dos gracias concedidas con la misma fecha, ha disgustado.

El Duque de Montebello goza aquí de toda la influencia imaginable porque ve y habla al Rey en calidad de embajador siempre que quiere. Y se lamenta de que España no tenga aquí un representante igualmente caracterizado que, es su propia frase, *mientras él tiene segura la oreja derecha de este Soberano, tenga el otro la izquierda*. Así y sólo así se puede en esta Corte tener influencia, hacer negocios y conseguir reclamaciones. Con notas y visitas al Príncipe de Scilla (?) es tiempo perdido. Y bien se necesita tenerse firmes, pues las intrigas del Austria bajo cuerda no dejan de conturbar el ánimo de este Monarca. El Conde de Lebreterra, viejo diplomático marrullero, aunque ha sido reemplazado por el Príncipe de Shwarzemberg, que afecta no meterse en nada, se ha quedado establecido como particular en este reino, donde ha estado diez o doce años. Y como ya no tiene el carácter de ministro, sigue al Rey, le ve a menudo y se roza continuamente con la gente baja de Palacio. Y sospecho que nos mina en cuanto puede, presentando el reconocimiento de España como paso que ha alentado a los revolucionarios de toda Italia. El Rey está, sin duda, de muy buena fe, pero es de carácter muy desconfiado y estas ideas que le sugieren sin cesar, y el ver que yo aún nada le he dicho *de boda*, cosa que, sin duda, por las oficiosidades de Carini creían que era la primera de que yo venía a tratar, lo tienen frío conmigo. Y a mí me colocan en una posición embarazosa. Y todos estos inconvenientes desaparecerían si yo tuviera libre acceso a su persona y pudiera hablarle de un modo o de otro como lo hace Montebello. Pues personalmente me estima y sé que hace muy a menudo elogios de mí diciendo que soy muy simpático.

Las ventajas que se lograrían con tener aquí un Embajador valen bien cinco mil duros más de sueldo que es todo lo que se necesitaría para sostener el rango con decoro en esta Corte, donde hay mucho que hacer y desde

donde se puede ejercer una influencia muy directa en toda Italia teniendo a este Rey de nuestra parte.

Repito, mi querido amigo, que creo que conociendo Ud. mis sentimientos no le pasará por la idea que un exceso de ambición personal me mueven a desear ser embajador. No, de ministro en este hermoso país y en esta tranquila y agradable ciudad estoy muy contento. Consideraciones más altas y de mi deber me obligan a decir a Ud. lo que dejo escrito. El Duque de Montebello es enteramente de mi opinión y se lo ha manifestado a su Gobierno con razones de política y de conveniencia.

¿Cómo estamos de elecciones? Yo creo que con los actuales ayuntamientos y sin milicia nacional deben ganarse en toda España. Y con buenas Cortes y con un ejército disciplinado se puede arreglar todo legalmente y sin reacciones y asegurar de una vez el trono, el altar y una buena constitución, imposibilitando nuevos trastornos y rebueltas (sic).

Dios le dé a Ud. salud y fuerzas para todo y que sea de Ud. la gloria de dar orden y tranquilidad a nuestra pobre patria.

Dé Ud. mis finas memorias a Angel Loygorry (el Conde de Vistahermosa) y dígame que he recibido su carta y que le contestaré otro día.

Campos es excelente (sic) y estoy contentísimo con él, es aplicadísimo y tiene un carácter angelical.

Adiós mi querido General, es de Ud. fino amigo y pariente.

q.b.s.m.

EL DUQUE DE RIVAS

P. D.

No se descuide Ud. en enviarme la carta autógrafa para este príncipe concediéndole el Toisón, pues su tardanza hace mal efecto. Collar tengo aquí, el que recogí del difunto Conde de Lene.

NOTA MARGINAL, DE PUÑO Y LETRA DE NARVÁEZ.

Que me he enterado de cuanto pormenor me comunica; que siga haciéndolo de lo que guste y crea que puede interesar; que procuraré se le dé el carácter de Embajador. Contestada en 4 de noviembre.

2. Nápoles, 28-iv-1845.

Mi queridísimo amigo y pariente: hace mucho tiempo que no escribo a Ud. no por falta de consideración y de cariño, sino por temor de molestarle y de distraerle un momento de sus graves e importantes ocupaciones. Pero hoy no puedo menos de hacerlo, no tanto para recordarle mi amistad y gratitud, cuanto para felicitarle cordialísimamente del feliz éxito de sus tareas y del admirable resultado de su sistema político de Ud. que llevado a cabo con el tesón que le caracteriza está asegurando el bien de nuestro país y admirando a todas las personas sensatas de Europa.

Doy a Ud. pues la más cordial enhorabuena por todo y singularmente por el reconocimiento de Roma, acontecimiento de importancia suma y de fecundísimos resultados dentro y fuera de España. Como Ud. no ignorará he pasado en aquella corte la semana santa y he sido recibido (sic) por el Papa con la mayor cordialidad, habiéndome hecho S. Sdad. varias preguntas sobre el carácter personal de Ud. y de los demás ministros, elogiando mucho a todos y a Ud. en particular lo que ya supondrá Ud. que me sería muy satisfactorio.

Aquí sigo cada día más contento, estoy considerádo y estimado y me va perfectamente de salud. Su primo de Ud., Campos, es excelente sujeto, tiene talento, instrucción y excelente carácter, es lástima que no sea más robusto y de algunos días a esta parte ha vuelto a padecer del estómago; se le cuida con esmero y como merece.

No quiero molestar a Ud. más, continúe y concluya la magnífica obra que se ha propuesto, trabaje mucho, pero cuidándose, como desea su apasionado amigo y pariente.

P. D.

Hágame Ud. el honor de ofrecirme a los pies de S. S. M. M.

Nota marginal de Narváez.

Que celebro mucho le vaya bien. Que tenía gana saver (sic) de él. Que el modo con que le recibió el Santo Padre es muy satisfactorio.

3. Nápoles, 8-x-1845.

Mi querido amigo y pariente: antes de ayer he tenido la satisfacción de recibir de oficio el Real decreto nombrándome Senador del Reino, y no puedo dilatar el escribir a Ud. para darle las más cordiales gracias por haber recordado a S. M. mi nombre e inclinado su Real ánimo a honrarme con tan elevado cargo. Este nuevo favor que debo a Ud. aumenta la gratitud que le profeso y que deseo acreditarle.

He seguido a Ud. con ansiedad en su viaje a las provincias de que tan mal auguraban los Sres. periodistas. Y he visto con gusto el tesón con que se ha ejecutado y los excelentes resultados que ha producido.

Me lo figuro a Ud. abrumado de trabajo y aburrido de tanta charla de tanta injusticia e ingratitud, pero sé que no es Ud. hombre que se dobla fácilmente, ni que se deje intimidar. Y creo que saldrá Ud. adelante y con gloria.

Yo sigo aquí cada día más contento y más estimado, y si es verdad (como ha corrido por Marsella) que D. Carlos viene a Palermo, no me faltará trabajo.

Campos, de quien cada día estoy más satisfecho, se aplica muchísimo, aunque su salud sigue delicada.

No quiero molestar más la atención de Ud. ni retrasarle de sus importantísimas tareas y concluyo asegurándole de nuevo de la cordial gratitud y finísima amistad con que se repite muy de Ud. su fino amigo y pariente.

4. Nápoles, 8-XII-1845.

Mi querido amigo y pariente: sabiendo Ud. lo mucho que lo aprecio y lo reconocido que estoy a sus muchos favores, debe Ud. conocer la parte de satisfacción que me habrá cabido por la nueva y merecida gracia con que la Reina le ha dignado recompensar los importantísimos servicios que ha hecho Ud. y está haciendo al trono y al país. Reciba Ud. pues sin más encarecimiento mi más cordial enhorabuena.

Mucho deseo recibir noticia de la apertura de Cortes y del modo con que se presentan, que seguro creo no será de un modo tan hostil como anuncian los apasionados periódicos. De todos modos espero que Ud. y sus compañeros sabrán muy bien ahogar la revolución para que no vuelva a asomar la cabeza.

Yo sigo muy bueno y cada día más contento y estimado en este delicioso país, y voy sorteando como puedo y sin soltar prenda la cuestión de boda, que de un modo u otro me la ponen continuamente al paso.

Su primo de Ud. Campos está bueno, habla ya bastante bien el francés y adelanta mucho en el italiano; es persona de excelente carácter.

Por no atreverme a molestar a Ud., rogué en días pasados a Martínez, que le recomendara a Ud. a un chico que tengo en el colegio de Segovia. Y ahora con la pluma en la mano creería faltar al deber de padre y a la amistad y relaciones que nos unen sino lo hiciera directamente.

El tal chico que se llama Gonzalo, no parece que estudia mucho, acaso por falta de disposición, pero tiene buena sangre y sino un científico oficial, será un excelente oficial. Necesita para que encuentre alguna indulgencia en sus profesores y en sus jefes (como la encuentran otros muchos más torpes o desaplicados que él) de recomendaciones y de protección. ¿Y quien mejor puede dispensarle uno y otra que Ud., mi querido General?... Ruego a Ud. que lo sirva como cosa suya, y que como tal cuide de su carrera, esperando que disimulará Ud. mi petición.

Trabaja Ud. mucho, mi respetable amigo, y no olvide que tiene aquí como muy fino en su afectísimo pariente.

5. Nápoles, 5-III-1846.

Mi muy querido amigo y pariente: sabiendo Ud. el alto y debido aprecio en que tengo su capacidad y noble carácter, puede Ud. muy bien figurarse cuál será mi desconcierto al saber que ha abandonado Ud. el alto puesto que ocupaba tan dignamente, sosteniendo con tesón y buena suerte el trono, organizando el país y aterrando a los bullangueros.

Estoy seguro de que no tardará la España en conocer la falta que Ud. le hace como prenda de tranquilidad que es el primer bien de la sociedad humana. Y preveo que alguna circunstancia azarosa volverá a obligarla a echarse de nuevo en los brazos de Ud. para que vuelva a salvarla de la anarquía.

Si intrigas y acontecimientos que no puedo conocer ni apreciar desde aquí han obligado a Ud. a hacer su dimisión, no deje Ud. del todo la partida, mi General. No se aleje Ud. de la Reina, no de los hombres monárquicos conservadores. Su nombre de Ud. y su prestigio, sea o no ministro, tienen mucho alcance y pueden por sí solos conjurar muchas tormentas. Los hombres que valen lo que Ud. deben tener la conciencia de lo que valen. Y el alma bastante grande y serena para no dar el gusto a sus enemigos de desembarazarlos, retirándose, del obstáculo que los contiene.

Recuerde Vd. mi General que hace algunos años en circunstancias muy críticas y desgraciadas para Ud. y cuando aún no le conocí personalmente le escribí que se conservase con buen ánimo para hacer grandes servicios a la patria. No me engañé en mi profecía. Y ahora con más edad y más experiencia y conociéndolo a Ud. le ruego se conserve siempre *en disponibilidad* para salvar acaso de nuevo a la reina y al país de futuros apuros y calamidades.

Los periódicos últimos que han llegado aquí aseguran que el nuevo Ministerio, compuesto sin duda de sujetos dignísimos, se propone seguir la marcha emprendida y sostenida por Ud. y por sus compañeros, no dudo que lo verificarán con saber, con celo y con decisión. Pero veo en perspectiva unas nuevas elecciones por un método nuevo que cambia totalmente el terreno de las influencias y no me atrevo a calcular cuál pueda y deba ser su resultado. ¿Tendrán los actuales ministros mayoría en las Cortes venideras? ... ¿Pudiere llegar el caso de que se vieran reemplazados por progresistas decididos, con jurado para la imprenta, milicia nacional, ayuntamientos sin freno y diputaciones provinciales soberanas? ... Solo la posibilidad me horroriza. Si así desgraciadamente aconteciese no le faltará a Ud. ancho campo en que lucir de nuevo su valor, su lealtad y su puro y verdadero patriotismo.

Basta de perderse en el obscuro porvenir. Volviendo a la actualidad concluyo asegurando a Ud. que tiene y tendrá siempre un admirador apasionadísimo en su fino amigo y pariente.

q.b.s.m.

EL DUQUE DE RIVAS

P. D.

Su primo de Ud. Campos sigue muy bueno y aplicado y cada día más acreedor a mi cariño y confianza.

NOTA MARGINAL DE NARVÁEZ.

Que fuí un Protector y en cuatro semanas bastaron para poner el trono y la nación al borde del precipicio. Que S. M. lo conoció así y me honró nuevamente con su confianza; que he empezado una marcha de firmeza y que desbarataré todas las tramas y moralizaré la Nación y creo que obtendremos un completo triunfo; que sabe le quiere mucho.

6. *Nápoles, 8-vi-1847.*

Mi querido amigo y pariente: su favorecida de Ud. de 26 del ppdo. llegó a mis manos al día siguiente de la marcha de S. M. la reina madre, por lo que no me fue posible entregar al Señor Duque de Riansares la adjunta que devuelto a Ud. por haberme parecido lo más cierto y seguro.

Ya habrá Ud. tenido el gusto de abrazar a mi primo Campos, a quien echo mucho de menos. El le habrá dado a Ud. noticias mías y una carta que le di para Ud. El Conde de Cartagena sale de aquí para esa pasado mañana. También es excelente (sic) joven y se lo recomiendo a Ud. muy particularmente.

Hace un siglo que no recivo (sic) de Madrid correspondencia ni privada ni de oficio con lo que estoy totalmente ignorante de lo que pasa en nuestro desgraciado país. Sólo sé lo que dicen los periódicos, que no es ciertamente muy lisonjero.

Ya habrá Ud. visto en esa a mi amigo el Duque de Montebello. Es sujeto muy amable y entendido, y gran apasionado de Ud. Es hombre que acaso podría serle a Ud. muy útil en ese gabinete, y creo un dever (sic) de mi amistad para Ud. el mencionárselo.

Páselo Ud. bien mi querido General, pero no olvide lo que mil veces le he repetido: Ud. está llamado a hacer aún importantísimos servicios a nuestra patria.

Ofrézcame Ud. a los pies de mi Sra. la Duquesa, y no olvide que es y será siempre suyo finísimo amigo y pariente.

7. *Nápoles, 10-vi-1847.*

Mi querido amigo y pariente: aprovecho la marcha a esa del Conde de Cartagena para saludar a Ud. con el mayor afecto, y recomendarle a este nuevo agregado, que ha servido dos años a mis órdenes. Es joven, muy bien educado y que no dudo complacerá a Ud. por lo que le ruego que lo tome bajo su protección.

Nada más escribo, y ofreciéndome a los pies de su Señora la Duquesa, y dando mis finas memorias a Campos, se repite de Ud. apasionado amigo y fino pariente.

8. *Nápoles, 18-x-1847.*

Mi querido amigo y pariente: por segunda vez se han cumplido mis profecías, y aunque hasta ahora no tengo más noticias que las llegadas a Bayona por telégrafo, ni conocimiento exacto de las ocurrencias que han colocado a Ud. de nuevo en el puesto para que nació, estoy persuadido conociendo lo apurado de la situación, que ha salvado Ud. otra vez el país y el trono de un gran conflicto.

Me figuro lo que tendrá Ud. que hacer y que padecerá para contener la revolución a que se le ha quitado todo estorbo. Y lo que tendrá que trabajar

para organizar un gobierno fuerte y poner coto a la desmoralización general que devora esa corte. Pero Ud. tiene resolución y medios para todo y si logra afianzarse, como deseo y creo desean conmigo todos los buenos, dará con su prodigiosa autoridad pronto y duro remedio (pues duro se necesita) a todos los males que nos arrastraban al precipicio.

De mí nada tengo que decirle. Sé que en esta última temporada ha codiciado mi puesto el Sr. Benavides, sin omitir medio alguno para suplantarme, probablemente al cabo lo hubiera conseguido. Pero ya es otro cantar. Estoy contento aquí y solo me duelo el ver con el pomposo título de *Embajador* al Sr. Pacheco, cuando yo, Grande de España de 1ª clase y con cuarenta años de buenos servicios y con un buen nombre literario en toda Europa no tengo más que el de Ministro. Estoy contento le repito a Ud. y lo estoy del personal de mi Legación. El nuevo secretario Sr. Bañuelos, es un excelente sujeto, activo y trabajador y con quien estoy en el mejor acuerdo y deseo conservarlo a mi lado.

Una cosa voy a pedirle a Ud. en la que espero que me servirá. Deseo que nombre Ud. cónsul de Malta a D. Manuel Zacumit, que lleva dos años de sesto interinamente y para quien tengo la mayor amistad desde el tiempo en que estuve asignado en aquella isla. Es español y persona de mucho crédito en todo Levante. Y es el tal consulado un destino que sólo un hombre rico del país puede desempeñar, pues no ofrece utilidad ninguna y es punto estremadamente (sic) caro. Puede Ud., si gusta, tomar informes de Sousa, de Caballero y de Calleja, que tienen como yo grande empeño en este nombramiento. Si Ud. se sirve complacerme, le ruego me remita la Real Orden, para tener el gusto de enviársela al interesado.

No quiero molestar a Ud. más mi queridísimo General. Guárdese Ud. de los puñales de los asesinos. Saque Ud. de la experiencia del pasado nuevas fuerzas para lo presente, y no olvide a su apasionadísimo amigo y pariente.

9. Nápoles, 25-x-1847.

Mi estimadísimo amigo, pariente y Jefe: me tomo la libertad de recomendar a Ud. muy particularmente al Excmo. Señor Duque de Fernandina, Conde de Niebla, primogénito de la casa de Villafranca. Llegado a la mayor edad, por haber contraído matrimonio con la hija del Marqués de la Romana, ha reconocido a nuestra Reina, y prestado el juramento de fidelidad en mis manos, y va a esa como buen español, a reclamar los bienes que le pertenecen.

Ruego a Ud., pues, mi General y Jefe, que le ayude con su poderosa protección, y que lo acoja como por tantos títulos se merece.

Se repite de Ud. con la mayor cordialidad fino servidor, su amigo y pariente.

10. Nápoles, 28-x-1847.

Mi querido amigo y pariente: aunque escribí a Ud. el mes pasado, no

puedo menos de volver a incomodarle hoy, para felicitarle cordialmente de los últimos felices acontecimientos, que con tanta felicidad ha llevado a cabo. Cada día estoy más orgulloso de mis profecías, pues todas se han cumplido. He repetido a Ud. siempre que la providencia lo destinaba a salvar nuevamente a la reina y al país de una gran catástrofe, y se ha ya verificado. Y este nuevo triunfo es acaso mucho más importante que el que con tanta gloria ganó Ud. en Ardoz. Buen ánimo, mi amado General, y ya que el cielo le ayuda tan decididamente, asegure Ud. completamente la situación, y con su energía y su experiencia (sic) denos paz y tranquilidad duraderas, quitándole a la revolución todos los medios de volver a sacar la cabeza.

No se puede Ud. figurar el efecto que ha hecho en esta corte los últimos sucesos de Madrid, y esta mañana, que he estado en palacio, he oído con gran gusto reconocer en él los mayores elogios de Ud.

A propósito le diré que siento mucho el ver en *la Gaceta*, que es nuestro diario oficial, repetidas las absurdas noticias de lo que ocurre (o por mejor decir no ocurre) en este país. En él no ha habido más que lo que tengo comunicado en mis despachos, y en ellos puede Ud. ver que aquí no ha habido más que conatos y amagos que han sido atajados a tiempo, reinando ya en ambas Sicilias la más completa tranquilidad, que jamás ha sido alterada ni en esta capital ni en Palermo. Y aunque, como también tengo dicho de oficio, las ideas de trastorno italiano cunden aquí, y pueden al cabo producir efecto, hasta ahora nada grave ha ocurrido, ni ocurrirá según veo, como no venga el impulso de fuera. Por lo tanto siento que nuestro periódico oficial, que recibe (sic) y lee este gobierno, no sea más exacto, o al menos más cauto para no dar cabida a noticiones sin fundamento.

El Conde de Bressau ha llegado aquí hace cuatro días como embajador de Francia, y por cierto que me ha encargado que le diga a Ud. mil cosas de su parte. Me parece que tiene gran empeño de que no venga aquí la escuadra inglesa, que con este objeto se ha reunido en Malta. Y para evitarlo, se ha dispuesto que tampoco venga la francesa, que debe quedar en la Especia. En esto y en cuánto aquí ocurra tendré a Ud. al corriente, como es mi deber.

Recuerdo a Ud. mi querido amigo, que mi mujer no es dama de la Reina y que debe serlo. Como cuando la traje a Madrid empeoraba la situación penosa de que nos ha sacado Ud. y entraron a mandar personas a quienes no quería pedir nada, no lo pretendí. Pero ahora debo decirle a Ud. que lo deseo, y estoy seguro que en la más leve insinuación de Ud. tendrá mi casa este nuevo lustre.

Ruego a Ud. que no olvide lo del consulado de Malta que le dije en mi anterior, y que se acuerde de su finísimo amigo y pariente.

q.b.s.m.

EL DUQUE DE RIVAS

P. D.

Tenga Ud. la bondad de poner en manos de S. M. la Reina Madre la adjunta carta.

11. Nápoles, 29-x-1847.

Mi estimadísimo Jefe: me tomo la libertad de recomendar a Ud. muy particularmente a D. José Custey y Anduaga dador de ésta. Ha sido secretario de mi Legación casi cuatro años, y últimamente nombrado Encargado de Negocios para el Ecuador.

Es sujeto de cuyos servicios estoy muy satisfecho y que por sus muchos años de carrera y por la inteligencia y celo que en ella hace sin interrupción manifestada, merece la estimación del Gobierno.

Espero, mi amado General, que lo acója Ud. como merece y como a persona por quien se interesa mucho su fino amigo y pariente.

12. Nápoles, 3-xi-1847.

Mi querido amigo, pariente y Jefe: aprovechando la salida del vapor que va a Marsella, escribo a Ud. para participarle que el Conde de Bressau, embajador de Francia, que llegó aquí el 24 del pasado y que presentó sus credenciales en toda forma el 31, se ha suicidado en la madrugada de ayer, cortándose el cuello con una navaja de afeitar. Créese que un acceso instantáneo de locura le ha llevado a tan desgraciado fin. No ha dejado papel alguno, ni antecedentes de ninguna especie que dé luz sobre esta desgracia.

Ayer mismo fue embalsamado y la desgraciada viuda, con el cadáver, saldrá de aquí en el vapor de guerra francés *Magallanes* para Tolón.

Nápoles está consternado y acogiendo sobre la causa de estas desgracias las mayores paparruchas. Por no molestar a Ud. no le escribo más detenidamente. Pero si quiere Ud. saber algunas menudencias, dígame Ud. a mi cuñado Arana que le lea la adjunta en que le refiero pormenores curiosos, pero que nada aclaran el hecho.

No olvide Ud. que deseo el Consulado de Malta para D. Manuel Zacumit, pudiendo ir a otra parte el que ahora le desempeña de fresca data. Es causa, mi querido amigo, en que tengo formal empeño.

Trabaja Ud. mucho, cuídese al mismo tiempo y no olvide a su apasionado amigo y fino pariente.

13. Nápoles, 14-xi-1847.

Mi querido pariente y amigo: incluyo a Ud. la adjunta para S. M. la Reina Madre, en que le remito otra de la suya y seguridades de la buena salud de esta augusta señora. Ruego a Ud. no retarde en ponerla en sus reales manos.

Mucho he sentido ver que ha dejado Ud. el ministerio de Estado pues me complacía mucho tenerlo a Ud. por inmediato jefe, pues aunque siempre lo sea como cabeza del Gobierno, siempre es bueno tener al padre aliado.

No se olvide Ud. pues de mí, mi querido General, recuerde mis largos servicios y que llevo ya cuatro años de prestados aquí como Ministro Plenipotenciario y nada más.

También, aunque haya Ud. dejado la dirección inmediata de la carrera, no puedo menos de recomendar a Ud. muy particularmente a mi sobrino y agregado Dominguito Arana. Debo interesarme en sus adelantos porque es excelente joven que ha servido con Martínez de la Rosa en París, a toda su satisfacción, que ahora está aquí conmigo, y puedo responder de su aptitud, aplicación y buena conducta, y que lleva ya cuatro años de agregado. Es cosa tan cercana a mí como que es hijo de mi amada hermana Candelaria. Nos duele ver que otros mucho más modernos que él han ascendido, y cualquiera adelanto que Ud. le proporcione se lo agradecerá en el alma toda la familia.

No quiero molestar a Ud. más, mi querido Duque, temo distraer a Ud. sus arduas ocupaciones y estoy seguro de que Ud. no olvida ni a mí ni a los míos.

Tengo gran ansiedad por saber cómo se presentan las cortes, que no dudo darán a Ud. el apoyo que se merece.

Trabaja Ud. mucho; cuídese y acuérdesse alguna vez de su verdadero amigo y fino pariente.

q.b.s.m.

EL DUQUE DE RIVAS

P. D.

Tenga Ud. la bondad de decir en mi casa que estoy bueno, que no tengo tiempo para escribir a mi familia.

NOTA MARGINAL DE NARVÁEZ.

Contestada el 28. Que tarde lo he hecho esto. No ha habido contento; no se datarán los dos millones en las cuentas; con que objeto se hacen estos cargos.

14. Nápoles, 12-XII-1847.

Mi querido amigo y pariente: he recibido con mucho gusto sus dos apreciables del 28 de octubre y 24 de noviembre, y doy a Ud. las más expresivas (sic) gracias por el interés con que tuvo mi recomendación a favor de Zacumit para el Consulado de Malta, rogando a Ud. de nuevo que no lo olvide y que no deje de la mano a Casairujo hasta que le extienda el pasaporte. Pues es cosa en que tengo interés sumo por ser compromiso en tiempos de emigración y de persecuciones en que le debí particular amistad.

También espero que no olvidará Ud. en la primera ocasión oportuna, el que mi mujer tome en palacio el rango que la compete; como todos los demás que puede ser ventajoso a la familia cuyas relaciones con Ud. tanto le lisonjean. De mí nada quiero decir a Ud., mi querido amigo, pues estoy seguro de que procurará darme en esta corte el carácter que corresponde por mi clase y servicios, y que ciertamente, se me debió haber dado desde el principio.

Doy a Ud. las más sinceras gracias por la bondad que ha tenido en permitir que vaya a su nombre de Ud. y como equipaje suyo una carretela que envió a mi mujer. Esta me ha enviado la amabilísima carta que Ud. ha tenido la bondad de escribirle sobre el particular, y en vista de ello, dentro de cuatro días envió un carruaje desarmado y embalado a Barcelona, con rótulo a Ud. y dirigido al Sr. Buxeres, administrador del Real Patrimonio en aquella ciudad. Tenga Ud. la bondad de encargar a su secretario que escriba sin pérdida de tiempo a dicho señor para que cuide de hacerle desembarcar, y de enviarle con las galeras y con la seguridad posible y en el mismo estado que llegue (que es repartido en cinco grandes cajones numerados) a Madrid con dirección a quien Ud. tenga por conveniente, llevando cuenta de los gastos que ocasione, que satisfará en ésa mi mujer.

Mucho siento, mi amado General, haberle dado a Ud., todas estas molestias, pero Ud. sabe lo que son las señoras. Y la mía es, quien deseosa de tener un carruaje elegante, libre de la crecida gabela de aduanas, se ha aprovechado del momento en que Ud. puede introducir libremente en España su equipaje de ex embajador. A ella pues, es a quien debe Ud. culpar, o por mejor decir disculpar, como lo haría sin duda, siendo conocida su galantería.

No quiero molestar a Ud. más ni robarle un tiempo precioso que tan dignamente cumple en asegurarnos la tranquilidad y el orden subsistente de que tanto necesita nuestro pobre país.

Ofrézcame Ud. a los pies de la Sra. Duquesa, cuya llegada a Madrid he visto en los papeles y disponga Ud. sin límites de su apasionado y agradecido amigo y de su fino pariente.

q.b.s.m.

EL DUQUE DE RIVAS

P. D.

No se moleste Ud. en contestar a la mía, cuando no tenga Ud. algo que decirme o que mandarme, pues sé bien que sus muchas ocupaciones no le dejan tiempo para meros cumplidos que conmigo puede Ud. excusar. Yo le escribiré a Ud. a menudo y cuánto me ocurra, pero sin exigir contestación cuando no haya sobre qué.

Ruego a Ud. tenga la bondad de enviar la adjunta a mi casa.

Reservada.

15. Nápoles, 29-I-1848.

Mi querido amigo y pariente: Después del transtorno general de estos reinos, que habrá Ud. visto en mis últimos despachos, hoy a las diez de la mañana se ha fijado en las esquinas de esta capital el Real Decreto, de que acompaño a Ud. un ejemplar. Y a las doce ha recorrido el Rey, a caballo, las calles principales entre las más fervorosas aclamaciones, y siendo objeto del entusiasmo general.

Son imponderables los esfuerzos que han hecho las representaciones de Rusia, Austria y Prusia para impedir a este soberano el hacer esta concesión, y para provocar un doloroso conflicto, lo que los ha colocado en una posición difícil y odiosa. Y no se han creado tampoco una muy favorable los Encargados de Negocios de Inglaterra y de Francia: aquél porque ha hecho demasiado y ha inspirado temores; éste porque con su indiferencia y poco tacto se ha enajenado los ánimos de todos. El único diplomático pues, que en estos críticos momentos tiene la confianza del actual gobierno, buena reputación en palacio, y las simpatías de todo Nápoles, soy yo, como no podía menos de suceder, tanto porque desde mi llegada aquí he procurado hacerme por todos los medios posibles grato a estas gentes de todas categorías y opiniones, cuanto por la conducta que he observado en estos azarosos días, sin acolasar a unos, ni desanimar a otros, como han hecho mis colegas, ni mezclarse activamente en los negocios, o esparciendo bajo cuerda ideas de orden y de moderación y de respeto al trono, por una parte; y por otra, especies de conciliación, de lenidad y de acomodamiento. Todo sin descubrir ni comprometer en nada mi carácter público, y siguiendo estrictamente (pero con habilidad, permítame esta jactancia) mis instrucciones.

Así que, cuando a unos individuos de este Cuerpo diplomático miran todos con odio, a otros con desconfianza y a otros con frialdad, vuelven a mí los ojos como a representante de un gobierno constitucional, de quien no tienen que temer, y con cuyas simpatías cuentan. Y el rey no desconfía de mí, y los nuevos ministros, con quienes estoy en estrechas relaciones, y los jefes del movimiento que trato frecuentemente, me tienen por amigo, me preguntan muchas cosas que ignoran de las prácticas y formas del género de gobierno que van a plantear. Y me lisonjeo de que la constitución napolitana se parezca mucho a la nuestra.

En estos momentos, pues, mi querido General, podrá ser muy oportuno el darme el nombramiento de *Embajador*, que aumentaría mi prestigio aquí y en toda Italia; que me daría una saludable influencia en un país que se pasa completamente a nuestro lado, y donde sería grata esta demostración, que aumentaba su importancia en los críticos momentos de constituirse. Y también, sería cosa que no desagradaría a los liberales españoles, como homenaje a un país que se hace constitucional.

Sé muy bien que Ud. por su gusto y por el cariño con que me favorece, hace ya tiempo que hubiera hecho Embajada esta legación. Y que sólo le ha arredrado el *presupuesto*. Pero esto no debe arredrarle ni servir de inconveniente, pues me conformaría, en último caso, el desempeñar el rango de embajador *con el mismo sueldo* que disfruto como ministro. Si se me dan por lo pronto cuatro o cinco mil duros, para gastos indispensables en estas circunstancias, y se me abonan luego anualmente unos *cuarenta mil reales* de gastos secretos, o de otro cualquier modo que no suenen en el presupuesto ni comprometa en lo más mínimo al Gobierno. Y lo creo muy posible en vista de lo pequeña de las cantidades, que hasta pueden de un modo o de otro pasar inapercibidas.

Algo mínimo de esto a Sotomayor, y espero que Ud. no tiene inconveniente grave que se lo impida, y aprovechando las favorables circunstancias actuales, me proporcionará un carácter que compete a mi clase, que recompensará cuarenta años de muy buenos servicios, y que dará un alto y lucido fin a mi carrera. Y ruego a Ud. que si consigo lo que desco, recuerde que el nombramiento de 2º secretario deba recaer en mi sobrino Domingo Arana, que lleva cuatro años de agregado con sueldo, y que es excelente joven, aplicado e inteligente.

No quiero molestar más a Ud. y ofreciéndome a los pies de mi Sra. la Duquesa, se repite de Ud. agradecidísimo amigo y finísimo pariente.

q.b.s.m.

EL DUQUE DE RIVAS

P. D.

Ruego a Ud. no olvide a Zacumit para el consulado de Malta.

NOTA MARGINAL DE NARVÁEZ:

21 de febrero. Que ha obrado muy acertadamente y una prueba de que el Gobierno está muy satisfecho de su comportamiento es el nombramiento de Embajador que le ha enviado; que continúe protegiendo el país, haciéndolo para que la libertad y el orden sean compatibles.

16. Nápoles, 28-II-1848.

Mi queridísimo amigo y pariente: doy a Ud. las más finas y cordiales gracias por mi nombramiento de Embajador. Y puedo asegurar a Ud. que esto y el envío de buques ha hecho un efecto prodigioso y ha asegurado de una manera positiva la influencia española en este país y acaso en toda Italia. Y yo en cuanto alcancen mis fuerzas y mi habilidad aprovecharé la buena posición en que me coloca el Gobierno para llevar adelante la sabia política que se propone en este país.

No puedo ser más largo. Basten, pues, estas cortas líneas para manifestar a Ud. mi gratitud. Es de Ud. siempre sincero amigo y finísimo pariente.

NOTA MARGINAL DE NARVÁEZ:

Que celebro mucho que esté contento y que espero que el pabellón español continuará honrado como merece.

17. Nápoles, 2-III-1848.

Mi amadísimo amigo y pariente: ayer recibí su última de Ud. del 13 del anterior, y ya habrá Ud. recibido una mía dándole las gracias por todo.

Por el despacho que envío hoy verá Ud. cómo he sido recibido por este rey y por todo Nápoles, y por falta de tiempo no le cuento a Ud. otros mil detalles muy lisonjeros.

Mucho, mucho, muchísimo me contenta la aprobación de Ud. a mi conducta en estas difícilísimas circunstancias.

Confío que no se olvidarán ahí de los incalculables gastos, que la situación y el mismo carácter me obligan *indispensablemente* a hacer. Y confío en lo que Ud. me insinúe en este particular.

El vapor se va y no puedo ser más largo. Es y será de Ud. finísimo pariente y agradecido amigo.

q.b.s.m.

EL DUQUE DE RIVAS

P. D.

Ayer llegó la *Villa de Bilbao*. ¡Qué lindo buque! y qué oportuno aquí.

Reservada.

18. Nápoles, 9-IV-1848.

Mi querido amigo y pariente: aunque afligidísimo por la pérdida de mi amada madre, muy aburrido con los negocios de este país cada día más embrollados, y alarmado con las últimas noticias de esa capital, no quiero perder esta ocasión de ponerle a Ud. cuatro letras recordándole mi cariño.

Envío el *Blasco de Garay* a Barcelona en busca de recursos, imposibles ya de encontrarse aquí con el desaliento que ha infundido en todos los banqueros de Europa la crisis financiera de París. Y espero que sin pérdida de tiempo vuelva aquí dicho buque, porque me es absolutamente indispensable en esta bahía el día que se abran las cámaras, que será el 1º de mayo.

Por mi correspondencia oficial y por lo que digo confidencialmente a Sotomayor y Roca, se enterará Ud. del apuro que me ha obligado a desprenderme por unos días de este vapor y lo urgente de su pronto regreso.

No cansaré a Ud. refiriéndole el estado de estos reinos porque en mis despachos, que sin duda, verá con atención, puede conocerlo. Y sólo le hablaré de una cosa peculiar mía y de mi interés privado.

Redúcese a que estoy pereciendo y empeñado hasta los ojos con los gastos indispensables y crecidos a que me han obligado las circunstancias extraordinarias de este país. Y que ruego a Ud. disponga que de un modo u otro se me den de una vez, como ayuda de costa, como socorro de establecimiento de embajador o con el nombre que se quiera, cuatro o cinco mil duros. Cantidad que no hace al país más pobre ni más rico, que no puede parecer a nadie escandaloso, y que puede ingerirse en el presupuesto sin gran dificultad. En cuatro años que he estado aquí de ministro no he puesto nunca cuenta de gastos extraordinarios, pues, aunque alguno ha habido, eran de tan poca monta que me daba vergüenza el mencionarlos. Pero los que he hecho de cuatro meses a esta parte son tan crecidos que no lo soportan mis fuerzas y como son de aquellos de que no se recogen documentos jamás me atreveré a reclamarlos.

Algo le dije de esto a Sotomayor, pero a Ud., con quien tengo más confianza, le ruego que tome con empeño el sacarme del apuro en que realmente estoy, pues, si mañana hubiera o aquí o ahí un trastorno que me obligara a salir apresuradamente de Nápoles no podría verificarlo en un tiempo en que nadie da aquí dinero y en que ni plata ni joyas tienen valor alguno. Disponga Ud., pues, que se me dé de una vez la cantidad dicha y me hará Ud. un inmenso servicio.

Mucho, mucho anhelo recibir noticias de esa y saber si los acontecimientos de Madrid han tenido eco en Barcelona, Zaragoza, Sevilla y Málaga, que son los puntos más ocasionados. Y confío en su energía de Ud. y en su buena estrella, que aunque haya intentonas, triunfará siempre el Gobierno, mucho más teniendo tan de su parte la razón y la justicia.

No quiero molestar a Ud. más, y mi sobrino, que es el portador de ésta, podrá informar a Ud. verbalmente de cuanto ocurre por acá.

Vuelva pronto el *Blasco de Garay*. No me olvide Ud. y ofreciéndome a los pies de mi señora la Duquesa, es de Ud. siempre agradecido y finísimo pariente.

19. Nápoles, 24-v-1848.

Mi queridísimo amigo y pariente: doy a Ud. la enhorabuena por el último y definitivo triunfo ganado en la madrugada del 7 sobre la revolución. ¡Ojalá tuvieran este buen rey y este pobre país un hombre que valiera la mitad de lo que Ud. vale para que los salvara de los peligros que por todas partes los rodean!

En la espantosa batalla que se dio el 15 en las calles de esta capital y

que duró nueve horas se portaron las tropas con bizzarría suma y con enérgica lealtad y dieron una lección terrible a los revolucionarios. Pero el Gobierno nacido de aquel conflicto no tiene ni tanta resolución ni tanta habilidad como son necesarias para asegurar la situación y me temo que más pronto o más tarde, pues esto aún no se puede calcular, vengan nuevos compromisos y nuevos trastornos.

Por lo tanto necesito con urgencia algún buque en la bahía y algún auxilio de dinero. Sin uno y otro difícil me será conservar mi prestigio, hasta ahora muy grande, y salir airoso de nuevos conflictos que no pueden menos de venir según la situación en que se ha puesto la Italia toda.

Mucho siento la pérdida del valiente Fulgoso y según veo en los papeles podíamos también haber llorado la irreparable de Ud.

Cuídese Ud. más, mi General, cuídese Ud. más para sostener nuestra monarquía en medio del trastorno general de la Europa.

Ofrézcame Ud. a los pies de mi Señora la Duquesa y no olvide Ud. a su agradecidísimo amigo y fino pariente.

q.b.s.m.

EL DUQUE DE RIVAS

NOTA MARGINAL DE NARVÁEZ:

Que sería lamentable no se sacara partido de la victoria obtenida en Nápoles últimamente; que con la revolución no hay más camino que re-frenarla con mano fuerte.

20. Nápoles, 17-vii-1848.

Mi estimadísimo amigo y pariente: por mi correspondencia de oficio de esta fecha verá Ud. cómo anda esto y la complicación de los asuntos de este desgraciado país con el nombramiento de rey que ha hecho la Sicilia. En todo anda la mano de Inglaterra que de un modo o de otro se ha propuesto hacer de la Sicilia el Portugal de Italia y asegurarse así el dominio del Mediterráneo. Y como la Francia no puede, en el estado lastimoso en que se encuentra, contrarrestarla, se despacha a su gusto y con una impudencia y un descaro increíbles.

Veo con gusto que en ese país, de un modo o de otro, se va adelante gracias a su energía de Ud. y creo que si logramos vencer la crisis monetaria y escarmentar a los carlistas en las intentonas que sin duda van a acometer, saldremos del apuro y lograremos una situación de desembarazada y muy duradera. Entre tanto, su nombre de Ud. suena con aplausos en toda Europa que ve sola a España permanecer tranquila en medio de este trastorno universal.

Don Pío Gómez de Ayala, archivero en comisión de esta embajada, es el portador de esta carta y va a ésa a poner en claro la cesantía que le fue

asignada en toda regla. Es un anciano de avanzadísima edad y cargado de familia y merece que se le mire con consideración. Se lo recomiendo a Ud. muy particularmente.

No quiero molestar a Ud. más, no me olvide, trabaje para que envíen barcos y dinero y ofreciéndome a los pies de la Duquesa, crea que es muy suyo su apasionado amigo y fino pariente.

q.b.s.m.

EL DUQUE DE RIVAS

NOTA MARGINAL DE NARVÁEZ:

Que he recibido su carta, pero no he visto al archivero, su recomendado, sin duda porque se habrá quedado en Madrid; que siento las infamias que están haciendo con la pobre monarquía napolitana, pero que si se hubieran sacudido las pulgas, como hemos hecho nosotros, la Sicilia no daría los escándalos que presenciarnos; que seguimos bien, etc.

21. Nápoles, 14-IX-1848.

Mi estimadísimo amigo y pariente; por el paquete de ayer no he recibido correspondencia de esa Corte y los periódicos me llegan con mucho atraso. Pero en los papeles franceses he leído con disgusto que se había dado Ud. un fuerte golpe volviendo de la Granja por haberse disparado los caballos de posta. Esta noticia que me ha disgustado, como Ud. puede figurarse, me obliga a escribirle para saber directamente lo ocurrido. Y crea que si no lo hago más a menudo es por no molestarle y distraerlo de sus altas ocupaciones.

Ruego a Ud. que lea atentamente el despacho reservado que con esta fecha dirijo a mi Jefe y en él verá Ud. las infamias que ingleses y franceses están haciendo con este pobre rey para quitarle todos los medios de triunfar de la revolución.

Mucho me temo que al cabo ésta destruirá cuanto existe y hundirá este país en un piélago de desastres, porque aunque tiene elementos de orden le falta un hombre que los sepa organizar y dirigir.

La pobre reina madre, que era excelente señora, murió ayer en Portici. Este rey y toda la familia real están traspasados de dolor.

Cada día me hace más falta algún buque de guerra en este puerto, donde los hay de todas las naciones y en el que convendría mucho en las actuales circunstancias que nunca faltara un pavellón (sic) español.

No quiero molestar a Ud. más, bastando estas pocas líneas para recordarle que es muy suyo su finísimo amigo y pariente.

q.b.s.m.

EL DUQUE DE RIVAS

A los pies de la Duquesa.

22. *Nápoles, 11-XI.*

Mi querido amigo y pariente: tres horas después de escrita la de la misma fecha, ha venido un oficial de la Secretaría a traerme la decoración y el decreto de la Gran Cruz. La de Ud. y de Pidal salen hoy con dirección a Carini.

No tengo tiempo para más, pues se va el vapor.

Envíeme Ud. con el correo y sin pérdida de tiempo la licencia para usar esta decoración de modo que pueda hacer la galantería de presentarme con ella en la Corte el 10 de enero, nacimiento del Rey.

Sabe Ud. lo mucho que lo quiere su amigo y pariente.

ANGEL.

23. *Nápoles, 11-XII-1848.*

Mi muy querido amigo y pariente: aunque hace mucho tiempo que no tengo el gusto de recibir carta de Ud. me apresuro a escribirle ésta para participarle que están puestos a la firma de este soberano tres reales decretos nombrándonos a Ud., al Ministro de Estado y a mí caballeros grandes cruces de la Orden de San Fernando de Nápoles, que es la mayor condecoración de estos reinos y que sólo la tienen en ellos, fuera de los príncipes, seis altos personajes.

Desde que me nombraron Uds. embajador y empezó a conocer el rey el interés que tomaba el Gobierno español en los negocios de este país, pensó en hacer esta demostración de gratitud (lo supe por la pobre Reina Madre, Q. E. P. D.), y pensó hacerlo con el motivo de la apertura de las Cámaras. Pero como ocurrió el 15 de mayo y los desórdenes siguientes no encontró oportunidad. Luego, cuando nos descompusimos, con Inglaterra, no lo pudo hacer porque ésta no creyera que era aplaudir la resolución del Gobierno español. Y ahora se le ha ocurrido o acaso alguien se lo ha recordado.

Lo que puedo asegurar a Ud. es que siempre que me ve me habla de Ud. con el mayor aprecio, concluyendo siempre con decir: "¡ojalá tuviéramos aquí un Narváez!", bien que esta exclamación es general y puede decirse europea, pues es muy frecuente en los labios de cuantos están hartos de los escándalos y de los errores de la revolución y ven con asombro a nuestro país en pie y firme y monárquico en medio de tan deshecha borrasca.

Al mismo tiempo que nos dan a nosotros la Gran Cruz de San Fernando, le envían al Rey la de San Genaro, porque ya tiene la otra, y quieren que tenga todas las condecoraciones de este país.

¿Qué me dice Ud. de lo ocurrido en Roma?... Me parece el acontecimiento más grave de la época y que, de un modo o de otro, va a ser

fecundísimo en resultados. ¡Ojalá pudiéramos poner diez mil españoles en el castillo de Santangelo!...

Aquí se goza de tranquilidad y no temo se interrumpa por ahora porque el ejercito (sic) está bien disciplinado y es lealísimo. Pero la escuadra inglesa seguida humildemente por la francesa no hace más que alentar a todos los rebeldes y que atacan la autoridad del rey y el crédito y buen nombre del ministerio. En todas partes son lo mismo estos ingleses de Lord Palmerston.

Los asuntos de Sicilia creo se arreglen al gusto de ellos exclusivamente y de un modo contra el que no podrá menos de protestar el Gobierno español. Le aseguro a Ud. que es negocio que me da muy malos ratos y en que me desespera el ver a la Francia trabajar con tanto afán en contra de sus más importantes intereses.

Ayer llegó la fragata *Cortés*, ojalá hubiera venido con ella el navío *Soberrano* como se me tenía ofrecido. Es bonita, pero muy chiquita y con esta gente, como con todas, puede mucho la apariencia.

Basta de molestar a Ud., no me olvide y crea que es siempre muy suyo y de veras su amigo y pariente.

q.b.s.m.

EL DUQUE DE RIVAS

NOTA MARGINAL DE NARVÁEZ:

Que todavía no he recibido las insignias, si bien Carini me había anunciado ya la concesión de la cruz, que le felicito por la que a él le han dado; que me parece que el Rey de Nápoles escucha demasiado a los ingleses y a los franceses; que debería desentenderse de ellos y ganar terreno en Sicilia; que le aconseje que marche a su objeto, que hecho le quedará lo que haya; y respecto a Nápoles que tire la cuerda todo lo que pueda que no se deje deslumbrar por las teorías que estamos pensando lo que se ha de hacer con el Santo Padre para que vuelva su Silla.

24. Nápoles, 24-IV-1849.

Mi querido amigo y pariente: recordando que es Ud. elegante y que le gustará llevar en el ojal del frac, el Collarito de la Orden de San Fernando de Nápoles, me tomo la libertad de enviar a Ud. uno del que es seguro de que ni aun el dibujo se encuentra en Madrid. Ruego a Ud., pues, que lo use, como un recuerdo de mi fina e inalterable amistad y para que le sea a Ud. más agradable se lo envío por mano de mi mujer.

* Aquí las cosas van muy bien. La Sicilia toda está ya sometida, y aguardamos por momentos la noticia de la rendición de Palermo, de donde ya se han escapado los jefes de la rebelión y refugiándose en Malta. Los pormenores de todo, con algún otro incidente curioso, puede Ud. verlos en el despacho que con esta fecha dirijo al Gobierno.

La revolución, pues, está completamente ahogada en este reino, y todo se debe al sistema de resistencia, a la lealtad del ejército y al claro entendimiento del Rey. Las descaradas e inmorales intrigas inglesas de nada han servido, como tampoco la absurda política francesa: no se ha roto la *unidad* del reino de las dos Sicilias, y el interés español no ha sido en lo más mínimo lastimado.

No quiero molestar más la atención de Ud. Deseo que mi Sra. la Duquesa haya hecho su viaje con felicidad, y ruego a Ud. me ofrezca a sus pies.

Es de Ud. constante y apasionado amigo y pariente.

q.b.s.m.

EL DUQUE DE RIVAS

NOTA MARGINAL DE NARVÁEZ:

Contestada, 19 de julio. Que recibí a su debido tiempo por la Duquesa y le doy un millón de gracias: que no le he contestado antes por haber estado enfermo y por mis muchas ocupaciones; que celebro que las cosas se • mejorarán en Nápoles; que también se mejora en Roma y por todas partes, y que si hay autoridad en todos los gobiernos y decisión, ésta arrastra la revolución, pero que es preciso apoyar bien las uniones y que así lo aconseje al Rey de Nápoles.

25. *Nápoles, 31-x-1849.*

Mi querido amigo y pariente: Ud. se puede figurar el susto y la confusión que me causaría la inesperada noticia del cambio de Ministerio, y la satisfacción y consuelo la repentina nueva del pronto restablecimiento del gabinete que Ud. preside. Todos estos sucesos tan graves, sin duda, no los hemos sabido aquí, sino por dos vapores, uno arribado el 26, sin más despachos que el dirigido a Bustillo con el nombramiento de Ministro de Marina, sin más cartas, periódicos y noticias; y otro llegado aquí el 29, un pliego sólo para el mismo, sin cartas particulares y sin más periódicos que un diario de Barcelona. De modo que cuanto sabemos es a medias y vagamente, bien que lo principal y más importante que es el que Ud. haya vuelto a su puesto, no nos deja género de duda.

La primera infausta noticia, que se esparció por Nápoles rápidamente, causó una general sensación, ocasionó una baja notable de la bolsa, asustó a este rey y afligió muchísimo al Papa. La segunda grata noticia ha hecho el efecto contradictorio, y los ministros de aquí y todos los individuos del Cuerpo diplomático me han felicitado cordialmente, mirando su vuelta de Ud. al poder como un importante acontecimiento europeo, y una prenda de orden y de tranquilidad.

Aunque en la escasez y confusión de noticias en que estamos (pues ni aun sabemos todos los nombres que componen el abortado gabinete), no puedo juzgar de los acontecimientos ni apreciar la situación. Creo que

esa infeliz intriga y ese impotente esfuerzo contra Ud., debe haber aumentado considerablemente su prestigio de Ud. y su fuerza para gobernar.

Reciba Ud. mi amado General, mi más fina enhorabuena y acuérdesse Ud. siempre de que los sucesos han acreditado tres veces consecutivas, de que es buen profeta su apasionado amigo y pariente.

26. *Nápoles, 4-vi-1850.*

Mi querido pariente y amigo: hace un siglo que no me atrevo a escribir a Ud. no teniendo nada importante que participarle, por temor de molestarle y de distraerle aunque sea un solo momento de sus altas y continuas atenciones. Pero hoy deseoso ya de recordarle mi fina amistad y particular deferencia aprovecho el tener que remitirle la adjunta carta (cuyo contenido ignoro) que me ha sido entregada rogándome encarecidamente la remitiera a Ud. por un tal Marqués de Salvo, agente diplomático napolitano en París hace algunos años, y que dice debió a Ud. gran consideración y aprecio en aquella capital. Es hombre travieso, astuto, entrometido e intrigante.

En este país todo sigue tranquilo y próspero. No se ha abolido la Constitución, pero está suspensa y nadie habla de ella. Las rentas públicas crecen cada día, los fondos del Estado están al 83, el comercio prospera, la cosecha es abundante y el ejército se aumenta, pasando ya de 85.000 hombres y pasado mañana se bota al mar en el astillero de Castellamare un navío de 80 que estará astillado y arbolado para setiembre. Sin embargo, no dejan las sociedades secretas y los emisarios franceses y piemonteses, burlando la vigilancia de la policía, de hacer esfuerzos para conmover el país, pero afortunadamente hallan en él escasos elementos de desorden.

En Sicilia todo va perfectamente y están ya casi borradas hasta las últimas huellas de la pasada rebelión. Y por más que agentes ingleses no dejan de trabajar la isla si consiguen algo será infructuoso, pues es seguro que cualquiera nueva intentona se estrellará en la energía y habilidad del general Filangieri que está dando en Palermo altas muestras de capacidad.

El pasado día de San Fernando fui a Caserta con todo el Cuerpo diplomático a felicitar al Rey. S. M. me prodigó las honras y distinciones que siempre, me preguntó por las reinas con el mayor cariño y luego por Ud. con el mayor interés y consideración, puede Ud. estar seguro de que este soberano es uno de los mayores apasionados que tiene Ud. en Europa.

Le han dado a Martínez de la Rosa la Gran Cruz de San Genaro y me parece oportuno decir a Ud. que este Presidente del Consejo y Ministro de Negocios Extranjeros el caballero D. Justino Fortunato es tal vez el único de su rango en Europa que no tiene la Gran Cruz de Carlos III y por su mano han pasado cuantas este rey ha concedido a nuestros militares y marinos, tal vez si Ud. lo juzga conveniente sería buena dársela cuando el parto de la reina.

A propósito del parto de la reina le diré a Ud. que me parece necesario, indispensable en este país, el que la embajada haga algún festejo digno de

tal acontecimiento. Pero para hacerlo necesitaré que el Gobierno me lo mande y me dé los medios, pues toda mi buena voluntad y todos mis esfuerzos no alcanzan a tanto, cuando estoy sosteniendo a duras penas mi rango de embajador con el mezquino sueldo de Ministro.

Con mucho gusto veo en los periódicos el increíble impulso que está Ud. dando a la marina, parece un sueño el que en España se estén construyendo a un mismo tiempo tantos buques de guerra y sobre todo un navío. El día que tengamos siquiera 12 empezaremos a figurar entre las naciones marítimas. Felicito a Ud. de todo corazón por la feliz ocurrencia de la reina de dar su glorioso nombre de Ud. a uno de los vapores que se están construyendo.

En Roma todo sigue tranquilo y en el Piamonte siguen delirando.

No quiero molestar a Ud. más largo rato; cuídese mucho; continúe impertérrito en sus fructíferos trabajos, despreciando pasajeras borrascas y los aullidos de la impotencia revolucionaria, y no olvide a su verdadero amigo y fino pariente.

q.b.s.m.

EL DUQUE DE RIVAS

P. D.

Es excusado decir a Ud. que en este país estoy cada día más contento y que me lisonjeo de tener la confianza de este soberano y la consideración más distinguida de todos mis colegas.

27. *Nápoles, 12-vi-1850.*

Mi querido amigo y pariente: aquí vienen los chubascos de pronto y no es flojo el que me ha caído encima como verá Ud. por el largo y prolijo despacho que envío hoy. La Duquesa de Berry, la Reina y el confesor han calentado la cabeza de este rey y le han obligado a acoger la idea del matrimonio de Montemolin con la Princesa Carolina. La trama se urde con gran secreto en conciliábulos de familia y sin el menor conocimiento de los ministros. Una palabra imprudente del Conde de Siracusa, que hace aquí la oposición y que forma su sociedad íntima de los descontentos de todos los partidos, descubrió el enredo.

Ud. puede considerar mi apuro y en caso tan impensado he hecho lo que Ud. verá en el despacho. Creo que he cumplido con mi obligación y que aprobará Ud. mi conducta. Hablé como embajador de familia con el Rey y, quedando poco satisfecho de la entrevista en que no me fue posible explicar todas mis quejas, me dirigí como plenipotenciario al Presidente del Consejo, Ministro de Negocios Extranjeros, y nada quedó por decir.

El Rey ha hecho una bellaquería, pues dar acogida a tal proposición hecha por la Duquesa de Berry, en el momento en que los legitimistas franceses creen segura una restauración, da margen a pensar que se conciben esperanzas de mala ley.

La especie apenas está divulgada, solamente se susurra, y el nuncio, que es hombre de gran capacidad, y el ministro de Prusia han venido a verme y están escandalizados de que haya el Rey pensando en tal cosa.

La idea que me sugirió el Rey de que podía ser útil el enlace para sujetar a Montemolin es buscar un efugio en que él mismo no puede creer. Y pensar en tal matrimonio aunque fuere utilísimo para la familia sin consultarlo antes conmigo ha sido una mala jugarreta.

No se puede Ud. figurar el efecto que hizo mi conferencia con el caballero Fortunato, Presidente del Consejo, que es un viejo muy sagaz y entendido, acostumbrado a los negocios, y que se cree omnipotente. Quedó desconcertado y ofendido al ver que tan grave asunto se trataba sin él, convino en todos mis argumentos y me aseguró que trabajaría con todas sus fuerzas para deshacer tan *miserable intriga* e impedir tal *absurdo*.

Creo, pues, que la cosa no pase adelante. El Rey es tímido cuando se le descubre un mal juego y, aunque el poder de la Duquesa de Berry es grande y grande el de los medios de que se vale, me parece que no superarán la indecisión y falta de carácter con que tienen que luchar.

Como me manifestó el Rey que todo dependía de la decisión de la interesada he empezado a trabajar para que le desagrade esta combinación. Pero tiene 30 años, no es bonita, y Ud. sabe lo que son las mujeres.

Deseo con ansia la contestación a mi despacho y las instrucciones claras y terminantes de que necesito. Y, si he obrado bien, pido una aprobación lisonjera que me recompense de las amarguras, ansiedades y malos ratos que he pasado y que estoy pasando.

Volveré a escribir a Ud. en cuanto sepa el resultado de la entrevista del Ministro con el Rey después de mi conferencia.

El vapor parte y no tengo tiempo para más. Ud. sabe lo mucho que le quiere su fino amigo y pariente

CARTA DE NARVÁEZ AL DUQUE DE RIVAS.

28. Madrid, 25-vi-1850.

Mi querido amigo y pariente: hace mucho tiempo que yo creo y digo que las desgracias que en este siglo se aglomeran sobre los pueblos, que los eminentes peligros que los reyes en todas partes corren continuamente y que la inmoralidad que se ha encarnado en la sociedad, todo ello es la consecuencia necesaria de la mala fe de los monarcas y la conducta ratera y falaz que en todas las cosas siguen.

Los monarcas buenos han hecho buenos a sus pueblos y los pueblos buenos a su vez hacen felices a los reyes. Y ¿cómo pueden creer éstos que saben más que todos cuando el verdadero talento está en desconfiar en las propias fuerzas y en creer, porque así es la realidad, que el talento y la suspicacia no tienen límites y que así mientras más alta es la posición social, mientras más intereses hay que comprometer, mayor debe ser la buena fe del hombre

y la lisura de su proceder, único medio de no naufragar en este golfo de pasiones y de ambiciosas miras? Si el Rey de Nápoles cree que le es permitido todo, si cree que en este mundo no debe guardar miramientos, si se cree más astuto y sabio que sus súbditos y que los que no lo somos, que siga su marcha, que arrieritos somos y en el camino nos encontraremos. Si las lecciones que S. M. ha tenido no le han aprovechado porque los sucesos que se las han dado los atribuye a la inmoralidad, no se empeñe Ud. en advertirle de su horror (sic) que ya el mundo y la inflexible ley de las cosas le dirán que ha seguido un mal camino.

No se concibe, mi querido Duque, un proceder semejante y quien así se conduce ni es acreedor a que se le considere amigo ni a que le guarden miramientos de ninguna clase. Si yo me viese en el caso de ocupar un trono y para conseguirlo estuviera obligado a cometer una deslealtad como la que quiere consumir el Rey de Nápoles haría mil pedazos la corona antes que ceder a tan malignas sugerencias.

El casamiento del Sr. Montemolin con la princesa de Nápoles nos importa bien poca cosa y nos causa bien poco cuidado y nos causa bien poco miedo, lo primero porque sólo el Rey de Nápoles lejos de poder dar apoyo ni moral ni físico a ninguna causa se daría S. M. por muy contento de que se le prestase el que ha menester en su delicada y crítica situación en que se halla en los difíciles trances porque todavía tiene que pasar; lo 2º por que Montemolin es ya un cadáver político que todos los esfuerzos humanos no son capaces de galvanizar y mientras más con ostilidad (sic) la presente y mientras más jugarretas haga más se aleja indudablemente del camino por el que sólo podría encontrar remedio a sus desgracias y además Doña Isabel II está tan segura en su trono como lo estuvo Carlos III y a mí me causan risa y compasión sus enemigos y los que creen posible desterrarla. Y ¿sabe Ud., mi querido pariente, cuál es la más grande garantía que tiene nuestra reina?, pues se la diré a Ud. para que se la haga presente a ese monarca por si pudiera serle de alguna utilidad saberlo. La mayor fuerza de nuestra reina está en su carácter bueno, en su franco comportamiento y en su generoso proceder, en su liberalidad sin límites, en que es idólatra de su palabra y en que sigue una política limpia exenta de impertinencias y en que no burla nunca la lealtad de sus ministros. Nada nos importa el proyectado enlace que Ud. ha descubierto, pero nos es sensible que así se falte a la buena fe que se debe a una reina amiga y a este gobierno que ha mirado con la más grande solicitud los acontecimientos que han perturbado el camino del Rey de las dos Sicilias. Este gobierno que ha estado siempre dispuesto a ayudar al Rey de Nápoles con todo su poder e influjo era acreedor a que se le guardasen más miramientos. El Rey de Nápoles que se libertó de la invasión de Garibaldi y de sus dolorosas consecuencias por la cooperación de las tropas de la Reina Isabel no debió nunca hacer cosa que pudiera desagradarla. Pero puesto que S. M. siciliana piensa de otra manera ya lo sabemos y lo tendremos presente para lo subcesibo (sic).

Muchos y graves acontecimientos han de sobrevenir todavía (sic). El

Rey de Nápoles se halla en situación delicada y en España viviremos apercebidos para pagar con la misma moneda con que nos aprecian a nosotros.

Si hay proyectos contra la Reina Isabel ya se nos ocurrirá a nosotros algo y la Sra. Duquesa de Berry, cuyo ánimo inquieto no se lo ha moderado después de tantas cosas como le han sucedido, debería pensar que no es tan fácil el logro de sus deseos como S. A. lo supone. Según parece su conducta de Ud. ha sido acertadísima y muy digna. Haga Ud. las gestiones que le inspire su celo y si nada puede Ud. conseguir para que se desista por ese soberano de un enlace tan extraño, pida Ud. sus pasaportes, dejando encargado de la Legación al secretario y véngase Ud. a Madrid que quien procede tan mal no merece que se le tenga a su lado un embajador de familia y allá veremos quién a quién se causa mayor daño.

De Ud. atento amigo, etc.

R. M. NARVÁEZ

29. *Madrid, 11-VIII-1850.*

Mi querido amigo y pariente: aquí me tiene Ud. ya a su disposición, habiendo sentido mucho no haber tenido el gusto de llegar antes para haberlo encontrado a Ud. en Madrid. Pero he hecho un viaje largo y penoso con malos tiempos y arribadas y luego con dos días de observación en Barcelona.

Mucho deseo ver a Ud. y hablarle largo de los negocios de Italia. Si Ud. lo cree urgente no tengo inconveniente en ir a hacerle una visita.

Cúdense Ud. mucho y ojalá que los baños le aprovechen tanto como yo deseo.

Mil recuerdos de Encarnación y se repite de Ud. fino amigo y pariente.

q.b.s.m.

EL DUQUE DE RIVAS

NOTA MARGINAL DE NARVÁEZ:

Que yo siento mucho también no haberle visto; que deseo hablarle, pero que sentiría se incomodara; que a principios de septiembre estaré en Madrid.

30. *Madrid, 22-VIII-1850.*

Mi querido amigo y pariente: no puedo menos de felicitar a Ud. en sus días, deseando que los baños le hayan sentado y le sienten bien. Y que restablecida su importante salud regrese a ésta lo más pronto posible.

Deseo vivamente ver a Ud. bueno, darle un estrecho abrazo y que hablemos largo de los asuntos de Italia.

Sólo el temor de incomodarle me ha impedido hacerle a Ud. una visita en ésa a pesar de estar harto de viajes, por lo largo y penoso del que acabo de hacer.

Cuídese Ud. mucho, reciba mil cariñosas memorias de Encarnación y de Malvina, y crea que es muy de veras suyo su apasionado amigo y fino pariente.

31. *Madrid, 22-v-1851.*

Mi querido amigo y pariente: ayer se dijo en Madrid y se estampó en los periódicos que había Ud. dado una caída en la escalera de su casa y que se había lastimado bastante. Y aunque añadían todos que afortunadamente no era cosa de peligro, no puedo dejar de manifestar a Ud. mi sentimiento deseando recibir noticias directas de Ud., pues sabe que lo quiero muy de veras.

Esto se va poniendo cada día peor y no hay persona de juicio que no esté con disgusto y con gran temor del porvenir que se presenta harto sombrío.

Dentro de ocho días se abren las Cortes. No me atrevo a pronosticar lo que habrá en ellas. Ud. sabe ya sin duda como se han hecho las elecciones.

Yo me preparo a combatir vigorosamente en el Senado, creo que no faltará en él quien me ayude.

La situación es muy mala y si no salimos muy pronto de ella me temo muy serios trastornos (sic). El disgusto es general y la ansiedad pública crece de día en día; Dios nos saque con bien.

No quiero molestar más a Ud. Reciba finas memorias de Encarnación y de Malvina, cuídese mucho, mucho, mucho, y no dude jamás de que es siempre de Ud. fino y apasionado amigo y pariente.

32. *Madrid, 9-III-1852.*

Mi queridísimo amigo y pariente: con el mayor sentimiento he sabido la dolorosa pérdida que aflige su corazón de Ud. y me apresuro a manifestarle la parte que tomo en su lamentable desgracia. Terrible es ciertamente la que lamentamos, pero es de aquéllas que están en el orden de la naturaleza y a que es forzoso resignarse.

Mucho celebraría no estar tan lejos de Ud. en esta ocasión para acompañarlo y manifestarle mi verdadero cariño y fina y leal amistad. Mi hijo Enrique se une a mí con iguales afectos y me encarga muy particularmente que se lo diga a Ud. de su parte.

No se abandone Ud. en brazos de tan justo dolor y considere que aun hay en el mundo personas que le quieren mucho y muy de veras y no es entre ellas la última su finísimo amigo y pariente.

33. Madrid, 25-VIII-1852.

Mi muy querido pariente y amigo: aunque hace mucho tiempo que no tengo el gusto de recibir noticias directas de Ud., pues no le he escrito por no haber nada de nuevo que decirle, no he dejado de informarme del estado de su salud y hoy le escribo para recordarle mi fina amistad y la de toda mi familia con motivo de sus días de Ud. que se los deseamos muy felices.

Nosotros hemos pasado un verano poco agradable, pues hoy hace tres meses que murió mi suegro, lo que nos ha afectado a todos y causado una profundísima pena en Encarnación y en las niñas, las que están ahora en Deva tomando baños de mar.

Enrique está en los de Eaux-bonnes que le sientan muy bien.

Me han asegurado que viene Ud. a Puerto-llano y luego aquí lo que celebraría mucho para tener el gusto de dar a Ud. un abrazo.

Ud. sabe que es muy suyo su finísimo amigo y pariente.

34. Madrid, 4-I-1853.

Mi muy querido pariente y amigo: me faltan palabras para manifestar a Ud. el placer con que he recibido su amable, cariñosa y sentida carta, pues, aunque sé de Ud. todos los días y aunque todos hablamos largamente de Ud. en el comité, me lisonjea sobremanera el recibir noticias directas de Ud. y tan espresivas (sic) y cordiales.

Visto el mal éxito de su elocuente esposición (sic) de Ud. a la reina se ha resuelto publicarla como debe verificarse hoy y sobre la cual dirige a Ud. una amistosa y deferente carta el comité firmada por todos sus individuos y crea Ud. que los sentimientos que en ella expresamos son los de la generalidad, pues no hay en Madrid quien no gradúe de una escandalosa tropelía lo que con Ud. hace este Gobierno.

La situación desgraciadamente es cual Ud. la pinta y el porvenir no es ciertamente más lisonjero de lo que Ud. anuncia. Le aseguro a Ud. mi amado pariente, que da asco de lo que aquí pasa. Ya sabrá Ud. la separación del comité de varias personas notables, separación que en último análisis pueden servir para aumentar nuestra fuerza moral.

No preveo cuál será el resultado de las elecciones, pero me parece que el Gobierno no saldrá tan completamente servido en ellas como cree, pues es grande el movimiento que hay en las provincias. Y las autoridades no han de querer comprometerse mucho en una situación tan precaria.

En fin, dos meses nos quedan de expectativa, nadie le puede a Ud. privar el que venga al Senado, en él hablaremos, reclamaremos, trabajaremos y haremos los hombres de bien todos los esfuerzos imaginables para cumplir como buenos y leales caballeros, siquiera nuestros esfuerzos sean favorecidos por la fortuna.

Encarnación y Malvina agradecen con el mayor cariño los recuerdos de Ud. y se prometen que esta primavera se verificará la comida en Aranjuez.

Mi hijo Enrique se halla muy lisonjeado de la deferente mención que hace Ud. de él y me encarga le asegure de su respeto.

Y Ud. mi querido General cuente siempre con el particular cariño y verdadera y fina amistad que le profesa su apasionado pariente.

ANGEL.

35. Madrid, 13-I-1853.

Mi querido amigo y pariente; no puedo explicar (sic) a Ud. la indignación con que yo y todos sus amigos y hasta los más indiferentes hemos leído en la *Gaceta* de ayer la incalificable Real Orden con que este Ministerio absurdo contexta (sic) a la sentida y razonada esposición (sic) que dirigió Ud. a S. M. Parece imposible que un Gobierno desacreditado e impotente ostente tan necia audacia y tan enconada demencia. Madrid está escandalizado y este escándalo será general en España y en Europa. La tal Real Orden es la expresión más genuina y exacta de la época que atravesamos de infamia y de desmoralización.

Sus enemigos de Ud. están ciegos y no ven que con semejantes tiros no ofenden su alta reputación de Ud., sino que por el contrario la acrecientan y la popularizan. Oponga Ud. a su furia insensata la calma y la cordura y cada día será más alta su envidiable posición de Ud. Tal vez conociendo lo impresionable y enérgico del carácter de Ud. tratan de ponerlo en el disparador: esté Ud. en guardia y obre con el tacto y prudencia que exigen las circunstancias, seguro de que su triunfo no está lejos y de que su nombre tiene todo el prestigio que merece.

Es desconsolador, mi amigo querido, es desconsolador el que después de 40 años de lucha aún sea la pobre España presa infeliz de infames especuladores que no quieren más gobierno que el que los sacie de oro, ni más hombres que los que se avienen con la deshonor y con el envilecimiento.

No puedo más por hoy ni he querido más que manifestar a Ud. la parte que me cabe en sus negocios. Reciba Ud. cariñosas expresiones de Encarnación y de Malvina y también los respetos de mi hijo Enrique y Ud. no dude de que es muy de veras suyo su fino amigo y pariente.

36. Madrid, 3-IV-1853.

Mi querido pariente y amigo: después de celebrar su feliz arribo a esa capital, el debido recibimiento que ha tenido en ella y la completa restauración de su salud, quiero felicitarle del éxito que ha tenido en el mundo político su exposición ventilada en el Senado. Pues si bien ésta no ha dado al negocio la resolución debida, al cabo se han pronunciado y oído con avidez muy buenos discursos. Su nombre de Ud. ha sido siempre acatado y muy a menudo aplaudido y la última votación (perdida solamente por ocho votos) fue casi un triunfo. Yo he tenido el gusto de haber sido de la

comisión y lo hubiera tenido de hablar si hubiera llegado a discutirse el dictamen del General Córdoba. Pero lo han hecho tan bien Peña Aguayo, Serrano, Ros, O'Donnell y los demás que han hablado que nada ha quedado que decir.

Ya habrá Ud. visto por los periódicos el giro que van teniendo las discusiones y ya habrá Ud. visto y apreciado los proyectos de empréstito y de reforma. Me parece que uno y otro naufragarán en el Senado, aunque le han llenado de inmundicias con los nuevos nombramientos.

La situación se va haciendo cada día más crítica y me temo un mal desenlace. El Gobierno éste es muy inferior a las circunstancias y no sé yo hasta qué punto tengan fe en sus fuerza las mismas personas que lo apoyan y que no pueden menos de conocer el triste papel que hace en el Parlamento y el desprecio con que lo mira el público.

Su hermano de Ud. ha llegado bueno, juró hace tres o cuatro días y se sienta junto a Fonseca, esto es muy cerca de mí.

Cuídese Ud. mucho, pues (como le dije hace muchos años sin equivocar me) aún tiene Ud. que prestar muy grandes servicios a la reina y a la patria. Cuídese Ud. mucho, crea que aquí tiene muchas personas que lo quieren.

Reciba Ud. finísimas memorias de Encarnación y de Malvina y respetuosos recuerdos de Enrique que cada día va haciendo más hombre de provecho.

Adiós, mi queridísimo Duque, sabe Ud. que es muy suyo su fino apasionado amigo y pariente.

q.b.s.m.

EL DUQUE DE RIVAS

37. Madrid, 9-v-1853.

Mi queridísimo amigo y pariente: recibí a su debido tiempo su última favorecida de Ud. después de la anterior que se cruzó con otra mía y no he contestado a Ud. antes por haber estado en Segovia a los exámenes brillantísimos de uno de mis chicos que va a entrar en el Colegio de Artillería.

Esto sigue mal. Ud. conoce a las personas que componen el ministerio Lersundi y podrá hacerse cargo de lo que pueden hacer y de las influencias a que ciegamente tienen que obedecer. Es verdad que han dado algún ensanche a la prensa; que han hecho y tratan de hacer algunas reformas y algunas variaciones en el personal, pero las cuestiones graves, las verdaderamente políticas, las que tienen alarmado al país, quedan en pie y o no quieren o no pueden o no saben tocarlas. Y a pesar de esto es muy poco firme la posición del ministerio para con sus mismos protectores y por esto no lo es ni pueden serlo en la opinión pública.

Parece también que hay grandes dificultades para completar el Gabinete. Y cuando la política extranjera se complica y cuando se espera aquí a un

furibundo diplomático de los Estados Unidos estamos sin Ministro de Estado, como lo estamos sin Ministro de Fomento cuando la cuestión del día es la del embrolladísimo asunto de caminos de hierro. Parece indudable que con el primer puesto han brindado repetidas veces a San Luis y que el segundo pudiera recaer en Llorente... Ya ve Ud. que buen refuerzo. Aseguran también que Salvador Bermúdez anhela reemplazar en ésa a Valdegamas. Y también se ha susurrado estos días de que su vacante se reserva para Ud. con el rango de Embajador.

El director de la situación es indudablemente Salamanca que aseguran está muy desabrido con el Ministro de Hacienda y que es en el día íntimo amigo de Pepito Arana que se ha metido a hombre político y que dicen está haciendo mucho daño y mucho dinero.

Así van las cosas, mi querido amigo, así van las cosas. Y yendo así no pueden tener ningún buen resultado. El descontento es muy grande y en el día se han vulgarizado cosas y nombres de que hace un año nadie osaba hablar sino con el mayor recato y secreto, siendo hoy la conversación corriente en tabernas y cafés y tertulias y corrillos y secretarías y tribunales. Síntoma, como Ud. conoce, malísimo y precursor siempre de grandes trastornos.

Le aseguro a Ud., mi querido pariente, que no me llega la camisa al cuerpo cuando contemplo el estado en que estamos y cuando considero lo fácil que hubiera sido con un poco de prudencia y de buena intención asegurar la calma y el reposo de este pobre país que ha llegado a una situación muy semejante a la que tuvo el imperio de Oriente cuando su disolución y ruina. En fin allá veremos.

Toda mi familia sigue buena y Encarnación agradece en el alma su recuerdo de Ud. y tanto ella como Malvina me encargan muy particularmente mil cosas para Ud. También Enrique se ofrece a Ud. con el mayor cariño y respeto.

Adiós, mi querido General, cuídese Ud. mucho, pues Dios sabe lo que puede ocurrir. Y mande cuanto quiera a su fino amigo y pariente.

ANGEL

P. D.

Dígame Ud. si ha leído en los papeles de aquí mi discurso de recepción en la Academia de la Historia.

38. *Madrid, 23-vi-1853.*

Mi muy querido pariente: recibí su última de Ud. con el gusto que recibo siempre sus noticias lisonjeándome mucho el que aplauda mi discurso de entrada en la Academia de la Historia. La circunstancia de haber sido mi recepción el mismo día que se adjudicaron los premios dio gran solemnidad al acto. Y el haber sido las obras premiadas una memoria sobre

nuestra dominación en América, y otra sobre la batalla de Lepanto, me dieron ocasión de hablar de ambas cosas con el calor con que recuerdo siempre las glorias y hazañas de nuestra miserable y abatida patria que tan grande podía aún volver a ser si en lugar de verse presa de agiotistas y logreros se viera regida por varones de honra, de verdadero valor y de capacidad.

Ya sabrá Ud. que saltó Bermúdez de Castro del ministerio por haber propuesto que antes de completarlo se zanjaran las cuatro grandes cuestiones políticas que tienen al país en ansiedad: la de Ud., la de ferrocarriles, la de los bienes del Príncipe de la Paz y la de reunión de Cortes.

Saltó pues Bermúdez y sin resolverse nada se ha completado el Ministerio con Calderón, que está en los Estados Unidos, y que aunque acepte no puede estar aquí ante de tres meses; con Pastor factotum de Salamanca y con Moyano. Este último nombramiento y su aceptación nos tiene a todos asombrados.

La situación es muy lamentable y aún lo son más las influencias vergonzosas que cada día la empeoran más y más alejando del poder y hasta de benevolencia de la Reina a los hombres de honradez y de probidad que aún pudieran salvarla y salvar al país.

De todos modos creo que la cuestión de Ud. tendrán que resolverla de un medio o de otro y vendrá Ud. aquí y lamentará, como lamentamos todos los buenos, el estado en que está el trono y la nación, aquel alucinado y miserablemente vendido y ésta esquilmada y humillada de un modo escandaloso.

No quiero dejar correr la pluma porque escribiría un tomo entero de lamentaciones.

Reciba Ud. un millón de cariñosas memorias de Encarnación y de Malvina, mil afectuosos respetos de mi hijo Enrique y no olvide Ud. a su apasionado amigo y fino pariente.

39. Madrid, 2-VIII-1853.

Mi amadísimo amigo y pariente: recibí con el mayor gusto su última favorecida que me trajo el Sr. Canseco y he retardado el escribir a Ud. esperando de hora en hora alguna cosa importante que comunicarle.

El ministerio Lersundi está en crisis continua siempre por la cuestión consabida de los caminos de hierro en la que Moyano se mantiene firme. Pero como la decisión urge ya y es imposible aplazarla tiene que terminar muy pronto esta situación. Probablemente Moyano saltará, pero su salida dejará deshecho el gabinete. Háblase y no sin datos de un ministerio San Luis lo que servirá para que durara el embrollo quince días más.

La influencia asquerosa que hoy lo domina todo y cuyo apoyo ¡oh vergüenza! acatan y buscan todos los ambiciosos del momento, inspira y sostiene la absurda y descabellada idea del *golpe de Estado*. El pensamiento sólo de lo que puede decirse en las Cortes, si se abrieran, horroriza y aterra

a cuantos han gobernado y esplotado (sic) esta tierra de desventura desde el advenimiento al poder de Bravo Murillo.

Las noticias que aquí se esparcen de París y en las que siempre suena el nombre de Ud. son contradictorias y se conoce de qué boca salen y con qué intención se propalan. Entre tanto todos convienen en que Ud. sólo puede sacar este país del abismo en que lo han hundido los tres últimos ministerios.

Yo marchó mañana a tomar baños de mar a Cádiz, deteniéndome antes algunos días en Sevilla donde me llaman asuntos de mi casa.

Encarnación, Malvina y las otras niñas marcharon ayer a Deva a concluir el verano. Enrique está hace quince días en el Pirineo tomando los baños de Eaux-bonnes. Pero el 15 de septiembre nos volvemos a reunir en Madrid.

Si durante este tiempo me favorece Ud. con sus noticias o si tiene algo urgente que comunicarme puede Ud. encargar al Sr. Canseco que entregue la carta a mi contador D. Angel de Velasco, persona de toda mi confianza, quien cuidará de dirigírmela con toda seguridad.

Estoy de muy mal humor, preveo muchas desgracias para nuestro país y si no se le pone pronto una barrera serán inevitables.

Adiós, mi querido General, cuídese Ud. mucho y crea que uno de sus más leales y desinteresados amigos que lo estima y quiera de veras es su fino pariente y servidor.

40. Madrid, 24-IX-1853.

Mi querido amigo y pariente: antes de ayer llegué a esta Corte finalizada mi excursión a Andalucía que ha durado dos meses y al dejar la diligencia en Aranjuez para tomar el ferrocarril supe, no sin sorpresa, la mudanza de Ministerio, suceso que llamaba la atención de todos sin contentar a nadie.

Ayer oí hablar a todo el mundo con gran variedad de los ministros, de las influencias por las cuales habían subido al poder, de sus proyectos, del sistema que se proponían seguir, etc. Y no he podido aún formar juicio exacto de la verdadera situación que de cualquier modo que se la contemple me parece peligrosísima y de difícil desenlace.

En este momento veo en el *Heraldo*, periódico ahora semioficial, la noticia de lo resuelto ayer en el Consejo presidido por la Reina. Y en la *Gaceta* leo en este momento los decretos, y entre ellos el dirigido a Ud. relevándolo de la ridícula comisión de Viena. El tal decreto no me gusta, ni su redacción ni su espíritu. De los nombramientos me figuro que no todos serán aceptados.

No tengo tiempo para decir a Ud. más porque me abruman las continuas visitas de bienvenida y porque aún no estoy al corriente de lo que aquí pasa. Sólo le diré que me parece muy mal el estado de cosas y que

según se encuentra la opinión aquí y en las provincias me temo un porvenir muy complicado y desastroso.

Recibí en Cádiz su amable contestación de Ud. a mi anterior en que le avisaba mi viaje y doy a Ud. gracias por su amabilidad.

Encarnación y Malvina llegarán aquí pasado mañana. Enrique está ya aquí y me encarga presente a Ud. sus respetos.

Adiós, mi queridísimo pariente. Sabe Ud. que es su más leal amigo.

q.b.s.m.

ANGEL

NOTA MARGINAL DE NARVÁEZ:

Contestada 1º de octubre. París. Un millón de gracias; que me dispense que no le escriba de mi letra porque no puedo, ya por estar delicado de salud como porque son infinitas las cartas que he recibido y por mis ocupaciones de preparativos de viaje que tengo que levantar una casa y parece tardaré algún tiempo en emprenderle.

41. Madrid, 10-xi-1853.

Mi estimadísimo amigo: habiendo determinado varios Grandes reunirse en ésta su casa para hablar de asuntos de la clase, ruego a V. E. se sirva tomar parte en esta reunión, favoreciéndome con su asistencia el lunes próximo 14 del corriente a las dos de la tarde.

Así lo espera su fino amigo y servidor.

q.b.s.m.

EL DUQUE DE RIVAS

42. Madrid, 12-xii-1853.

Mi queridísimo pariente y amigo: mucho sentí que se alejara Ud. de Madrid sin que me hubiese sido posible ir a Aranjuez a darle un abrazo, pero mis ocupaciones de familia, el mal tiempo y un resfriado con tos muy fuerte, que aún me dura, me impidieron ir a pasar un día con Ud. como le ofrecí.

Sé por los amigos, que hizo Ud. un viaje con felicidad y le escribo para congratularme de ello y recordarle mi amistad.

Por los papeles públicos y por cartas particulares estará Ud. al corriente de cuánto aquí pasa y está pasando: ocurrencias deplorables que no necesitan de comentario.

Encarnación y Malvina me encargan mis expresiones para Ud. y Enrique se ofrece a su disposición.

Páselo Ud. bien, mi querido General, cuide Ud. su salud y no olvide a su fino amigo y pariente.

q.b.s.m.

ANGEL

43. *Madrid, 3-II-1854.*

Mi querido amigo y pariente: como sé la parte que Ud. toma en cuanto pertenece a la familia, me apresuro a participarle privadamente, interín lo verifico de oficio y según etiqueta, que tengo el gusto de casar ventajosísimamente a mi hija Leonor (la más chica).

Ayer tarde me la ha pedido el Marqués de Heredia, Grande de España, joven de 22 años, de linda figura y de excelente educación y yo inmediatamente se lo comunico a Ud. por haber quedado el negocio arreglado y fijada la boda para mayo próximo.

Estamos en ésta su casa llenos de satisfacción como Ud. se puede figurar, templándonos ésta otras penas y disgustos.

Encarnación, Malvina y Enrique me encargan tantas cosas para Ud. Y se repite siempre su finísimo amigo y pariente.

q.b.s.m.

ANGEL DE SAAVEDRA

44. *Madrid, IV-1854.*

Mi estimado amigo y pariente: Tengo el gusto de participar a Ud. el ajustado casamiento de mi hija Doña Leonor de Saavedra y Cueto Ramírez de Baquedano y Henríquez de Luna con el Excmo. Sr. Marqués de Heredia, Grande de España, honorario, y si, como no dudo, merece este enlace la aprobación de Ud. será completa mi satisfacción.

Con espresiones (sic) de la Duquesa mi mujer, se ofrece a Ud. con el mayor afecto su fino amigo y pariente.

q.b.s.m.

EL DUQUE DE RIVAS

45. *Madrid, 12-I-1855.*

Mi muy querido amigo y pariente: hace un siglo que no tengo el gusto de recibir noticias directas de Ud., aunque sé que está bueno y tranquilo. Yo también disfruto de ambas ventajas, aunque desde que escribí a Ud. participando la boda de mi hija he corrido grandes borrascas y apurado muchas amarguras.

Pasé el fin del verano en Bayona, donde me detuve algunos días, sabiendo que debía Ud. pasar por allí para tener el gusto de dar a Ud. un abrazo, pero Ud. retardó su viaje y yo tuve que regresar a Madrid.

Sé que mi hijo Gonzalo, de vuelta de la Habana, tuvo el gusto de encontrarse con Ud. y de ofrecerle sus respetos.

Estamos atravesando una penosísima situación de la que Dios sabe cómo saldremos y es general el mal humor y no es pequeño el desaliento. Jamás este desventurado país ha estado tan amenazado de un cataclismo.

Yo hago una vida muy retirada ocupándome de la corrección y publicación de todas mis obras. Pero en el día ni hay impresores más que de periódicos ni lectores más que de paparruchas.

La familia sigue bien, aunque con el disgusto de que hayan quitado de la Legación de Prusia al marido de mi hija Octavia.

La Duquesa y Malvina me encargan mil cariñosas memorias para Ud., lo mismo que mi hijo Enrique que cada día tiene más talento, escribe mejor y es más hombre de provecho.

Todos deseamos que restablecido Ud. de sus dolencias vuelva por acá y más que nadie su fino amigo y pariente.

q.b.s.m.

ANGEL

46. Madrid, 20-III-1855.

Mi querido pariente y amigo: aprobado el conducto seguro de el dador, para escribir a Ud. un poco más largo que lo he hecho hasta ahora, temeroso de las circunstancias difíciles en que nos encontramos ambos, y de la completa inseguridad de la correspondencia. Y aunque creo que estará Ud. al corriente de todo, y que recibirá muy a menudo noticias exactas de cuanto aquí ocurre, quiero yo también dárselas, con la lealtad e interés que Ud. reconoce en mí y con la veracidad de quien conoce las cosas y las personas y que se halla fuera del torbellino y de mero espectador de las ocurrencias.

La situación creada en julio se arrastra rápidamente a su fin, y sin que evitarlo puedan los que tanto interés tienen en sostenerla. Un Gobierno que ni sabe ni quiere ni puede gobernar, pero a quien la Corona no está en posibilidad de despedir y una asamblea que ni sabe ni quiere ni puede constituir y a quien no hay medio legal de disolver, han colocado, es verdad, al país en un callejón sin salida. Pero los desaciertos del Gobierno inamovible y la violencia, la ignorancia y la imbecilidad de las constituyentes indisolubles están agitando ya el terremoto que muy pronto desplomará el callejón sin salida, dejando de nuevo al país en posición de mirar por sí y de seguir nuevo rumbo. La opinión general en toda España está ya pronunciada contra el Ministerio y contra la Asamblea. La falta de recursos es espantosa, completa la desorganización administrativa, más grandes que nunca el favoritismo y la inmoralidad, pero afortunadamente en tanto desconcierto el ejército se conserva intacto, unido y disciplinado.

Sí, la situación actual se desploma y muy pronto por sí misma. La reacción llega de suyo y el poder y la mejor ocasión de ejercerlo con energía y aprovechamiento viene a manos de la reina con aplauso general.

De todos los hombres políticos cuyos nombres suenan como capaces de levantar el país y de acabarlo de sacar de las manos de la revolución es el primero el de Ud. y casi estoy seguro de que será Ud. quien lo haga, porque confío en mis predicciones continuas. Recuerde Ud. que en todas las

ocasiones desgraciadas le he escrito que la Providencia le tiene destinado a hacer grandes servicios a la reina y la patria y ahora con más razón que nunca repito y refuerzo mi profecía.

Esté Ud., pues, alerta porque la ocasión está inminente y llegando el momento esté Ud. seguro de que tiene de su parte la opinión general y a su lado lo más granado y lucido del país.

No crea Ud. que lo lisonjeo con sueños y delirios de mi buen deseo. Le digo a Ud. lo que estoy viendo y tocando. La situación se desploma muy pronto. El país está sediento de reparación y de gobierno. El prestigio de la reina ha crecido mucho y la opinión general y la de las gentes de importancia lo designa a Ud. como el solo que pueda restablecer el orden en este presidio rebelado.

No quiero dilatar me más, siento mucho que nuestra correspondencia sobre estas materias no pueda ser tirada y frecuente, pues le comunicaría a Ud. muy buenas cosas y útiles avisos.

Memorias de Encarnación y de Enrique y Ud. sabe que es de veras suyo su pariente.

47. Madrid, 26-II-1856.

Mi muy querido pariente y amigo: he sentido que para hacerme un encargo, que le podía ser a Ud. agradable se haya valido de persona intermedia, sabiendo que puede disponer de mí y de mi inutilidad con toda confianza, seguro de que nadie hay que lo quiera a Ud. y lo aprecie más que yo.

En cuanto el amigo Seijas me enteró de lo que Ud. deseaba de mí, pasé a ver al Sr. La-Serna y me interesé vehementemente por el Sr. Torres y Campos en el consabido asunto. Y el Sr. La-Serna me manifestó que tenía el más vivo interés en favorecer a Torres, tanto porque sabía ya que tenía deudo con Ud. cuanto porque se lo habían recomendado muchas personas. Pero que el sumario es fatal, y de que de él resultan datos, que le impiden con gran disgusto suyo, complacerme a mí, y a las muchas personas importantes que se interesan en este negocio.

Es mi querido pariente cuanto puedo decirle a Ud. de él, y ya puede Ud. figurarse el interés y empeño con que hube hablado en el particular.

Estamos pasando un tristísimo invierno (sic), por más que el carnaval haya sido bullicioso, y no hay ya paciencia que baste.

Encarnación y Malvina me encargan mil recuerdos para Ud. y Enrique muy particularmente, pues es tan apasionado de Ud. como lo es su finísimo pariente y verdadero amigo.

q.b.s.m.

ANGEL DE SAAVEDRA

Reservada.

48. Madrid, 5-v-1856.

Mi amado amigo y pariente: no he escrito a Ud. hasta ahora largo, contentándome con hacerle algunas indicaciones por conducto de Canseco, por no haber sido posible otra cosa. Pero hoy por nuestro amigo San Carlos voy a extenderme y a poner a Ud. al corriente de todo, aunque verbalmente lo hará con acierto el portador.

En cuanto recibimos los primeros mensajes de Ud. por Bravo y por Gutiérrez, nos reunimos, vimos a los generales y empezamos a trabajar; teniendo que empezar la obra con mil dificultades, porque no había nada hecho, ni nada preparado, más que los buenos deseos de todos. Empezamos a apoderarnos del ánimo de la reina, que desde luego y constantemente manifestó con la mayor decisión, *que en Ud. y sólo en Ud. tenía depositada su confianza y que Ud. era el único capaz de levantar su trono y de arreglar este país.*

Llegó últimamente San Carlos con nuevas instrucciones. Nos comunicó el plan de lo que se podía hacer en Madrid; y después de muy examinado, y de examinados detenidamente los medios de ejecución, nos pareció difícilísimo de ejecutar y de muy incierto resultado. Y que solamente podría acaso tenerlo feliz preparado muy de antemano, y ejecutado personalmente por Ud., pues sólo su prestigio, su capacidad, su arrojo y su fortuna estaban en el caso de electrizar al país y amilanar a los enemigos; de combinar acertada y seguramente la operación; de arrostrar los obstáculos impensados del momento y de animar a todos. Pero la intentona puesta en manos secundarias podía fracasar y perder la monarquía.

Convencidos de esto pensamos, para dar a Ud. la autorización y poder necesarios para preparar lo que creyese más oportuno, que la reina le enviara una carta autógrafa mandándole obrar; llamándole en su defensa y amparo; dándole el mando de todas las fuerzas españolas y autorizándolo para negociar, buscar recursos, etc. Se lo propuse yo y ella aceptó gustosísima la idea y me mandó extenderle la minuta de la carta. Se la llevé cinco días después, la aprobó y elogió, pero me dijo que suspendería el darme el autógrafo hasta ver qué hacía O'Donnell, pues por la primera vez le había insinuado estar dispuesto a salvarla y a sacar el país de la dominación de Espartero, pero que estuviéramos seguros, añadió la reina, de que cambiada la escena se echaría en brazos de Ud. porque Ud. sólo sabía y podía gobernar. Varias veces hemos visto todos a la reina para quitarle la confianza de que O'Donnell pueda hacer algo. Pero cada vez la encontramos más confiada y creída en que él puede hacerlo con más facilidad que nadie (idea muy generalizada en Madrid y en toda España). Y firme en esta idea y esperando que se realice de un momento a otro siempre nos dice, que en cuanto cambie la situación se la entrega a Ud. y sólo a Ud. Este es el estado de cosas en este momento como con más pormenores le dirá a Ud. el por-

tador de esta carta, siendo notable la comisión que éste lleva de dar las gracias al Emperador por los obsequios que dispensa a Ud.

Yo creo no engañarme. Si O'Donnell da el golpe el poder va a manos de Ud. Si no lo da, la reina se echa en brazos de Ud. y Ud. podrá combinar una manera de salvar este país y de dar vida a los grandes elementos que aún existen para asegurar su suerte. Pero como hace dos años que Ud. falta de él y recibirá sin duda mil noticias contradictorias, permitirá Ud. a mi cariño, a mis canas y a mi larga y dolorosa experiencia, que le añada varias especies que pueden ser importantes.

Este país ha perdido mucho desde que Ud. le dejó. El trono y el nombre de la reina producen poco entusiasmo, las gentes se han acostumbrado a que no funcione. El prestigio de la religión anda muy escaso, la rápida y elevada venta de los bienes del clero últimamente vendidos lo prueba. Las ideas socialistas cunden hasta en las últimas aldeas. El principio de autoridad está completamente desconocido. Se necesita un brazo de gigante para levantar el país y sacarlo del fango en que está hundido y creo que no es tiempo de hacer alarde de liberalismo ni de tolerancia ni de querer reponer las cosas a 1845.

Esto requiere una reforma radical, dejar del constitucionalismo lo indispensable, y despojándolo de parlamentarismo y todo boquete por donde pueda volver a asomar la cabeza el progreso y con él la anarquía.

El odio a la Reina Madre es general. Ni la reina misma quiere que vuelva jamás a España y cualquiera condescendencia con ella, cualquiera promesa para el porvenir, cualquiera esperanza de abrirla un día, aunque remoto, la puerta de este país, si se trasluciese, invalidaría completamente cuanto se intentase hacer aquí en estos momentos. Lo mismo sería la nueva comunicación con los polacos, esto es con los jefes. Sobre este punto no transigen ni tirios ni troyanos, ni aun la reina misma. No se diga pues que se va a crear una situación para todos, en que todos quepan, etc. Esto debe hacerse, pero no puede decirse y menos propalarse de antemano. En resumen: no se puede hacer alarde de *liberalismo parlamentario*, de que están hartos en España cuantos nos han de ayudar. No se puede demostrar deferencia ni con la Reina Cristina y Riansares ni con los llamados polacos, porque con razón o sin ella son personas odiadas generalmente y cuyos nombres sólo nos disminuirían partidarios y valedores.

No puedo ser más largo. Enrique le dice a Ud. que tenga ésta por suya, pues contiene las mismas ideas y la misma relación que él le hubiese expuesto.

Memorias de la Duquesa y de Malvina y un abrazo de su apasionado amigo y pariente.

ANGEL

P. D.

El ejército está en el mejor sentido y harto de la milicia nacional. Los trescientos o cuatrocientos oficiales del remplazo, en que se encuentra la

flor de la juventud, están dispuestos a todo. Cartagena y Cádiz son dos puntos completamente nuestros.

Perdone Ud. las enmiendas y borrones porque he escrito muy deprisa (sic).

49. Madrid, 20-v-1856.

Mi querido amigo y pariente: hoy marcha Malvina a París para pasar una temporada con Octavia y no quiero perder esta ocasión de poner a Ud. cuatro letras.

La situación sigue lo mismo. La Reina confiada en que la concluye O'Donnell; y las gentes sensatas creyendo que nada hará, aunque cuenta con todos los elementos necesarios para hacerlo.

Espartero ha ido en marcha triunfal, con pretexto de inaugurar caminos de hierro, de Valladolid a Logroño, de allí a Pamplona, luego a Zaragoza y regresó el viernes último, advirtiéndose que al fin de su viaje se ostentaba cada día más monárquico. Al mismo tiempo y durante su ausencia O'Donnell ha tratado con el mayor despego a las Cortes y a los diputados, ha pasado revista a los cuerpos de la guarnición y a los que se acantonan en estas inmediaciones, ha habido brindis significativos, entusiasmo en oficiales y soldados y no pocas fanfarronadas en los generales y vicalvaristas.

Vuelto Espartero todo ha entrado en Caja y aún se asegura que han vuelto a estrecharse los vínculos entre él y O'Donnell y que como ambos esperan (como cada cual dice a los suyos) el verse ofendido y tener pretexto, todo seguirá así hasta la cuestión de la disolución del Congreso, cuestión que se aplazará lo posible o que se resolverá por sí misma yéndose los diputados a veranear.

Entretanto la Reina cree lo contrario y espera con fe viva un próximo y feliz desenlace, asegurando siempre que en cuanto se verifique llamará a Ud. inmediatamente, porque Ud. sólo es capaz de afirmar su trono y de gobernar este país. Siempre, siempre repite esto y la última vez que la vi, hace seis días, me encargó se lo escribiese a Ud. y que le dijera, *que Ud. era su esperanza y que lo aguardaba a Ud. como al agua de mayo* (frase suya).

En fin, veremos lo que dan de sí estos días que aún faltan de mayo, aunque yo no espero nada. ¡Y qué tontería! El ejército todo y la parte rica y pensadora de la nación están deseando ver por tierra la dominación actual y aunque inerte y cobarde, seguiría el movimiento dado por la tropa y cambiaría todo de aspecto.

No puedo ser más largo, mil finas memorias de Enrique y de Encarnación y Ud. sabe lo mucho que lo quiere su amigo y pariente.

50. Madrid, 9-vi-1856.

Mi muy querido pariente y amigo: he recibido su amable contestación por conducto de Malvina, y vuelvo a escribirle para tenerlo al corriente de lo que aquí pasa.

Como creíamos sus amigos de Ud. y Ud. mismo, nada ha hecho hasta ahora O'Donnell, desperdiciando la buena voluntad y confianza de la Reina, la decisión del exercito (sic) y el abatimiento de los progresistas. En la ausencia de Espartero visitó cuarteles, pasó revistas, habló a las tropas, brindó con los oficiales, y todos creyeron que iba a hacer algo. Volvió Espartero y todo se convirtió en humo. La Reina se desesperó, los militares quedaron chasqueados, y los que en público y en secreto habíamos sostenido constantemente que nada haría O'Donnell, con el disgusto de haber acertado.

Así las cosas, hace pocos días se promovió, como Ud. sin duda sabrá ya, y habrá visto en los periódicos, la cuestión sobre Ros, y la Dirección de infantería, cuestión en que fue vencido O'Donnell, por más que él y los suyos propalen que han ganado, poniendo a Serrano en la Capitanía General, que es el puesto importante y el necesario para dar el golpe con más seguridad y acierto. En tanto nada se hace y pasan días y días en que no se deciden los espartistas, de acuerdo con su jefe. Lo que es indudable al ver dirigir los tiros de los progresistas Allende Salazar, La Rúa y otros tales, que son los humildes esclavos del funesto Duque, y cada día aparece en las Cortes alguna proposición u ocurre algún incidente para promover una crisis.

Aún hay quien espera algo, y entre los que esperan aún está la Reina, viendo aproximarse tropas a Madrid so pretexto de las maniobras que un día de éstos se van a hacer en los campos de Carabanchel.

Yo y mis amigos persistimos en no esperar nada de O'Donnell, aunque su situación es ya muy deleznable y grande la presión que ejerce en el espíritu en que está el ejército, las exigencias de la Reina, la ansiedad general, y el peligro inminente en que él mismo se encuentra de ser víctima de un golpe de mano.

En fin, si algo resulta de lo apurado de la situación, creo como Ud. que este algo será malo, y de ningún modo una cura radical, pero podría dar paso para otra cosa, pues disueltas las Cortes revolucionarias, y deshecha la guardia nacional, faltan los apoyos de Espartero y del desorden constituido en sistema, y puede facilísimamente establecerse un Gobierno que acabe con el estado insoportable, degradante y ruinoso en que nos ha puesto la revolución.

De todos modos repito a Ud. lo que le he dicho cien veces. La Reina está decidida a llamar a Ud. en cuanto esto cambie. Hace pocos días me lo volvió a decir encargándome se lo escribiera a Ud. como lo verifico.

El papel se acaba y voy a concluir asegurándole que estoy a la mira

de todo, que le tendré a Ud. al corriente de todo y que es siempre suyo su fino amigo y afectísimo pariente.

ANGEL

Memorias de Encarnación y de Enrique.

51. Madrid, 23-VIII-1856.

Mi amadísimo pariente y amigo: ayer llegué de vuelta de Andalucía, donde he pasado mes y medio; y donde me cogieron, estando en Cádiz, las graves y trascendentales ocurrencias, que felizmente han cambiado la faz de nuestro país y que diestramente aprovechadas (sic) podrán hacer y asegurar su felicidad. No he escrito a Ud. durante mi viajata porque nada importante tenía ni podía decirle y porque sabía muy a menudo de su salud por conducto de mis hijas. Pero ahora ya de asiento en Madrid no dilato un momento el participarle que me tiene aquí de nuevo a su completa disposición y deseando muy de veras el darle un abrazo.

No le hablo a Ud. de política, porque aún no he visto a los amigos y no estoy al corriente. Ayer tuve la honra de besar la mano a S. M. y el gusto de encontrarla tan resuelta y decidida como cumple a su real ánimo y magnánimo corazón.

Enrique, a quien no le ha sentado bien el viaje, se ha quedado en Cádiz convaleciente de unas calenturillas nerviosas de poco cuidado; Gonzalo, el que fue como ya sabe Ud. a Málaga, es el que ha venido conmigo. He pasado por Granada y por Loja, en la cual ya puede Ud. imaginar cuánto me habré acordado de Ud.

Encarnación está muy buena y marcha dentro de dos días con Leonor y Malvina a Deva.

Ud. sabe que tiene en mí un pariente y amigo que lo quiere y lo estima mucho y que desea verlo aquí pronto, pronto.

Memorias a González Bravo y se repite de Ud.

52. Madrid, 15-IX-1856.

Mi querido amigo y pariente: aprovecho la marcha del dador para ponerle a Ud. cuatro letras; aunque él mismo le informará a Ud. de cuanto aquí pasa. La situación se desmorona por más puntales que quieran ponerle. La opinión la combate y es general el descontento, la contradicción entre las cosas y las personas no es elemento de estabilidad.

Se eligió la cuestión de desamortización como imposible de resolver por los hombres del poder, pero nos hemos llevado el chasco, y aunque a regañadientes pasaron por ella y se plegaron a la exigencia. Ahora va a presentarse la del restablecimiento de la constitución de 1848, *sin adiciones* como ellos querían y sospecho que se avendrán a ello. Conocen que cada exigencia de éstas es una zancadilla y se han propuesto no tropezar en ellas.

El deseo de ver a Ud. aquí es general, y esta gente que conoce que su presencia de Ud. le mata sin remedio, tratará de alejarla todo lo posible, y sospecho que tratan de que vaya Ud. a Rusia con misión extraordinaria y brillante.

La Señora a quien vi ayer y a quien vio antes de ayer Cándido, persiste en que Ud. y sólo Ud. puede establecer un gobierno sólido y duradero. Y nos asegura que desca vehementemente, ocasión oportuna para ponerse en manos de Ud. Que esto ha de suceder es indudable. Desgraciadamente ayer no pude hablar largo tiempo con la Señora, y estaba delante su marido, por lo que no estuvo tan explícita y terminante como lo está cuando me habla a solas.

De todos modos, créame, el porvenir (esto es un porvenir muy inmediato) es completamente suyo, tal es la fuerza de las cosas.

Cándido ha pasado la mañana conmigo, y estamos completamente de acuerdo y dispuestos a empujar la buena voluntad de la Señora, aprovechando todas las favorables circunstancias, deshaciendo los inconvenientes que puedan atravesarse.

No puedo ser más largo. Enrique sigue en Cádiz, aún no restablecido completamente. Encarnación está en Deva.

He sentido no servir de *hombre bueno* en el juicio que ha entablado Ud. con sus infames detractores, pues es muy de veras su amigo y cariñoso pariente.

ANGEL

P. D.

Abro la carta para decirle a Ud. que persona bien informada, me ha dicho, que habiendo sabido los ministros que estaba reservada la zancadilla de *exigir* su vuelta de Ud. lo han determinado anoche, y están resueltos a avisar a Serrano que le dé a Ud. pasaporte.

53. 6-IV-1857.

Mi querido amigo y pariente: el *comité* electoral que he presidido nos ha encargado a Puñonrostro, a Altamira y a mí de presentarnos en comisión a Ud. para felicitarlo del buen resultado de las elecciones, y ofrecerle los respetos del *comité*. Y ruego a Ud. se sirva indicarme el día y hora, en que le sea menos molesto recibirnos.

Sabe Ud. que es suyo muy de veras su amigo y pariente.

q.b.s.m.

ANGEL DE SAAVEDRA

NOTA DE NARVÁEZ AL DUQUE DE RIVAS.

54. 27-VII-1857.

Celebraré que haya hecho buen viaje. El remplazo de Mr. Turgot si pudiera ser por Mr. Maupas. Que procure disponer favorablemente el ánimo del Emperador y Emperatriz respecto del Gobierno Español. Que haga conocer los elementos socialistas que existen en España, la organización con alianzas en Francia y la necesidad que hay de ponerse de acuerdo los dos gobiernos y de ayudarse mutuamente para extirpar de raíz esta mala yerba (sic). Que hable al Emperador de nuestra cuestión con México y que la mediación que hemos admitido de la Francia y la Inglaterra tenga un pronto y feliz resultado.

MINUTA DE NARVÁEZ AL DUQUE DE RIVAS, QUE COMPLEMENTA LA ANTERIOR.

55. Madrid, 27-VII-1857.

Mi muy querido amigo y pariente: Yo tendré sumo gusto en saber que ha llegado Ud. bien a esa capital y que ha hecho su viaje con felicidad completa.

Sin aguardar a recibir carta de Ud. le escribo para recordarle el asunto del remplazo de Mr. Turgot: debe Ud. hacer todo lo posible para que le sustituya en esta embajada Mr. de Maupas.

Sin perjuicio de esto le encargo a Ud. muy particularmente que procure Ud. disponer favorablemente el ánimo del Emperador y la Emperatriz respecto al Gobierno Español.

Otro de los cuidados en que Ud. debe ponerlo mayor es el de hacer conocer ahí de un modo claro y evidente los muchos elementos demagógicos y socialistas que existen en España; la organización de estos revolucionarios y sus alianzas en Francia; en fin la urgente necesidad que hay de que se pongan de acuerdo los dos gobiernos y de que se ayuden más y lealmente para extirpar radicalmente esta mala semilla.

Doy por supuesto que no olvidará Ud. hablar al Emperador de nuestra cuestión de México. Yo confío en que con su buen talento y perspicacia hará Ud. de modo que la mediación que hemos admitido de la Francia y la Inglaterra nos sea de utilidad y tenga un pronto y feliz resultado.

Deseo que su salud no haya sufrido alteración y que Ud. acepte la seguridad del distinguido afecto, etc.

56. París, 1º-VIII-1857.

Mi amado amigo y pariente: he recibido su amabilísima carta del 27 que he agradecido mucho. No escribí a Ud. a mi llegada por miedo de molestarle no teniendo nada interesante que decirle y lo hice a Pidal encargándole le leyera a Ud. mi carta.

Muy contento estoy aquí y me parece que he entrado con buen pie, ayer fue mi primera entrevista con Walewski, el Ministro de Negocios Extranjeros, y estuvo conmigo lo más atento y expresivo posible, me dijo que el Emperador había acogido mi nombre con gran satisfacción y que miraba mi elección como una prueba de la deferencia de la Reina y del Gobierno y me añadió estas mismas palabras: *sovez en sure, mon cher duc, nous sommes très bien dispoées pour vous et pour le Gouvernement presidee par Mr. le Marechal Narvéez*. Yo le di las gracias asegurándole de la fiel amistad de la Reina por el emperador y de las consideraciones que le profesa a Ud. Pasó la conversación a su familia y, hasta cordial, me llevó al cuarto de su mujer. Allí hablamos de Nápoles (donde fuimos colegas), allí me repitió que el emperador estaba muy contento, *enchanté*, con mi nombramiento y me dijo que era necesario que fuera yo aquí tan amable como en Nápoles y que les diese este invierno tan bonitos bailes como daba allí...

Mañana domingo me recibe el Emperador con toda ceremonia, acaba de anunciármelo personalmente el gran maestro de ceremonias de la casa imperial, vendrá S. M. de St. Cloud a Tullerías para este acto a las tres de la tarde.

No olvido ninguno de los encargos de Ud., no creo difícil la remoción de Turgot, no parece que está bien ni con el ministro ni con la emperatriz. Sólo el Emperador tiene con él los miramientos que con todos los que le ayudaron al golpe de estado. Yo con seguridad y reserva trabajaré y me lisonjeo de que no será en balde. La insinuación de que nos convendría Maupas la haré con oportunidad y sin que aparezca exigencia. En cuanto me toque la cuestión del estado actual de nuestro país aprovecharé la coyuntura para indicar lo que importa el cambio de agente. Descuide Ud.

Sobre la cuestión de México, de que ya he recibido los antecedentes, estaré alerta y veré de interesar vivamente a este Gobierno, aprovechando el buen efecto que ha hecho mi venida.

Todas las personas importantes se apresuran a dejar a mi puerta sus tarjetas, y entre ellas señorones del Faubourg Saint Germain.

Me es imposible seguir viviendo en esta pocilga, chica, fea y carísima. Estoy buscando donde establecerme a lo menos con decencia, pero es todo tan caro, tan caro... Si el Gobierno me ayudara un poquito podría tener un hotel regular y como conviene al decoro de un embajador español y de un Grande de España. Se acabó el papel. Mis hijas Octavia, Malvina y Corina me encargan dé a Ud. sus recuerdos. Y es de Ud. con toda sinceridad y cariño su amigo y pariente.

ANGEL

57. *Paris, 2-VIII-1857.*

Mi amado pariente y amigo: son las cinco, vuelvo en este momento de prestar mis credenciales y no tengo tiempo para más que para firmar el despacho que envío a Pidal y para decirle a Ud. que he sido magníficamente

recibido y con las muestras más lisonjeras de consideración y más cordiales de benevolencia.

El aparato ha sido extraordinario, el Emperador después de la ceremonia se acercó a mí, me dio la mano, me preguntó por la Reina, luego por mi familia, y me habló de los sucesos de Andalucía mostrándose contento de su desenlace y de que hubieran contribuido a aumentar la fuerza y el prestigio del Gobierno.

En seguida he dejado las tarjetas de costumbre a los embajadores y en este momento son las 5^{1/2} y no puedo tardar el cierre de los pliegos.

Mañana escribiré a Ud. más largo.

Sabe Ud. que es suyo muy de veras su pariente y amigo.

58. *Paris, 6-VIII-1857.*

Mi amado pariente y amigo: como estoy ocupado en presentaciones y etiquetas, esta mañana me ha recibido el Príncipe Napoleón y esta tarde me recibirá el Príncipe Gerónimo.

El Emperador marchó ayer a Osborn y me seca un poco el que la Emperatriz se ha ido sin recibirme, diciendo lo hará a su vuelta. Hubiera yo deseado un poco de una promesa de su parte, y no sé a qué atribuir esta frialdad; a su vuelta lo veremos.

Por lo demás cada día estoy más lisonjeado. Sé que le gusté mucho al Emperador y que me elogió mucho el día que me presenté. Walewski, me ha visitado dos veces y una de ellas que lo recibí, se redujo a elogios de Ud. y de la habilidad con que lleva la situación.

Todos los embajadores me han vuelto la visita y me la han hecho también casi todos los altos funcionarios y muchas gentes de noble Feou-bourg (sic).

En el *Constitutionnel* de hoy (jueves 6) viene un artículo de fondo, de Granier de Cassagnac, que recomiendo a Ud.; no se lo envié para no abultar estas cartas, y porque en ésa lo tendrá el *León Español*, donde creo debe aparecer la traducción.

La ida de los Emperadores a Osborne, dícese que es para tratar de disolver el Club de Londres, ofreciendo, si es necesario, alguna compensación en la India; por esto ha ido con SS. MM. el Ministro de Negocios Extranjeros.

El cambio de gabinete en Turquía es favorable a las intenciones de la Francia con respecto a los Principados.

El 10 regresará la corte, y entonces entablaré todos los negocios con actividad.

Estoy tratando de mudar la Embajada a un hotel a lo menos decente. La miseria de esta casuca no está en armonía con la importancia que han dado aquí a mi persona.

Ayer noche llegó González Bravo; le he visto un momento esta mañana y aún nada hemos podido hablar.

Nada más tengo que añadir, quedando siempre de Ud. su apasionado amigo y pariente.

59. *París, 9-VIII-1857.*

Mi querido pariente y amigo: Ya he averiguado la causa de no haberme recibido la Emperatriz antes del viaje a Osbrn, y no quiero retardar el comunicárselo a Ud. Estaban como Ud. sabe en St. Cloud. El Emperador dispuso venir con la Emperatriz a París y a la hora de marchar ésta no estaba vestida. Se enfadó mucho el Emperador, y ella se incomodó y hubo una escena conyugal. La Emperatriz en fin dijo que tenía conmigo mucha confianza, que éramos antiguos amigos y que no me ofendería de que no viniera, y que a la vuelta del viaje me recibiría privadamente y me haría tantos obsequios que me dejaría completamente satisfecho. En fin parece que esto es una de las *cosas de Eugenia*. Pues me consta que después en conversación particular ha hecho muchos elogios de mí.

Le dije a Ud. en mi última que la mudanza del ministerio en Turquía era favorable a Francia y Rusia. Pero parece que no ha sido así, pues el Embajador de esta última ha abatido las armas en Constantinopla, y que el de la primera está a punto de hacer lo mismo. Pero se cree que esto no pasará adelante y que al cabo no se retirarán.

Dígame Ud. si quiere que visite a su mujer de Ud. y cómo haré por introducirme con su familia. Creo que sería bueno, si está Ud. en relación con ella, que me enviara Ud. las cartas que creyera oportunas.

Ya tengo casa y buena en el Quai d'Orsay donde me estableceré convenientemente.

Todos los periódicos hablan de mí con elogio y le envío a Ud. ese artículo de la *Patria* que ruego a Ud. entregue al *León Español*.

El otro día, que escribí a Ud. mi anterior, visité al Príncipe Gerónimo. Estuvo amabilísimo conmigo y me habló de Ud. con el mayor interés y aprecio encargándome que le dijera a Ud. mil cosas de su parte.

Esta noche voy a ver a la Princesa Matilde que está en su casa de campo.

Se va a cerrar el pliego y no puedo ser más largo. Memorias de Octavia, Malvina y Corina y Ud. sabe que es verdaderamente suyo su amigo y pariente.

60. *París, 14-VIII-1857.*

Mi querido pariente y amigo: ayer me recibió la Emperatriz en Saint Cloud de una manera tan franca, tan cordial y tan afectuosa que ha completamente enmendado y borrado el retardo que me tenía alarmado como avisé a Ud. Fui a la *una*, en frac, me recibió el Emperador dándome la mano muy apretada y hablándome con la mayor deferencia y me dejó en el gabinete de la Emperatriz solo con ella y donde permanecí "*tête a tête*"

hasta las tres menos cuarto. Recibíome como podía haberlo hecho en Madrid, me sentó a su lado y me sacó (después de preguntarme por la Reina y por el progreso de su embarazo), la cuestión de México preguntándome si creía yo que se arreglaría. Contesté que, admitida la mediación de Francia y de Inglaterra, era de esperar que se arreglase, pero del modo conveniente a la honra española. Que estábamos dispuestos y preparados a todo evento y que si deseábamos un arreglo era por evitar el derramamiento de sangre. La asustó un poco la firmeza con que dije esto y añadió que no dudara de que México estaba de acuerdo con los Estados Unidos y resueltos éstos a atacar la isla de Cuba; que en Osborne había hablado largamente con Clarendón de este negocio y que lo había encontrado muy alarmado y muy temeroso de un rompimiento. Yo repetí que nosotros, si bien estábamos dispuestos a todo, no rechazaríamos un arreglo que dejase a salvo nuestra honra nacional y satisfecha nuestra justicia y que la sinceridad de nuestro deseo se demostraba con la moderación de nuestras exigencias. Entonces la Emperatriz me dijo que contáramos con la simpatía y buenos oficios de la Francia. Yo le manifesté lo urgente que era una pronta resolución. Entonces con un aire muy gracioso y amable me dijo: si hubieran Uds. accedido a dejar reclutar, como se les propuso, una legión para Oriente, se les hubiera a Uds. garantizado la isla de Cuba y tendrían Uds. parte en todos los negocios importantes del día. Respondíle que el gobierno de entonces era un gobierno revolucionario y me atajó diciéndome: sí, el gobierno del animal de Espartero. Yo le dije entonces que el actual gabinete de acuerdo completamente con S. M. la Reina y con la verdadera opinión nacional no tenía más interés que el de estrechar más y más los vínculos de sincera y leal amistad con la Francia..., se sonrió y yo continué diciendo que acaso no se apreciaría debidamente este sentimiento por noticias poco exactas, como dejaba sospechar la rigidez y agrima con que se solían llevar las relaciones con Madrid. Conoció Eugenia con gran prontitud lo que yo quería decir y me interrumpió: cosas de Turgot... ese es su carácter, que es muy inconveniente, y para cortar la idea, me preguntó por el embarazo de la Reina otra vez, y por el Rey y en seguida y sin dejarme apenas contestar, por la Reina madre, y si es cierto que iba a España. Contestéle que no creía que S. M. tuviera tal pensamiento, que acaso encontraría, por otra parte, algunas dificultades. Me preguntó por Ud. y si disfrutaba Ud. la completa confianza de S. M., le dije que como nunca la había tenido ningún otro ministro, y me dijo que se alegraba mucho y que deseaba que S. M. perseverara siempre en ello.

Me habló de la senaduría hereditaria y de los mayorazgos, como de un gran paso, y sobre lo último me pidió detalles que di en globo, como de una ley que aún no estaba formulada.

Cayó en seguida la conversación en noticias de su familia y de la mía, en literatura francesa y española, en la chismografía de Madrid, en toros y en cosas indiferentes. Me quiso llevar a ver al Príncipe, pero le dijo la dama que fue a ver si me podía recibir, que S. A. estaba durmiendo y me

dijo que otro día lo vería. Me hizo mil excusas de no haberme recibido antes y cariñosas ofertas y me despidió afectuosísimamente y encargándose que a su vuelta de Biarritz la visitara a menudo y que le llevara las chicas.

Acaso mi querido pariente he sido prolijo en demasía en esta relación, pero creo que en estos momentos no son indiferentes ni las cosas más pequeñas y que de todas debo tener a Ud. instruido.

Con un largo despacho que escribo a Pidal verá Ud. el estado de la política general, según la veo. Y en otro mi entrevista con Walewski sobre los negocios de México, después de haber hablado y puéstome de acuerdo con González Bravo.

Ahora voy a hablar a Ud. de mí y de mis negocios particulares. Ni mi nombre, ni el modo con que he sido recibido, ni el decoro de nuestro país, ni el haber dicho la Emperatriz a sus damas: "que ahora estará representada la buena sociedad española", era compatible con el mezquino y pobre alojamiento de la rue Cornuailles que además está condenado a próxima demolición y me ha sido forzoso buscar un hotel decente. Por mera casualidad he encontrado uno bastante bueno en el Quay d'Orsay que tomándolo por nueve años me lo han dado en el precio (muy módico según el actual estado de París), de 25.000 francos, 5.000 más que éste en que estoy y que también lleva cerca de los mismos nueve años de arrendado. Pero como no es posible ni física ni políticamente hablado que me dure la Embajada tanto tiempo, ni es regular que yo quede responsable de un contrato que pudiera ser la ruina de mi casa y familia, y es indispensable que el Gobierno salga garante de él, como lo hizo a favor de Serrano por los tres años que restaban de arriendo a esta casa. Esto lo creo corriente, pues ya se ha hecho. Ahora lo que yo pido a Ud., que sabe lo que son estas cosas, es que me favorezca haciendo que se me garantice igualmente los 15.000 francos de muebles, que son magníficos, por los mismos nueve años. Así tendrá España siempre, o a lo menos por una época dada, un local de Embajada que no dé mala y pobre idea de sus representantes.

Garantizado, pues, el hotel y su mueblaje, con la condición de renovarlo de tiempo en tiempo, nada tiene que gastar el Gobierno, ni necesidad de aumentar en un maravedí el presupuesto. Pues, cuando hay embajador él paga estos arrendamientos y alquileres y en los casos de pasajeras vacantes se pagan del sueldo que le está asignado al Embajador, de modo que no hay recargo alguno.

Creo que la garantía de la casa no habrá dificultad y que acaso la habrá en los muebles y aquí es donde yo pido su protección de Ud. contra las mezquindades y reparos burocráticos que en todo suelen hallar inconvenientes y que no saben salir de la rutina.

Dirán que en cuanto a los muebles no se puede dar garantía, porque para eso se da la habilitación. Ud. que conoce este país y todo lo que necesita la posición de Embajador, conocerá que 12.000 duros no bastan para amueblar una casa mal puesta y mucho más cuando de ellos han de salir vajilla, ropa, caballos, coche, libreas, etc., y que es más cómodo para el Em-

bajador encontrarse la casa bien amueblada, y pagar por ello algo más, que caer de pie en un hospital raleado y encontrarse con la precisión de hacer un gasto muy superior a lo que alcanza la habilitación.

Dirán acaso, que cada uno que venga querrá establecerse a su modo, en lo que pueda haber un gran mal. Y así como todos los que han venido a esta casa se han acomodado a ella y a sus muebles, alquilados por Viluma, así los que vengan se amoldarán a la otra y a los muebles alquilados por mí.

Si viene un caballero se alegrará mucho de encontrarse decentemente alojado y amueblado. Si viene un danzante tendrá que amoldarse a lo establecido y al menos conservará en esto el decoro conveniente.

En fin, lo dejo en sus manos de Ud., insistiendo en que los 40.000 francos que cuesta el hotel que he tomado con muebles y todo, nunca tendrá el Gobierno que hacer desembolso para cubrirlos. Mientras haya embajador éste lo paga; cuando no, se paga del sueldo asignado al embajador.

En último resultado a nada se compromete el Gobierno. Y con garantía asegura un alojamiento decente a su representante en esta Corte y me liberta a mí de una ruinoso responsabilidad. Esto es tan claro que no es necesario insistir en ello y mucho más cuando espero que la consideración que me tiene el Gobierno y el cariño que Ud. me profesa harán que en obsequio mío se haga algo para el lucimiento de mi misión en este país donde para lograr algo es menester mucha exterioridad.

Tres pliegos llevo escritos, estará Ud. harto de leerme. Y basta pues de incomodarlo.

Memorias de Malvina y de Corina y es de Ud. siempre finísimo amigo y pariente.

q.b.s.m.
ANGEL

18

Su carta de Ud. mi amado pariente, avisándome las sospechas de que podrían ser abiertas las cartas, me hezo suspender el envío de ésta. Y me alegro para continuarla con nuevas noticias y explicaciones. Llegó González Bravo, conferenciamos largamente, anuncié su venida a Walewski y como se interpusieron las funciones no pudo recibirlo, sino convidándolo a comer de etiqueta el día del Emperador. Al café, le habló él primero y luego yo. Le habló de Turgot y lo encontró ya prevenido por la insinuación que yo hice a la Emperatriz, que aunque eludió conmigo la cuestión no la echó en saco roto y la comunicó al ministro. Luego hablé yo con él y reforcé el ataque, que renovaré en las conferencias de los viernes y creo que conseguiremos muy pronto lo que se desca. Pues Walewski me dijo terminantemente aquella noche: *que el Emperador deseaba estrechar cada día más los vínculos de amistad con el Gobierno español "présidé par le maréchal Narvaez. Comprenez vous, Mr. le duc, par le maréchal Narvaez qui est le seul capable de donner ordre et tranquillité a votre pays"*, son sus palabras. Y de éstas y de las que oigo a las gentes de palacio colijo que el

Emperador ha hablado de Ud. ventajosísimamente. Está casi seguro de que a su vuelta y en cuanto pueda yo hablar con él conseguiremos un embajador que no nos fastidie.

El último negocio de la bolsa, que ha quedado completamente zanjado hoy con el último despacho telegráfico que recibí anoche, me ha dado veinticuatro horas de disgusto y ansiedad, pues la cosa era muy grave. Pero ayudado de González Bravo he conseguido atajarlo a tiempo.

Espero su contestación de Ud. favorable al alquiler de la casa, pues, repito a Ud., que si el Gobierno no me la garantiza quedo expuesto a un compromiso que puede ser la ruina de casa y familia.

El hotel es muy bueno y según me dicen, todo baratísimo; según andan aquí las cosas mil duros más de lo que costaba esta pocilga valen la pena cuando se gana tanto en decoro.

El haber tenido ayer y hoy corte me ha impedido ver a la Reina Madre, a quien envié antes de ayer en cuanto llegó, un agregado a felicitarla; mañana voy a verla.

Creo persiste en ir a España, sobre lo cual me ha hablado Walewski de paso, diciéndome que le pareció un deseo imprudente y prematuro. Avisaré a Ud. de lo que me diga mañana y creo que necesitaré de instrucciones terminantes sobre este particular.

Va a partir la estafeta, no tengo tiempo para más pues he perdido dos horas con la recepción, que ha estado brillante. Mr. Dual, me ha hecho altísimos elogios de Ud., sabe Ud. que es el ministro de Palacio.

De Ud. finísimo amigo y cariñoso pariente.

ANGEL

61. *París, 16-VIII-1857.*

Mi querido pariente y amigo: por el despacho telegráfico que acabo de enviar al Ministerio tendrá Ud. ya alguna idea del conflicto en que nos ha puesto la barbaridad del señor Madoz entregando títulos como garantía a tunos que los han puesto en circulación.

Por el despacho que hoy remito y en el que va esta carta puede Ud. enterarse de todo lo ocurrido que no repito por no molestar a Ud. y porque me falta tiempo, pues tengo puesto el coche para ir a dar los pasos oportunos para parar el golpe.

Afortunadamente ha venido este negocio estando aquí Luis Bravo, cuya expedición y conocimientos en estas materias me han sido utilísimos.

Aunque hasta ahora no sea la cosa más que una ligereza y botaratada de los agentes de cambio ha comenzado a hacer malísimo efecto y a producir baja y alarma general.

Este negocio es importantísimo y necesita una prontísima resolución, pues, aunque creo que conseguiré por lo pronto suspender el golpe, se repetirá el amago muy a menudo mientras no quede el negocio completamente zanjado.

¡Qué cargo al tonto de Madoz, a las Cortes constituyentes y al partido progresista! ¡Qué estafa tan vergonzosa!

La desgracia de ser hoy domingo y estar todo el mundo en el campo va acaso a hacer inútiles todos los pasos que voy a dar. No puedo perder tiempo.

Para la estafeta tengo preparada una larga carta para Ud. hablándole largo de todo.

La Reina Madre llegó ayer. Teníamos pensado Bravo y yo ir hoy a visitarla y esta ocurrencia maldita lo ha impedido. Le he enviado un agregado a felicitarla y a decirle la causa que me detiene en París.

No tengo tiempo para más. Sabe Ud. que es completamente suyo su fino amigo y pariente.

ANGEL

NOTA MARGINAL DE NARVÁEZ:

Contestada el 22, de conformidad, recomendándole los asuntos de la mediación respecto a México.

62. París, 21-VIII-1857.

Mi amado pariente y amigo: antes de ayer fuimos González Bravo y yo a visitar a la Reina Madre. Tanto ella como Riansares nos recibieron con agrado y hasta con agasajo. S. M. me preguntó por la Reina y por la Princesa, pero ni nombraron al Rey ni a Ud. Tocaron algo de la situación de España, sobre la que dijo algo Bravo y yo añadí algunas palabras. Quisieron enseñarnos la casa y el parque y llamaron a la hija que vino con el nieto a vernos. Yo di el brazo a la Reina con quien no hablé más que de los árboles y del tiempo. Pero Bravo que quedó detrás con Riansares y a bastante distancia abordó con él la cuestión de que Bravo le ha dado a Ud. minucioso relato. Y dejaron la *cuestión pendiente* para mañana. Por eso no escribí a Ud. ayer y hoy lo hago después de haber hablado largamente con Bravo que me ha impuesto de todo para que no cometa yo por falta de antecedentes alguna indiscreción y para que esté yo alerta por si ellos en otra entrevista tratan de explotarme.

Como sé que González Bravo da a Ud. conocimiento de todo y que lo hará con más exactitud, yo no quiero alargarme en esta carta, no siendo además prudente el duplicar los escritos de estas delicadas materias.

En cuanto al cambio necesario de intermedio diplomático lo creo casi hecho. Y me lisonjeo de que en la primera conferencia con Walewski quedará arreglado.

En este negocio como en todos los demás no pierde momento oportuno.

Ya ve Ud. qué bien hemos salido del negocio de la cotización de nuestros fondos que se presentó muy grave y alarmante.

Creo que Bravo, marchará mañana a Londres. Mucho me ha ayudado aquí y su detención en París no ha sido infructuosa ciertamente.

No quiero molestar a Ud. más, no escasee Ud. sus órdenes y sus avisos a su finísimo amigo y pariente.

ANGEL

Envío a Ud. ésta por mi casa, como lo haré cuando no sea por estafeta.

63. *París, 1º-IX-1857.*

Mi amado amigo y pariente: el 28 del pasado recibí tarde su carta de Ud. recriminándome por no haber dicho a la Reina Madre lo que Ud. me encargó de palabra el día de mi venida y después por escrito.

Dejo las disculpas para lo último por si no me alcanza el tiempo, pues acabo de llegar de la Malmaison y es tarde y escribo ésta depriesa (sic).

Recibí su carta de Ud. como he dicho el viernes, día en que S. M. recibe a todo el mundo, el sábado viene todas las semanas a París y no se la encuentra. El domingo no recibe; ayer lunes hizo un día de diluvio, con que no pude ir hasta hoy como lo he verificado.

Aunque sin previo aviso, me ha recibido S. M. con sumo agasajo y con completa cordialidad y mucha más franqueza que el otro día. Viéndole yo tan bien dispuesta le dije que iba a decirle varias cosas que no pude decirle en la primera visita, y que no me atreví a decirle porque no me había dado pie para ello. Me contestó que era sin duda sobre los rumores *infundados* de su deseo de ir a España, y que nada me quiso insinuar, *porque no fui solo* y porque luego vino su hija. Le dije que previamente era para desvanecer la idea que pudiera tener de la buena voluntad a Ud. y el Gobierno en este punto. Me atajó diciéndome que estaba muy persuadida de ello y segura de que no se oponía a que ella fuera a España, que creía al contrario, que si hubieran decidido su viaje Ud. y el Gobierno todo le hubieran allanado el camino y provisto largamente a su seguridad personal. Que la situación creada por Ud. era monárquica y moderada y que por lo tanto era suya. Pero que no tenía idea de tal viaje, porque por más que deseara ver a su hija y vivir en España, conocía lo delicado de la situación y que sería indefectiblemente el pretexto de nuevos desórdenes. Que estaba muy desengañada y que no podía exponerse de nuevo a que le achacaran todo lo malo; que estaba segura de que si la Reina *abortaba* *habían de decir que ella había muerto a la criatura*; que si salía *contrahecha*, *habían de decir que ella la había estropeado*; que si era *hombre* *habían de decir que ella lo había cambiado*. En fin, que ella estaba muy escarmentada.

Yo volví a la carga diciendo: que nada se había tratado en Consejo de Ministros y que Ud. nunca, nunca había opinado en contra ni opuesto obstáculo ninguno a la voluntad de S. M. en este punto. Y para que S. M.

viese la sinceridad de estos asertos que le iba a leer la última carta de Ud. en que me reconvenía por no habérselo dicho a S. M. como me lo había Ud. encargado al partir. Se la leí. Noté que no le disgustó, y me dijo: ya Grimaldi me había hablado de esto y yo estoy convencida, *digo más segura de ello*. Escribaselo así Narváez y asegúrele que no se me ha pasado por la cabeza el dudar de él ni creerlo mi enemigo, todo lo contrario. Veo que lo apuran las circunstancias, pero yo no tengo parte en nada, ni la tengo en las bocalillerías y chismorreos de los periódicos, y que siento en el alma que mi nombre se tome para intrigas y manejos contra el Gobierno. Díselo así.

Dan las cinco, por la estafeta continuaré esta carta, que no quiero se quede.

De Ud. siempre fino amigo y pariente.

64. *París, 2-IX-1857.*

Mi querido pariente: reanudo mis ideas y continúo la carta de ayer, que ya habrá Ud. recibido por medio de Encarnación, como conducto seguro en los días que no sale estafeta.

Resulta de mi conversación de ayer con la Reina Madre que lo que es en el momento ha borrado toda idea de ir a esa para el parto, que no tiene prevención contra Ud. ni contra el Gobierno en este particular, y que su resentimiento es completamente con la Reina y aún más con el Rey. Pues aunque me habló con la sagacidad que Ud. le conoce, soltó dos o tres frases muy significativas.

Yo la seguiré viendo de cuando en cuando y le diré cuanto Ud. me diga. Ahora que estoy seguro de que no me dará una rabotada.

Vamos ahora a mi defensa. Tanto S. M. la Reina al encargarme su mensaje, como Ud. al encargarme el suyo me previnieron que lo hiciera como *cosa corriente y con naturalidad*. Y aún la Reina me añadió más, pues me dijo: *no le saques tú la conversación porque no diga que vas prevenido, espera a que ella te hable de viaje*. Con estas advertencias y habiendo notado que ella se reservaba, creí que era inoportuna una explicación sobre un punto que me reservaban.

En fin, la visita de ayer creo que ha remediado el daño, si es que lo hubo y la lectura de su carta de Ud. debe haber hecho su efecto.

Me tiene desesperado esta gente. Son invisibles e inabordables. El Emperador con sus idas y venidas rápidas y de improviso, no ve a nadie. Y Walewski hace tres viernes que no recibe al Cuerpos diplomático, y los demás días los pasa en el campo. La estación es funesta para hacer nada porque todo el mundo está fuera de París.

Sin embargo, el día que se fue el Emperador a Chalons, cogí atenazón al tiempo de entrar en su coche a Walewski y así de repente le hablé de México y de Turgot. Me ofreció no descuidar lo primero y pensar en lo segundo, y se marchó. Veremos si pasado mañana, viernes, recibe y hablaré largo con él de ambas cosas.

Lo del nuevo hotel lo tengo ya arreglado, en vista de haberme avisado Pidal, que el Gobierno me garantizaba por tres años. Es, pues, negocio concluido. Doy a Ud. gracias, pues me ha sacado de apuro.

El papel se acaba. De Ud. siempre amigo.

65. *París, 2-IX-1857.*

Mi querido amigo y pariente: en cuanto recibí su última se la envié a la Reina Madre, que la leyó con gran satisfacción y me encargó muy particularmente que le diese a Ud. las *más expresivas gracias*. Al día siguiente vino a verme Riansares y a pedirme pasaporte para Suiza. Me repitió casi todo lo que me dijo en la entrevista anterior y de que di a Ud. prolija cuenta. El y la Reina marcharon a Coimbra el 27 y estarán aquí de vuelta el 7 del actual.

Por la copia de una nota (que me envía mi jefe), de Turgot, veo su rápida y mala disposición, pero se equivoca si cree que permanecerá mucho tiempo fastidiándolo a Ud. Está ya aquí muy contrarrestado y ni la Emperatriz ni el Ministro le son favorables y me lisonjeo de dar con él en tierra en cuanto vuelva Walewski y tenga yo aquí con quien entenderme directamente.

La situación de ese país y sobre todo la de *ese palacio* son el pasto común de esta sociedad. Ya puede Ud. figurarse las amarguras que pasará. Afortunadamente la prensa no anda muy desencadenada en este punto. Los españoles que hay aquí nos hacen mucho daño.

Nada se ha traducido hasta ahora de la Conferencia de Sttugard, donde no sería extraño (sic) que algo se haya hablado sobre el porvenir de nuestra patria.

Lo de la India crece y toma un aspecto muy grave, que hace crítica la posición de la Inglaterra.

La carta que me envía Ud. hoy para Riansares, la guardaré hasta su vuelta de Ginebra.

Ya en este mes se abren los salones, empiezan las conferencias y se reanudan los negocios. Dígame Ud. lo que quiera y convenga que diga en ellas, pues es seguro que me van a secar con preguntas, a pedirme explicaciones y a ponerme resbaladeros y es necesario que esté yo sobre aviso y muy enterado de cuanto pasa en ésa, para no dar un resbalón, o caer en una trampa.

Nada más me ocurre, y desea siempre carta de Ud. su finísimo amigo y apasionado pariente.

ANGEL.

66. Madrid, 9-IX-1857.

CARTA DE NARVÁEZ A LA REINA MADRE.

Señora.

El Duque de Rivas me ha escrito la bondad con que V. M. ha oído el encargo que le hice cuando se despidió de mí, y las manifestaciones que V. M. se ha dignado hacerle en honrra (sic) mía; y me apresuro a dirigir a V. M. directamente la espresión (sic) de mi humilde gratitud por el concepto en que V. M. me tiene en su alta consideración.

V. M. con su esclarecido talento hace justicia a mis sentimientos: yo no he sido nunca ni frío ni indiferente a las consideraciones que por tantos títulos debo tributar a V. M. y me complazco en la confianza con que estoi (sic) de que nunca he dado motivo (sic) para que V. M. desconfíe de la adección (sic) que de muchos años a esta parte la he profesado; y puede V. M. estar bien segura de que en lo subcesibo (sic) seré para V. M. tan leal y tan respetuoso y tan amigo (permítame V. M. esta expresión) como lo he sido constantemente.

Tengo el sentimiento de haber dejado pasar los días de V. M. sin dirigirla mi felicitación; y dejé de hacerlo porque temí que V. M. no recibiera mi carta con el agrado y benevolencia que V. M. acostumbra. Veo que me he equibocado (sic) y ruego encarecidamente a V. M. que me disimule un horror (sic) que no tuvo otro origen que un exceso de delicadeza.

En el puesto que la bondad de S. M. la Reina Isabel me ha colocado, que no he ambicionado y en el que no quiero permanecer ni un instante más del tiempo en que pueda ser útil a su servicio, hago cuanto puedo a fin de corresponder a la confianza de S. M.

La situación es difícilísima; jamás ha habido en España una época más preñada de dificultades y peligros, y bien se necesita toda la ayuda de Dios para consolidar un gobierno que aleje los fundadísimos temores y sobresaltos que todos los que ven claro nos inquietan y entristecen.

Cumplir honrradamente (sic) con mi deber es todo lo que ambiciono: para ello, no me detendrán los peligros del momento ni la consideración de los que puedan sobrevenirme después, que mi corazón me impulsa siempre a las acciones nobles y generosas, como debe obrar un hombre honrado y buen patricio.

En cuanto a V. M., esté V. M. segura de que deseo complacerla y servirla y de que cuantas veces tenga V. M. por conveniente poner a prueba mi respeto y cariño, V. M. ha de quedar contenta, y yo de tener una singular satisfacción en hacerme acreedor a su aprecio y estimación.

Ruego a Dios que se conserve V. M. buena, que sea V. M. feliz con su respetable familia y que mande a su humilde súbdito.

Q. B. L. P. de V. M.

Señora

EL DUQUE DE VALENCIA

Reservada y confidencial.

67. *París, 16-IX-1857.*

Mi querido pariente y amigo: recibí antes de ayer su última favorecida con la adjunta para Riansares, que le fue puntualmente entregada.

Hace ocho días que debí escribir a Ud., pero siendo de materia grave y reservada no me atreví a hacerlo sino por la estafeta, que es el único conducto que ofrece verdadera seguridad.

Al día siguiente en que leí a la Reina Madre la carta de Ud. vino a verme el Duque, y no hallándome en casa me dejó una tarjeta. Fui yo a los dos días a dejarle otra en la casa apeadero que tiene aquí, y a la que viene todos los días. Estaba en ella y me recibió con gran cariño y obsequio. Estaban en su despacho Grimaldi y Castillo Ayensa. Este se fue al momento, y aquél quedó durante mi visita.

Esta fue corta y completamente familiar e indiferente. Y al marcharme, acompañándome el duque hasta el coche, me dijo en la escalera mil cosas bonitas, y que quería verme en mi casa y venir a fumar un cigarro conmigo. Le dije que si sabía el día que quería favorecerme lo esperaría. Entonces me dijo que vendría al día siguiente (9 del actual) a la una. Al salir yo entraba Mazo.

Vino efectivamente y yo había dado orden de no recibir más que a él, sospechando que me iba a hablar largo y algo interesante.

Después de frases indiferentes sacó con naturalidad la conversación sobre España y su actual situación, condoliéndose de la división del partido moderado. Yo le dije que esta división no era de ahora y que era el resultado de los continuos cambios de gobierno, y particularmente, con los *incalificables* ocurridos desde que Ud. dejó el poder hasta que vino moribundo a mis manos en 1854. Convino conmigo, protestando, que ni él ni la Reina Madre habían tenido parte en todo aquello, y se extendió en quejas contra el pillo de Entimes, que dijo ser el único culpable de tantos trastornos. Añadí que él y su mujer estaban persuadidos de que la estabilidad en el Gobierno era indispensable si había de asegurarse la suerte de nuestro país, y que, por lo tanto, creían que los que trabajaban por derribar la actual situación moderada y monárquica, harían un gran mal, y que debía sostenerse a toda costa su ministerio de Ud. *con alguna modificación*. Añadió que en España todo era chismes y que de frioleras despreciables nacían abultados embrollos, como por ejemplo, la polvareda que había levantado el viaje a Madrid, *el cual*, dijo: *ni se nos había ocurrido, porque sabemos cual está el país y que yendo allá seríamos pretexto de bullangas y tendríamos la culpa de cuanto malo ocurriera*. Me contó que el origen de todo era la pregunta indiscreta y *maligna* que en su gran convite hizo la Emperatriz a la Reina Madre, de si iría al parto, insistiendo para *mortificarla*, en que *debía ir*. Y que entonces ella, por dejar a cubierto su seguridad y su amor propio, había deseado alguna demostración por parte de su hija. Yo le repetí lo que me encargó S. M. a mi salida y las palabras de su última carta de Ud. Díjome entonces, que

tanto él como su mujer estaban convencidos de que Ud. no se había opuesto al viaje, pues aunque se lo *había escrito así terminantemente Carriquiri*, sabían por otros conductos que no era cierto; que por lo tanto no tenían contra Ud. ningún resentimiento, sino el de haber negado la entrada en España a su hija cuando quiso ir a embarcarse a Valencia, y el haber dicho Ud. *que era la palomita del Arca de Noé, que venía a reconocer el terreno*, pero que esta queja estaba borrada completamente. En fin, me aseguró que no tenían contra Ud. la menor animosidad. Pero sí me lo manifestó y muy vehementemente, descargando en ella todas sus quejas, contra la Reina, y aún más encarnizadamente contra el Rey. Y me contó que habían recibido unas cartas de SS. MM. (no entendí si el 26 de julio o con fecha de 26 de julio) hablándoles del viaje y que eran tales, que para saber si debían contestar o no, lo han tenido que consultar a dos personajes de su confianza. A todo contesté con monosílabos y frases sin sentido; pero a lo último quise indagar qué decían las tales cartas. Y pude averiguar que la de la Reina eran disculpas de no creer conveniente el viaje, y la del Rey, párrafos huecos, puntos suspensivos, exclamaciones, etc.

Prosiguiendo la conversación volvió a llevarla a los males que nacían de las mudanzas continuas de gabinete. Y dijo que nadie mejor que Ud. podía con su prestigio y su energía crear una situación estable y dominar las *veleidades del palacio*, pero que debía Ud. reformar el ministerio antes de presentarse a las Cortes, y que no creía en nadie más a propósito para reforzarle que *en González Bravo, hombre de empuje, de talento, de osadía y de sagacidad*. Que alguno de sus compañeros de Ud. estaba *odiado con razón o sin ella*, y que otros eran flojos. Que como él oía y hablaba con cuantos vienen o pasan por aquí, colegía que la oposición en las próximas sesiones iba a ser violenta y que se engrosaría por momentos. Que hace pocos días que lo creyó a Ud. derribado, pero que veía *con gusto* que se había Ud. rehecho y que debía Ud. mantenerse firme, pues que tiene Ud. muchos medios de verificarlo. Y me añadió: "que no palacio, sino personas importantes de todos los partidos habían enviado mensajes a Bravo Murillo, haciéndole proposiciones *que él había desechado formalmente* porque estaba resuelto a no ser Ministro". También me dijo que creía no debía el Gobierno hacer cuestión (sic) de la presidencia del Congreso, porque según estaban hoy las cosas podría nacer un compromiso. En el discurso de la conversación se condolió de que se hubiera permitido a Sor Patrocinio establecerse en Aranjuez y ser visitada por SS. MM. y dijo que la tal priora monja era la enemiga más acérrima del ministerio y de Ud. y de toda situación que no fuera carlista. Que tuvieran Uds. mucha vigilancia y mucho cuidado con ella.

Luego me habló de varios emigrados que están aquí y, sobre todo, de Prim. Me dijo que cada día estaba más caliente y *más loco*. Que tiene la seguridad de que pasarán sus actas en el Congreso, de tomar asiento en él, y de contar fuere con el apoyo de los republicanos y de los vicalvaristas.

Y que iba resuelto a hacerle a Ud. guerra a muerte. De Güel me dijo que lo detestaba a Ud. y *que era capaz de todo* por vengarse. Y de Escosura, que estaba haciendo aquí mucho daño en la prensa, pero que era muy despreciable.

Después de tan larga conversación, en que tuve yo cuidado de no soltar prenda, se despidió diciéndome: que la Reina deseaba ver a mis hijas y que extrañaba que yo no se las hubiera llevado. Me disculpé de la tardanza, con mis muchos negocios, y le dije que al día siguiente iría a ofrecerlas a los pies de S. M., y se fue anunciándome que vendría muy a menudo a verme. No quiero cansar a Ud. con reflexiones y comentarios a esta entrevista por no abultar esta carta, ya es demasiado larga, y porque su penetración de Ud. se los sugerirá más exactos y oportunos.

Vamos a la entrevista con la Reina Madre, que tuvo lugar al día siguiente 10 del actual.

A pesar de que llovía a cántaros, como tenía anunciada la visita, fui a la Malmaison con mis hijas. Recibiéndonos la Reina con extremado cariño. No habló una sola palabra de política; con mis hijas, de París del teatro, de modas; conmigo, del tiempo, de mi nueva casa. Pero cuando el duque llevó a las niñas para enseñarles el palacio, me dijo la Reina: *Tú ya lo has visto, quédate acompañándome.* Me volví a sentar a su lado, y en cuanto quedamos solos, me dijo: *¿Has vuelto a tener carta de D. Ramón?* No, Señora, respondí, y hasta que venga la estafeta no la espero. *Pero tú le escribes cuando quieres.* Sí, siempre, contesté. *Pues hombre, añadió, dile algo de mis atrasos, pues aunque ahora pagan corriente, no es cosa de perder lo que me quitó indignamente la revolución. Y ya ves tú, seis millones no son de perder, después de tantas pérdidas y disgustos y con tantos hijos.* Díjele yo: Señora, le escribiré lo que V. M. me mande seguro de que mi pariente *en cuanto esté en su mano* tratará de agradar a V. M. Sí, me interrumpió, *tengo esa confianza y por esto te digo que le escribas algo. Ya ves, yo podía insinuárselo directamente a Pidal que es amigo, y a otras personas influyentes, pero quiero que si algo se puede hacer en esto lo hagas tú y lo haga D. Ramón. Se entiende cuando ambos lo creáis oportuno. Pero no lo olvides y escríbele algo. En él y en ti tengo mi confianza.* En esto volvió el Duque con las niñas, siguieron los cumplidos y despedidas y me volví a París.

No me parece despreciable el haber descubierto lo que estas gentes desean. Y en mi pobre opinión, me parece que dándoles con oportuna sagacidad esperanzas de lograr lo que desean, que al cabo es una miseria, podríamos tener en brida los osados partidarios de esta gente, que tan cruda guerra nos han declarado en ésta, y dejar desconcertados a los que, siendo realmente sus enemigos, encuentran en fingirse sus defensores un medio, no malo, de oposición.

Larga es esta carta, mi amado pariente, pero creo debe serlo porque no se puede decir mucho en pocas palabras, y lo que contiene no es indiferente.

Escríbame Ud., póngame al corriente de todo, pues aquí aparecen diariamente noticias que nos desconciertan y de pocos días a esta parte, se cuentan cosas de palacio, que hacen salir los colores al rostro más raído y desvergonzado.

Adelante, mi amado amigo; no desmaye Ud. Sé que está deborando (sic) muchas amarguras, pero téngase Ud. firme. Tiene Ud. demasiado nombre en cuerpo para ceder a los temporales por duros que sean. Tiene Ud. detrás de sí al país, por más que cuatro mequetrefes y otros cuatro intrigantes y otros cuatro pillos traten de derribarlo. No suelte Ud. el timón; tras de Ud. está la anarquía.

Basta, pues, no puedo más. Es de Ud. sincero amigo y fino pariente.

q.b.s.m.
ANGEL

Después de cerrada ésta, la vuelvo a abrir para incluir las adjuntas que me acaba de enviar el Duque, y va hasta la que él me escribió.

P. D.

Entre las muchas cosas que me dijo Riansares, he olvidado referir a Ud. que me aseguró que no tenía nada que ver con el "Fénix", que es periódico exclusivamente de su hermano, y que su hermano es un loco demócrata en quien él no tiene influencia. Que le ha reñido hasta por telégrafo y que no le hace caso, y lo eche en horamala.

CARTA DE NARVÁEZ AL DUQUE DE RIVAS.

68. Madrid, 20-IX-1857.

Mi querido pariente y amigo: reservándome el contestar a su carta de Ud. del 16 que recibí ayer por la estafeta, me apresuro a poner a Ud. estas cuatro letras para que diga Ud. a S. M. la Reina Madre, que hace días hemos acordado en consejo de ministros por unanimidad y sin que haya habido el menor desacuerdo pedir a las Cortes en el presupuesto que vamos a presentar, todos los atrasos de S. M. Esto es una cosa tan justa que no sería ni justo ni decente obrar de otro modo, pues no podemos consentir un despojo tan irritante como el que hicieron los constituyentes a S. M. No necesitaba S. M. hacer con esto la menor indicación, y yo tengo un grande placer en habernos adelantado a los deseos de la Reina Madre, justísimos en todos conceptos. El presupuesto, que está ya formado, lo presentaremos el día que las Cortes se abran; estará aprobado en todo el mes de noviembre y para ese tiempo puede S. M. contar con el dinero que la nación le debe. Hágame Ud. el favor de apresurarse a dar conocimiento de esto a S. M. para su satisfacción y para que con este particular no abrigue la más pequeña duda.

Memorias a las niñas y disponga Ud. del cariño que le profesa su amigo y pariente.

RAMÓN M. NARVÁEZ

69. *París, 14-x-1857.*

Mi querido pariente y amigo: recibí su última apreciable y envié copia de ella, como Ud. me encargaba, al amigo González Bravo. Cuanto Ud. me previene en ella es muy digno de Ud. y de su espíritu caballeroso, y de su ánimo leal, y será completamente ejecutado por mí.

Afortunadamente hasta ahora nada he oído que pueda herir la susceptibilidad de un buen español, y la prensa misma no se ha desmandado hasta ahora. Hay, sin embargo, ansiedad, esperando el resultado de crisis tan larga y laboriosa. Estando de acuerdo las personas graves y bien intencionadas en que es una desgracia para la Reina y para el país el que salga el poder de sus manos de Ud. que tan altas dotes de gobierno posee.

En este estado de cosas Ud. conocerá que mi posición no es la más a propósito para agitar los negocios pendientes, y que hasta que se resuelva la crisis no puedo emprender nada, ni hacer más que atender al despacho corriente.

Estoy convidado para el 19 ir a Compiégne a pasar ocho días. Figúrese Ud. las preguntas que me harán los emperadores y lo embarazado que me veré para responderles.

Si quiere Ud. prevenirme algo le ruego me escriba y que cuente siempre, siempre con el verdadero cariño y sincera amistad de su fino pariente.

ANGEL

70. *París, 26-x-1857.*

Mi queridísimo pariente y amigo: anoche volví de Compiégne donde he pasado ocho días y recibí su apreciable del 20, con una para Riansares, que voy a entregarla dentro de un momento.

Creo, mi muy querido amigo, que nada tengo que decir a Ud. sobre mi sentimiento de que se haya retirado del puesto que tanto merece y que tan dignamente ocupaba, y donde tantos servicios al país y a la Reina podía prestar.

Ud. sabe lo mucho que lo quiero como amigo y pariente y lo mucho que lo aprecio y estimo como hombre de Gobierno y de empuje y de acendrada lealtad. Si Ud. necesita para algo de mí dígamelo francamente. Estoy dispuesto a ir si es necesario a defenderlo al Senado y en todas partes, y si a Ud. le acomoda por cualquier motivo venir aquí, dejaré este puesto inmediatamente y sin esfuerzo, a disposición de Ud. Creo que me conoce Ud. bastante para creer que estas líneas están escritas con el corazón.

Su encargo constante de Ud. tan digno de Ud. y de su espíritu leal y caballeroso, lo he cumplido y lo seguiré cumpliendo. Tal es mi deber. Nací español y caballero. Afortunadamente, ni en conferencias oficiales ni en particulares conversaciones, he oído en esta temporada especie alguna que pudiera ofender en lo más mínimo a nuestra Reina y Señora. Y la

prensa ha estado bastante circunspecta, ayudándome para que así sea, tanto Valdés como Pidal con mucho celo.

Creo también muy conveniente y muy propio de su noble carácter de Ud. la actitud que ha tomado y la línea de conducta que se propone y que será la que sigamos sus buenos y desinteresados amigos.

Los ocho días que he estado en Compiègne me han sido muy lisonjeros y agradables. Los emperadores me han tenido *constantemente a su lado*, haciéndome las más honrosas distinciones, que también he debido a los mariscales Magnan y Camobest, a los Ministros y a la Corte.

S. M. el Emperador me ha hablado algunas veces de Ud. con marcas de singularísimo aprecio.

Compiègne es una colonia española, pues han estado los mismos días que yo los Duques de Alva, los de Medinaceli, la Sartoriska (la hija mayor de la Reina Madre), los Condes de Salofares (?), los Arcos, el Conde de Gálvez: en fin, no se oía más que hablar español. Mi hijo Enrique y mis hijas estaban convidados, pero aquél no ha podido ir por estar curándose una pertinaz ronquera, y éstas por los preparativos de boda de Malvina, que se casa dentro de ocho días.

Hoy copio y envío, como Ud. me previene, su carta a González Bravo, con la noticia del nuevo ministerio que recibí por despacho telegráfico esta madrugada.

Nada tengo que añadir. Ud. sabe que es, ha sido y será siempre de Ud. su finísimo amigo y cariñoso pariente.

71. París, 8-XII-1857.

Mi muy querido pariente y amigo: me figuro lo contento que estará Ud. con el feliz parto de la Reina y con la venida de un Príncipe, que bien aprovechada puede por lo pronto dar muy buenos resultados, y para el porvenir incalculables ventajas y completas seguridades.

Aquí ha sido recibido tan notable acontecimiento con interés y satisfacción y tanto el ministro como S. M. el Emperador me han felicitado con entusiasmo. Walewski vino a verme en cuanto le comuniqué el despacho telegráfico, y el Emperador (con quien comí en *familia* al día siguiente) me felicitó con gran cordialidad y amables demostraciones: por cierto que me preguntó por Ud. lo mismo que la Emperatriz, y ayer la Princesa Matilde con quien comí.

Empieza el invierno y con él la Sociedad y en todas se recuerdan de Ud. y hay muchas personas que me encargan dé a Ud. memorias.

Yá habrá Ud. visto en ésa a Enrique. Malvina con su marido se va a Rusia dentro de tres o cuatro días, Octavia está buena, ya de regreso en Berlín.

Nada más tengo que decir a Ud. pues el único objeto de mi carta es recordarle la fina e inalterable amistad con que es siempre suyo su amigo y pariente.

72. *París, 1-I-1858.*

Mi amado pariente y amigo: después de felicitar a Ud. cordialmente en la entrada del Nuevo Año, que le deseo colmado de satisfacciones, le participo que quedó entregada a la Ristori la carta que me remitió Ud. últimamente con este objeto.

Por tener el gusto de conocerla fui yo mismo a entregársela, pero no la encontré en casa y le dejé una tarjeta. Si Ud. es amigo suyo le estimaría una carta de introducción, pues es persona demasiado célebre para que no desee yo tratarla.

Yo sigo bueno y contento y no poco lisonjeado. Han empezado las Sociedades y todos me festejan y me buscan. Y en Tullerías, donde siempre me preguntan por Ud., me distinguen muy particularmente.

Malvina se casó y ya va caminando para San Petersburgo.

Nada tengo que decir a Ud., aquí como en todas partes es siempre suyo su verdadero amigo y cariñoso pariente.

73. *París, 23-I-1858.*

Mi queridísimo pariente y amigo: recibí a su tiempo la última amable de Ud. encargándome felicitar a los Emperadores por haberlos salvado la Providencia del horrible atentado. Y precisamente la noche misma del día en que recibí su carta de Ud. hubo bayle (sic) en palacio y tuve ocasión oportunísima de cumplir con su comisión. Manifesté, pues, a SS. MM. II. el encargo que tenía de Ud., lo recibieron con suma benevolencia y aprecio, me encargaron ambos que le diese a Ud. de su parte las más expresivas gracias y me preguntaron si era verdad que había Ud. estado indispuesto y se hallaba ya restablecido. Estuvieron, le aseguro a Ud., no sólo amables sino hasta cariñosos.

También recibí la carta de introducción para la Ristori, pero habiendo dado yo una fuerte caída en la escalera que me ha tenido sin salir unos días, cuando he ido a entregarla ya había marchado a Varsovia hasta la primavera. El día del atentado la vi en la Gran Opera y le aseguro a Ud. que me sorprendió, no he visto jamás representar con tanta inteligencia y con tan sublime expresión.

Sabe Ud. que le quiere muy de veras su amigo y pariente.

ANGEL

NOTA MARGINAL DE NARVÁEZ:

Contestada el 5 de marzo enviándole una carta para la Ristori.

prensa ha estado bastante circunspecta, ayudándome para que así sea, tanto Valdés como Pidal con mucho celo.

Creo también muy conveniente y muy propio de su noble carácter de Ud. la actitud que ha tomado y la línea de conducta que se propone y que será la que sigamos sus buenos y desinteresados amigos.

Los ocho días que he estado en Compiègne me han sido muy lisonjeros y agradables. Los emperadores me han tenido *constantemente a su lado*, haciéndome las más honrosas distinciones, que también he debido a los mariscales Magnan y Camobest, a los Ministros y a la Corte.

S. M. el Emperador me ha hablado algunas veces de Ud. con marcas de singularísimo aprecio.

Compiègne es una colonia española, pues han estado los mismos días que yo los Duques de Alva, los de Medinaceli, la Sartoriska (la hija mayor de la Reina Madre), los Condes de Salofares (?), los Arcos, el Conde de Gálvez: en fin, no se oía más que hablar español. Mi hijo Enrique y mis hijas estaban convidados, pero aquél no ha podido ir por estar curándose una pertinaz ronquera, y éstas por los preparativos de boda de Malvina, que se casa dentro de ocho días.

Hoy copio y envío, como Ud. me previene, su carta a González Bravo, con la noticia del nuevo ministerio que recibí por despacho telegráfico esta madrugada.

Nada tengo que añadir. Ud. sabe que es, ha sido y será siempre de Ud. su finísimo amigo y cariñoso pariente.

71. París, 8-XII-1857.

Mi muy querido pariente y amigo: me figuro lo contento que estará Ud. con el feliz parto de la Reina y con la venida de un Príncipe, que bien aprovechada puede por lo pronto dar muy buenos resultados, y para el porvenir incalculables ventajas y completas seguridades.

Aquí ha sido recibido tan notable acontecimiento con interés y satisfacción y tanto el ministro como S. M. el Emperador me han felicitado con entusiasmo. Walewski vino a verme en cuanto le comuniqué el despacho telegráfico, y el Emperador (con quien comí en *familia* al día siguiente) me felicitó con gran cordialidad y amables demostraciones: por cierto que me preguntó por Ud. lo mismo que la Emperatriz, y ayer la Princesa Matilde con quien comí.

Empieza el invierno y con él la Sociedad y en todas se recuerdan de Ud. y hay muchas personas que me encargan dé a Ud. memorias.

Ya habrá Ud. visto en ésa a Enrique. Malvina con su marido se va a Rusia dentro de tres o cuatro días, Octavia está buena, ya de regreso en Berlín.

Nada más tengo que decir a Ud. pues el único objeto de mi carta es recordarle la fina e inalterable amistad con que es siempre suyo su amigo y pariente.

72. *París, 1-1-1858.*

Mi amado pariente y amigo: después de felicitar a Ud. cordialmente en la entrada del Nuevo Año, que le deseo colmado de satisfacciones, le participo que quedó entregada a la Ristori la carta que me remitió Ud. últimamente con este objeto.

Por tener el gusto de conocerla fui yo mismo a entregársela, pero no la encontré en casa y le dejé una tarjeta. Si Ud. es amigo suyo le estimaría una carta de introducción, pues es persona demasiado célebre para que no desee yo tratarla.

Yo sigo bueno y contento y no poco lisonjeado. Han empezado las Sociedades y todos me festejan y me buscan. Y en Tullerías, donde siempre me preguntan por Ud., me distinguen muy particularmente.

Malvina se casó y ya va caminando para San Petersburgo.

Nada tengo que decir a Ud., aquí como en todas partes es siempre suyo su verdadero amigo y cariñoso pariente.

73. *París, 23-1-1858.*

Mi queridísimo pariente y amigo: recibí a su tiempo la última amable de Ud. encargándome felicitar a los Emperadores por haberlos salvado la Providencia del horrible atentado. Y precisamente la noche misma del día en que recibí su carta de Ud. hubo bayle (sic) en palacio y tuve ocasión oportunísima de cumplir con su comisión. Manifesté, pues, a SS. MM. II. el encargo que tenía de Ud., lo recibieron con suma benevolencia y aprecio, me encargaron ambos que le diese a Ud. de su parte las más expresivas gracias y me preguntaron si era verdad que había Ud. estado indispuerto y se hallaba ya restablecido. Estuvieron, le aseguro a Ud., no sólo amables sino hasta cariñosos.

También recibí la carta de introducción para la Ristori, pero habiendo dado yo una fuerte caída en la escalera que me ha tenido sin salir unos días, cuando he ido a entregarla ya había marchado a Varsovia hasta la primavera. El día del atentado la vi en la Gran Opera y le aseguro a Ud. que me sorprendió, no he visto jamás representar con tanta inteligencia y con tan sublime expresión.

Sabe Ud. que le quiere muy de veras su amigo y pariente.

ANGEL

NOTA MARGINAL DE NARVÁEZ:

Contestada el 5 de marzo enviándole una carta para la Ristori.

74. *Paris, 13-IV-1858.*

Mi muy amado pariente y amigo: anoche recibí su carta de Ud. del 8 y hoy he recibido la del 9 con sus dos pliegos correspondientes, los que han sido entregados como lo acredita el adjunto recibo.

Siento que retarde Ud. su venida, pero creo no le disguste su viajecillo a Loja, menos ya en buen tiempo. Arregle Ud. sus asuntos y venga por acá donde le esperan sus amigos y avíseme Ud. con tiempo haciéndome cuantos encargos quiera, pues sabe Ud. que desca complacerle su finísimo amigo y pariente.

ANGEL

75. *Madrid, 22-XII-1858.*

Mi apasionadísimo pariente y amigo: recibí su última contestación con el gusto y aprecio que todas sus cartas, y no he vuelto a escribir a Ud., porque he tenido muchos disgustos. El pleito de mi hija Leonor concluyó mal, me notificaron la entrega de los nietos, y la madre resolvió como era regular, no abandonarlos e irse con ellos, sacrificándolo todo. Este incidente produjo nuevas controversias y a fuerza de habilidad he conseguido dilatar la entrega de los niños. Pero el plazo va a expirar, y al fin y al cabo tendré, con dolor, que ver salir de mi casa a Leonor y a sus niños para entregarlos a personas desalmadas y vengativas.

La salud de Enrique empeoró, y los facultativos le mandaron salir de Madrid, para algún punto distante del Mediterráneo. Encarnación justamente alarmada resolvió irse con él, y madre e hijo se han ido a la isla de Malta. Afortunadamente, ya la navegación de Alicante a Marsella sentó bien, muy bien al enfermo. Y el día 8 llegaron a Malta, con notable mejoría. Las últimas noticias son muy satisfactorias, y dan grande esperanza de completo restablecimiento. Pero le aseguro a Ud. que hasta antes de ayer que recibimos esta carta como le diré, ha estado mi casa hecha un mar de lágrimas.

Ya habrá Ud. leído las primeras sesiones de las Cortes, por las que habrá Ud. conocido el estado lastimoso del país. Y la confusión y desbarajuste en que están los partidos. En el Senado hemos hablado largo y duro, Molins, Calonge, yo y Tejada. Sólo sacamos en la votación del discurso de la Corona 28 votos; se han oído *sies* y *noes* inesplicables (sic). Cada día estoy más convencido de que este sistema es la ruina completa de nuestro pobre país, y una fuente perenne de desmoralización.

La situación de todos modos no puede durar, y no sería extraño (sic) que el ministerio se declare progresista, para sobrenadar algunos meses más.

O'Donnell está muy arraigado en Palacio, y muy apoyado por los palaciegos, y aunque se cambien, como es probable, todos los ministros, conservará la presidencia. Algo espero de los debates del Congreso: de los del Senado, según está en el día, nada hay que esperar.

Salamanca dio, como ya sabrá Ud., un convite y un...al partido moderado en masa. Cuanto se ha dicho y pensado sobre esta fiesta lo habrá Ud. visto en los periódicos, nada más puedo añadir.

No hay que esperar al tiempo, y según barrunto, no se hará aguardar el desenlace.

El papel se acaba, pero no mi deseo de escribir a Ud. aunque ya por mayor le he hablado de todo.

Sabe Ud. lo mucho que le quiere su amigo y pariente.

ANGEL

He visto a Marfori. Memorias de Corina.

76. *Madrid, 5-VI-1859.*

Muy querido pariente y amigo: por Enríquez que me hizo la visita que Ud. le encargó supe con muchísimo gusto de Ud. y la vida retirada a que se ha constituido, después he tenido y tengo noticias frecuentes de Ud. por mi hija Malvina que se recibe de cuando en cuando y siempre con mucho gusto y aprecio sus visitas.

Yo estoy pasando una temporada infernal con mis nervios y con la desgracia que Ud. no ignora ocurrida a mi hijo Ramiro, el alférez de Húsares, que Ud. conoce, Corral y otros facultativos de nota opinaron por la amputación de la pierna, pero Toca y Solís, que le asisten, quisieron antes ajustar y rehacer el pie completamente roto y reducido a una masa informe y le hicieron esta dolorosísima y difícil operación con una maestría e inteligencia admirables. Operación que hasta ahora, esto es en 25 días, ofrece grandes esperanzas de que se salve la pierna. Ud. puede figurarse cómo estará su madre y el trastorno y aflicción de la casa toda.

Enrique volvió completamente restablecido de su viaje a Malta. Está nutrido como nunca, de muy buen semblante y alegre y enérgico. Dentro de unos días volverá a Panticosa para asegurarse y el invierno próximo lo pasará en país templado.

Corina se casa dentro de tres días, esto es el 8, y en seguida se pondrá en camino para Galicia, pues quiere pasar la luna de miel en la casa de campo de su marido.

Esta satisfacción tan grande me la agua completamente el estado lastimoso y aún no del todo seguro de mi pobre Ramiro.

Ya sabe Ud. que suspendieron las sesiones de Cortes el 4, pero al Senado le ha quedado la pegiguera del juicio de Estevan Collantes. La vista de la causa empezó ayer, después de recusados 26 jueces, trece por cada parte. Es negocio que durará a lo menos ocho días y al que quieren muchos darle color político para envenenarlo, sin considerar que se hunde el Senado si hace político este malhadado asunto tan en mal hora promovido.

Mucho deseo tengo de dar a Ud. un abrazo y de verlo aquí, donde si

tiene Ud. muchos enemigos, tiene muchísimos amigos que desean su venida y el placer de que viva con nosotros.

Reciba Ud. finísimas memorias de Encarnación, de Enrique y de la novia y crea que es su mejor amigo y cariñoso pariente.

77. Madrid, 29-x-1862.

Mi queridísimo amigo y pariente: he recibido con la mayor gratitud su sentido pésame por la dolorosa pérdida que nos aflige. Yo estoy como loco, pues aunque esperaba este horrible golpe, no es lo mismo oír decir *se está muriendo que se ha muerto...*

La pobre Encarnación llegó ayer con lo que se ha renovado nuestro dolor.

Yo que estaba bastante aliviado de mis dolencias, he vuelto atrás y estoy otra vez baldado y dolorido.

Encarnación, Enrique y las niñas han agradecido en el alma su memoria y me encargan salude a Ud. en su nombre.

Mucho desea dar a Ud. un abrazo su constante amigo y fino pariente.

q.b.s.m.

ANGEL DE SAAVEDRA

78. Madrid, 3-I-1863.

Mi muy querido amigo y pariente: deseándole a Ud. el más feliz Año Nuevo, tengo el gusto de participarle el tratado casamiento de mi hijo Ramiro con la señorita Doña Valentina Vinent y O-Naill, hija del capitalista Don Antonio Vinent y Vives, y que se efectuará en concluyendo nuestro luto riguroso, esto es a fin del mes actual.

El otro día que estuve a dar parte a SS. MM. tuve el gusto de oírles los más ardientes elogios de Ud. y del modo magnífico y caballeroso y señorial con que los obsequió Ud. a su paso por Loja.

Yo no sigo bien, el invierno me ha hecho perder todas las ventajas que proporcionó el verano y que debí al clima de Cádiz y a los baños de mar.

Tengo el gusto de hablar mucho y largo de Ud. con Gutiérrez de la Vega, constante y leal amigo, que me acompaña mucho.

Encarnación (en cuyo nombre escribo también y que no halla consuelo) me encarga le diga a Ud. mil cosas de su parte. Lo mismo que Enrique, que va a ser recibido en Academia Española.

El marino estará doblando el Cabo de Hornos.

Gonzalo y las niñas saludan a Ud. como lo hace con el mayor cariño su fino amigo y pariente.

q.b.s.m.

EL DUQUE DE RIVAS

79. 25-XI.

Mi querido pariente: desde que le tuve el gusto de ver a Ud. no he podido salir a la calle, por esto no lo he visto. Pero como sé que le ha de agradar a Ud. no puedo menos de decir que hoy he tenido la satisfacción de recibir y amabilísimo y honrosísimo telegrama de los Emperadores de Francia dándome la enhorabuena por el Toisón que debo a la bondad de la Reina y su amistad a Ud.

De quien es siempre agradecido y constante amigo

q.b.s.m.
ANGEL

80. 27-XI.

Mi amado pariente y amigo: doy a Ud. mil gracias por su favor y cariño. Mucho, muchísimo agradezco el *toisón* que agradará a S. M. siempre buena conmigo. Y que borraré toda idea de que mi dimisión sea motivada por más causa que la de mi salud.

Acabo de presidir el comité electoral, que da completa seguridad de la elección de mañana.

Sabe Ud. que es completamente suyo su agradecido amigo y pariente q.b.s.m.

81. Madrid, 6-XII.

Mi querido pariente y amigo: me avisan de la Secretaría, que el viernes a las tres me pondrá S. M. el toisón. ¿Quiere Ud. favorecerme siendo mi padrino? Tengo que avisarle hoy mismo. No dudo que dará Ud. este gusto a su agradecido amigo y pariente.

ANGEL DE SAAVEDRA

82. Sábado 19 (1).

Mi queridísimo pariente y amigo: ruego a Ud. dé curso a la adjunta dimisión de mi cargo, que me es muy costosa de hacer a su Gobierno de Ud. con quien tan unido estoy, por estarlo de que sólo sus ideas y heroica energía pueden sacar al país de tan penoso estado y a la Reina de su peligrósimo apuro.

Si en la solicitud quiere Ud. que yo haga alguna modificación o adición, lo haré en cuanto Ud. me lo insinúe.

No estoy hoy nada bueno. En cuanto mis piernas me lo permitan irá a darle a Ud. un cariñoso abrazo su amigo y pariente.

83. Martes 20 (s. a).

Mi muy querido pariente y amigo: con tanta gratitud como sentimiento hemos recibido anoche su amabilísima invitación para comer con Ud. el sábado próximo, pues el novenario de la muerte del Conde de Sástago no concluye hasta el lunes inmediato y, como Ud. conoce los justos miramientos de familia nos impiden presentarnos en público y asistir a sociedad.

Por lo tanto, si le es a Ud. igual, desearíamos que el convite con que nos honra para este sábado se trasladara al siguiente y así no haríamos más que dilatar el gusto de comer juntos.

Encarnación, Enrique y niñas, todos, saludan con el mayor cariño a Ud. y yo le escribo por si no lo encuentro luego, que pienso ir a verlo, y no perder tiempo en la nueva combinación de convites.

Es de Ud. apasionado amigo y pariente.

q.b.s.m.
ANGEL

84. 30-III (2).

Mi querido amigo y pariente: sabe Ud. lo parco que soy en hacerle recomendaciones y en abusar de la amistad y cariño con que me favorece. Pero me es imposible excusarme hoy de molestarlo para complacer al amigo que me dirige la carta adjunta.

Estuvo emigrado conmigo en Londres los años 23 y 24. Luego ha sido intendente de Puerto Rico y es persona de talento y de buena educación.

Solicita o va a solicitar directamente una audiencia de Ud. y le ruego se la conceda y que lo reciba con benevolencia.

Perdone Ud. pariente mi atrevimiento y mande a su fino y verdadero amigo.

q.b.s.m.
EL DUQUE DE RIVAS

85. Martes 9 (3).

Mi amado pariente y amigo: acabo de presidir el *comité* electoral en el que han dicho los Presidentes y el Jefe político que están aseguradas las elecciones en Madrid: y lo participo a Ud. con mucho gusto.

Volverá a tener reunión el sábado a la una del día.

Siempre, siempre de Ud. su amigo y pariente.

ANGEL

86. *Viernes 11.*

Mi querido amigo y pariente: mucho sentí encontrarme sin Ud. el miércoles cuando fui a verlo.

Como no sé cuándo volverá Ud. le envío la adjunta esquila para una reunión general de Grandes de España que tendré en mi casa el lunes próximo.

Tenga Ud. la bondad de avisarme siempre que venga a Madrid para procurarme el gusto de verlo, pues lo quiere a Ud. mucho su fino pariente.

q.b.s.m.

ANGEL

Memorias de Encarnación y de Malvina.

N. del A. 1, 2 y 3. Los textos de las cartas N.os 82, 84 y 85, que aquí son presentadas en el orden original con que se conservan en el *Archivo del Duque de Valencia*, deben trasladarse para guardar la cronología, a los N.os 78 (bis 2^a), 52 (bis) y 78 (bis 1^a) respectivamente de este epistolario.